LA MONTAÑA VIVA

NAN SHEPHERD

ENSAYO INTRODUCTORIO DE
ROBERT MACFARLANE



errata naturae


LIBROS SALVAJES
Errata naturae editores

ANNA (NAN) SHEPHERD

Nació en 1893 en la pequeña comunidad rural de Peterculter, al norte de Escocia, en la confluencia de los arroyos Crynoch Burn y Leuchar Burn. A pesar de sus orígenes humildes, se graduó en la Universidad de Aberdeen en 1915 y fue profesora de Literatura Inglesa durante las siguientes cuatro décadas. Pero también fue una jardinera entusiasta y una montañera incansable. Realizó multitud de viajes por Europa y África, pero siempre regresó a la casa donde nació, se crió y vivió casi toda su vida adulta. Escribió tres novelas, *The Quarry Wood* (1928), *The Weatherhouse* (1930) y *A Pass in the Grampians* (1933), así como un poemario, *In the Cairngorms* (1934), y uno de los grandes libros de la *nature writing* anglosajona, *La montaña viva*. En Escocia se la considera una escritora de culto. Murió en 1981.

LA MONTAÑA VIVA

NAN SHEPHERD

ENSAYO INTRODUCTORIO DE ROBERT MACFARLANE
TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



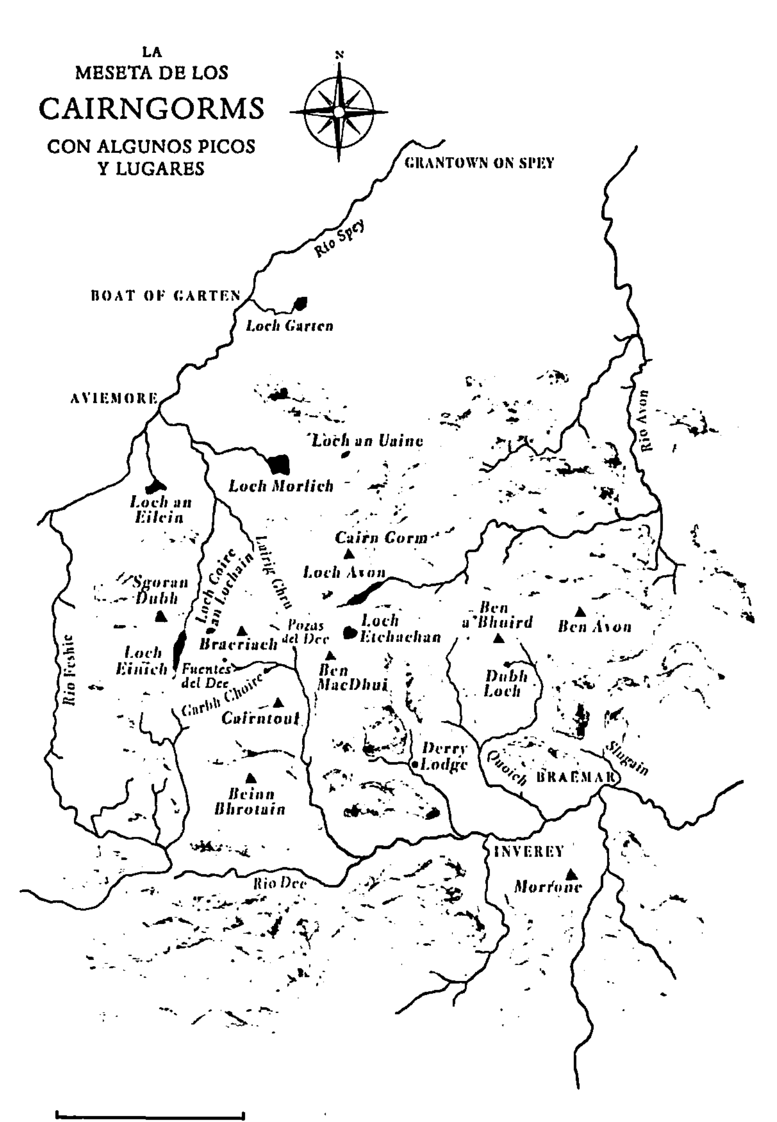
PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *The Living Mountain*

Published by arrangement with Canongate Books Ltd.
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

C/ Alameda 16, bajo A.
28014 Madrid
info@errratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-96-7
DEPÓSITO LEGAL: M-41642-2018
CÓDIGO BIC: BM
IMAGEN DE PORTADA: © Alec Soth/Magnum Photos
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE


LA
MESETA DE LOS
CAIRNGORMS
CON ALGUNOS PICOS
Y LUGARES
N
GRANTOWN ON SPEY
Rio Spey
BOAT OF GARTEN
Loch Garten
AVIEMORE
Loch an Uaine
Rio Avon
Loch Morlich
Loch an
Eilein
Cairn Gorm
Lairig Ghru
Loch Coire
an Lochain
Loch Avon
Sgoran
Dubh
Ben
a'Bhuird
Ben Avon
Pozas
del Dee
Loch
Etchachan
Braeriach
Rio Feshie
Loch
Einich
Fuentes
del Dee
Ben
MacDhui
Dubh
Loch
Garbh Choire
Cairntoul
Derry
Lodge
Quoich
Slugain
BRAEMAR
Beinn
Bhrotain
INVEREY
Rio Dee
Morrone
10 kilómetros / 6,2 millas

ENSAYO INTRODUCTORIO

Robert Macfarlane

Los montes Cairngorms, en el noreste de Escocia, son el Ártico de Gran Bretaña. En invierno, unos vientos huracanados de hasta doscientos setenta y cinco kilómetros por hora barren las zonas más elevadas de la cordillera, las avalanchas arrasan sus laderas y las auroras boreales refulgen en verde y rojo por encima de las cumbres. Incluso en pleno verano sigue habiendo nieve en los circos más profundos, que va amalgamándose despacio hasta convertirse en hielo. Durante todo el año, el viento es tan persistente que en las mesetas hay pinos bonsái de quince centímetros de altura aunque totalmente desarrollados, y enebros que se aplastan contra las rocas para formar densos bosques de duendes. Dos de los grandes ríos de Escocia, el Dee y el Avon, nacen aquí: caen en forma de lluvia, se filtran a través de la roca, forman pozas del agua más transparente que he visto jamás y luego fluyen hacia el

mar con una fuerza cada vez mayor. El sistema montañoso en sí es el muñón erosionado de una masa de magma que surgió a través de la corteza terrestre en el periodo devónico, se enfrió hasta convertirse en granito y, finalmente, se elevó por entre los esquistos y gneis circundantes. Los Cairngorms llegaron a ser en su día más altos que los Alpes actuales, pero los millones de años de erosión los han convertido en un paraje de escasa altura formado por colinas redondeadas y riscos hechos pedazos. El macizo, nacido del fuego, esculpido por el hielo y perfeccionado por el viento, el agua y la nieve, es un terreno moldeado por lo que Nan Shepherd, en esta elegante obra maestra sobre la región, denomina «los elementales».

Anna (Nan) Shepherd nació cerca de Aberdeen en 1893 y murió allí en 1981. Durante su larga vida, dedicó cientos de días y miles de kilómetros a recorrer los Cairngorms a pie. Su reputación como escritora se debe sobre todo a sus tres novelas modernistas, *The Quarry Wood*, *The Weatherhouse* y *A Pass in the Grampians*, pero, en mi opinión, su obra en prosa más importante ha sido, hasta hace poco, la menos conocida: *La montaña viva*, que escribió durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial.

Shepherd era una localista del mejor tipo: llegó a conocer de cerca el entorno que eligió, pero esa cercanía sirvió para intensificar su visión, en lugar de limitarla. Recibió una humilde educación de clase media y llevó una modesta vida regional: estudió en el instituto para chicas de Aberdeen, se licenció en la universidad de la misma ciudad en 1915 y pasó los cuarenta y un años siguientes dando

clases de Literatura Inglesa en lo que hoy se conoce como Aberdeen College of Education (describía irónicamente su labor docente allí como «una tarea encomendada por el cielo para evitar que unos cuantos alumnos de los que pasan por nuestra institución se amolden por entero al patrón aceptado»). Viajó con profusión —entre otros países a Noruega, Francia, Italia, Grecia y Sudáfrica—, pero sólo vivió en el pueblo de West Cults, en el norte de Deeside. Los Cairngorms, cuyas estribaciones se alzan a unos pocos kilómetros de West Cults, eran su feudo. Entraba y salía de las montañas en todas las estaciones, al amanecer, de día, al atardecer y de noche; a veces caminando sola y a veces con amigos, alumnos u otros senderistas del Deeside Field Club. Como todos los auténticos amantes de la montaña, sufría mal de altura si pasaba demasiado tiempo al nivel del mar.

Desde muy temprana edad, Shepherd quiso beberse la vida. Parece que vivió con un entusiasmo intenso pero sosegado. En una nota a una amiga, hablando de una fotografía que muestra a una Nan muy pequeña, sentada en las rodillas de su madre, se describe a sí misma como «toda movimiento, las piernas y los brazos agitándose como si estuviera pidiendo salir a la vida; te juro que las extremidades se mueven cuando las miras». Desde el punto de vista intelectual, era lo que Coleridge denominó en una ocasión «cormorán de biblioteca», una lectora omnívora y voraz. El 7 de mayo de 1907, con sólo catorce años, empezó la primera de las que llamó sus «misceláneas»: libros sobre el día a día en los que copiaba citas literarias,

filosóficas y religiosas que revelan la amplitud de sus lecturas juveniles.

Shepherd publicó sus tres novelas en una extraordinaria explosión de creatividad que duró cinco años, de 1928 a 1933. Su poemario *In the Cairngorms* se publicó en 1934, pisándoles los talones a las novelas, en una tirada minúscula; hoy resulta casi imposible de encontrar. Es el libro del que se sentía más orgullosa. Shepherd tenía una jerarquía de géneros muy clara en la cabeza, y la poesía estaba en la cúspide. «La poesía —escribió al novelista Neil Gunn, con quien mantuvo una correspondencia caracterizada por el coqueteo y el ardor intelectual— alberga en su forma más intensa el corazón mismo de toda experiencia» y permite vislumbrar «ese meollo ardiente de la vida». Pensaba que sólo podía escribir poesía cuando estaba «poseída», cuando su «naturaleza toda [...] saltaba de pronto a la vida». Pero expresaba a Gunn su preocupación por que sus poemas —«sobre estrellas, montañas y luz»— fueran demasiado «fríos» e «inhumanos». Aun así, afirmaba: «Cuando estoy poseída, es lo único que sale de mí».

Cuatro libros en seis años y, después, nada. Shepherd tardó cuarenta y tres años en publicar otro libro. Es difícil saber ahora si su silencio literario se debió a la discreción o al bloqueo. En 1931, en el culmen incluso de su producción, se vio afectada por algo parecido a la depresión ante su repentina incapacidad para escribir. «Me he quedado muda —escribió pesimista a Gunn aquel año—. En la vida se llega (yo, al menos) a esos lugares

mudos. Supongo que no puede hacerse nada, salvo seguir viviendo. Tal vez las palabras aparezcan. O tal vez no. Y, si no aparecen, supongo que tendré que conformarme con ser muda. Al menos, no gritar por el mero hecho de hacer ruido». Las «palabras» regresaron a ella después de 1934, pero sólo de forma intermitente. Escribió poco, salvo por *La montaña viva* —que apenas sobrepasa las treinta mil palabras— y varios artículos para la revista del Deeside Field Club.

Es difícil dar con información precisa sobre la redacción de *La montaña viva*. Lo escribió, sobre todo, durante los años finales de la Segunda Guerra Mundial, aunque está basado en toda una vida de experiencias montañeras. En el libro, la guerra está presente como un trueno lejano: están los aeroplanos que se estrellan en la meseta y en los que muere toda la tripulación, las noches de apagón en las que Shepherd camina hasta una radio de la zona para oír las noticias de las campañas, la tala de abetos en el bosque de Rothiemurchus para el abastecimiento del complejo militar. Sabemos que Shepherd había terminado un borrador a finales del verano de 1945, porque en aquellos días envió una versión a Gunn para que éste lo analizara y le diera su opinión. «Querida Nan: no hace falta que te diga cuánto he disfrutado tu libro», empieza diciendo en su atinada crítica:

> Está bellamente escrito. Con comedimiento, la precisión perfecta del artista, el científico o el erudito; con una exactitud que no es nunca pedante, sino estricto homenaje. Así

es como se manifiestan el amor y la sabiduría; [...] manejas realidades. Y vas avanzando con hipótesis, de forma metódica y con calma, porque la luz y la esencia son realidades de tu mundo.

Gunn detecta de inmediato los rasgos distintivos del libro: la precisión como una forma de lirismo, la atención como devoción, la exactitud como homenaje, la descripción estructurada mediante hipótesis y datos, libres de su lastre, de tal manera que levitan y muestran otros comportamientos curiosos. Pero, más adelante, la carta se vuelve un poco condescendiente. Cree que será «difícil, quizá» que se publique. Le propone que añada fotografías y un mapa para ayudar a los lectores para quienes los «nombres propios» de los Cairngorms no significarán nada. La previene contra la editorial Faber, que «está hecha un desastre», y le sugiere la posibilidad de que lo publique por entregas en *Scots Magazine*. La felicita —«¡duendecillo de las aguas!»— por haber escrito algo que podría interesar a tantos «apasionados de la montaña y el campo».

Shepherd, que no pudo o no quiso que el libro se publicara en aquel momento, dejó guardado el manuscrito en un cajón durante más de cuatro décadas, hasta que Aberdeen University Press lo publicó por fin, y sin grandes aspavientos, en 1977. Aquel mismo año, aparecieron *In Patagonia* (*En la Patagonia*), de Bruce Chatwin, *A Time of Gifts* (*El tiempo de los regalos*), de Patrick Leigh Fermor, y *Coming into the Country*, de John McPhee; un año después, se publicó *The Snow Leopard* (*El leopardo de las nieves*), de Peter

Matthiessen, una epopeya montañesa de aires zen. Para mí, *La montaña viva* está al mismo nivel que estos cuatro clásicos, mucho más famosos, del género de lugar y los viajes. Junto con *The Peregrine* (*El peregrino*) (1967), de J. A. Baker, con el que comparte la intensidad de la compresión, una desobediencia genérica, una encendida prosa poética y una obsesión (ocular, oracular) con el globo del ojo, es uno de los dos estudios británicos del siglo XX más notables sobre un paisaje que conozco. Por muchos motivos —pero, sobre todo, dado el interés actual por la *nature writing* o literatura sobre naturaleza—, es un libro que debería encontrar nuevas generaciones de lectores. Debo tener cuidado con lo que digo sobre él, ya que Shepherd despreciaba los elogios. En una carta de 1930 dirigida a Gunn, condenaba «las exclamaciones, demasiado halagadoras, de la prensa escocesa» que había reseñado sus dos primeras novelas. «¿Tú no detestas que tu obra se ensalce en exceso? —le pregunta—. A mí me hace sentir un desprecio total hacia quien la ensalza». Me cuesta imaginar que este libro «se ensalce en exceso», teniendo en cuenta la alta estima en que lo tengo, pero —una vez clara la advertencia— me andaré con ojo.

La montaña viva es un libro extraordinariamente difícil de describir. ¿Un poema en prosa de carácter celebratorio? ¿Una búsqueda geopoética? ¿El panegírico de un lugar? ¿Una investigación filosófica sobre la naturaleza del conocimiento? ¿Una mezcla de presbiterianismo y tao? Ninguna de estas descripciones acaba de encajar en el conjunto,

aunque la obra es, en parte, todas estas cosas. La propia Shepherd la denomina «un tránsito de amor», donde «tránsito» se refiere más a «intercambio» y «reciprocidad» que a «congestión» o «atasco», y con un estremecimiento de erotismo en la palabra «amor». En el lenguaje del libro se percibe el tiempo, en los dos sentidos de la palabra: está lleno de distintos tipos de clima, pero es también el resultado de décadas de contacto con «los elementales». En cuanto al tono, se caracteriza por la coexistencia de «claridad del intelecto» y «oleada[s] de emoción», y, en cuanto al género, por la combinación de notas de campo, memorias, historia natural y meditación filosófica. Es estimulante desde una perspectiva materialista —la emoción por la alteridad del granito de los Cairngorms, por una montaña-mundo que «no hace nada, nada en absoluto, salvo ser ella misma»— y casi animista en su relato de cómo interactúan la mente y la montaña.

Lo verdaderamente crucial es que *La montaña viva* ha de entenderse como una obra parroquial en su sentido más amplio. Durante el siglo pasado, el término «parroquial» ha degenerado. La forma adjetivada de «parroquia» ha pasado a denotar sectarismo, provincianismo, limitación: un pensamiento o una comunidad vueltos hacia dentro, hacia sí mismos, una finitud peyorativa. Pero no siempre fue así. Patrick Kavanagh (1904-1967), el gran poeta de la vida mundana irlandesa, no albergaba dudas sobre la importancia de la parroquia. Para Kavanagh, la parroquia no era un perímetro, sino una apertura: un espacio a través del cual podía verse el mundo. «El parroquialismo es

universal —escribió—. Tiene que ver con los fundamentos». Obsérvese que Kavanagh, igual que Aristóteles, no difumina lo «universal» en lo «general». Lo «general», para Aristóteles, era lo amplio, lo vago, lo no discernido. Lo «universal», en cambio, consistía en principios bien distinguidos, inducidos a partir de una intensa concentración en lo particular. Kavanagh volvía una y otra vez a esta conexión entre lo universal y lo parroquial, y a la idea de que aprendemos mediante la atenta observación de lo que tenemos a mano. «Todas las grandes civilizaciones se basan en el parroquialismo», escribió, con gran tino:

> Conocer por completo incluso un terreno o un lugar es una experiencia que lleva toda la vida. En el mundo de la profundidad poética, lo que cuenta es la profundidad, no la amplitud. Una abertura en un seto, una roca lisa que cubre un camino estrecho, la visión de un prado boscoso, el arroyo en la intersección de cuatro parcelitas... eso es todo lo que un hombre puede experimentar por completo.

Shepherd llegó a conocer los Cairngorms en «profundidad», más que en «extensión», y son para ella lo que Selbourne fue para Gilbert White, Sierra Nevada para John Muir y las islas Aran para Tim Robinson. Eran su isla en tierra, su parroquia personal, el territorio que amó, recorrió y estudió con el tiempo, de forma que esa concentración dentro de sus perímetros la llevó a un conocimiento elevado al cubo, en lugar de a un conocimiento limitado. ¿Y si, preguntó una vez Shepherd a Gunn, se pudiera

hallar la manera de «irradiar lo común»? Eso, concluyó, «convertiría algo en universal». La irradiación de lo «común» en lo «universal» es lo que consiguió hacer en *La montaña viva.*

La mayoría de las obras de literatura sobre montañismo ha sido escrita por hombres, y la mayoría de montañeros hombres se centra en las cumbres: una expedición a la montaña se califica por el éxito o fracaso del ascenso. Pero aspirar al punto más alto no es la única forma de subir una montaña, al igual que una narración sobre un asedio y un ataque no es la única forma de hablar de esos episodios. Es mejor pensar en el libro de Shepherd, quizá, no como una obra de literatura sobre montañismo, sino de literatura sobre montañas. Al principio, confiesa que, de joven, había sentido el «ansia» por «esa descarga adrenalínica de la altura», que veía los Cairngorms de forma egocéntrica y los valoraba en función de «los efectos que causaban en mí». «Iba siempre a por las cumbres». *La montaña viva* cuenta como, con el tiempo, aprendió a adentrarse en el monte sin objetivo, «simplemente para estar con la montaña, igual que se visita a un amigo sin más intención que la de estar con él». «Estoy otra vez en la meseta, tras dar vueltas por ella como cuando los perros se mueven en círculos para comprobar si es un buen sitio —comienza, parlanchina, un capítulo—. Creo que lo es y voy a quedarme un rato en este lugar». La circunvalación ha sustituido la fiebre por las cumbres; la meseta ha sustituido el pico. Shepherd ha perdido el interés por descubrir una cúspide desde la que pueda convertirse en el *catascopos*, ese observador en las

alturas que lo ve todo con un ojo divino. De ahí, la magnífica imagen de la primera página del libro (que ha cambiado para siempre mi forma de percibir los Cairngorms), en la que propone imaginar el macizo no como una serie de cumbres aisladas, sino como una entidad: «La meseta es la verdadera cima de estas montañas; deben verse como una única montaña, y todas las cumbres [...] no son más que remolinos en la superficie de la meseta».

Como senderista, pues, Shepherd practica una suerte de peregrinaje impío. Camina alrededor, por encima, a través y dentro de la montaña, en lugar de remontarla. Hay una humildad implícita en sus actos repetidos de cruzarla que supone un correctivo para la autoexaltación del hambre del montañista por un punto extremo. La peregrina se conforma siempre con mirar a lo largo y hacia dentro, hacia el misterio, allí donde el montañero ansía mirar hacia abajo y hacia fuera, hacia el conocimiento absoluto.

Los Cairngorms fueron mi primer sistema montañoso y siguen siendo los montes que mejor conozco. Mis abuelos vivían en una antigua cabaña de uso forestal reformada, en un extraño saliente de piedra caliza en las laderas noreste del macizo, y el terreno de pasto agreste que tenían llegaba hasta las orillas del río Avon. Desde pequeño, iba a visitarlos con mi familia; normalmente, en verano. En una pared de la casa había colgado un enorme mapa plastificado de todo el sistema, hecho por el Ordnance Survey, en el que se podían seguir con el dedo los senderos recorridos y los previstos. Mí abuelo era diplomático

y montañero y había pasado la vida subiendo montañas de todo el mundo, y fueron él y su mundo de los Cairngorms los que me lanzaron, siendo niño, el hechizo de las alturas. Su piolet de noventa centímetros con empuñadura de madera y sus viejos crampones de hierro eran, para mi imaginación infantil, como los puntales de la brujería. Me enseñaba fotos en blanco y negro de los picos a los que había subido, en los Alpes y el Himalaya, y a mí me parecía milagroso que el ser humano pudiera ascender por esas estructuras. El montañismo se me antojaba entonces —como dice Shepherd— «una tarea legendaria que emprendían los héroes, no los humanos». Y a mí, como a Shepherd, conocer los Cairngorms en la infancia «me ató de por vida a la montaña». Desde entonces, he cruzado el macizo a pie y esquiando muchas veces, y mis mapas de la región están ya enmarañados, con todas las marcas de las pistas seguidas y las rutas que he intentado hacer. He visto decenas de liebres de las nieves, de color blanco azulado, grandes como perros, aparecer de pronto tras una turbera, al otro lado del Glas Maol, he seguido a bandadas de escribanos nivales que pasaban en ráfagas sobre la meseta del Braeriach y, en una ocasión, me pasé horas refugiado en un agujero en la nieve, por encima de los Northen Corries, en mitad de una terrible ventisca.

Así pues, conocía los Cairngorms mucho antes de conocer *La montaña viva*, que no leí por primera vez hasta 2003, cuando un antiguo amigo me lo recomendó. Me habló de él como de un libro que casi se había colado entre las grietas del canon, un clásico perdido. Lo leí y me

cambió. Pensaba que conocía bien los Cairngorms, pero Shepherd me demostró mi autocomplacencia. Su libro reconfiguró la visión que tenía de esos montes conocidos. Me enseñó a verlos en lugar de sólo mirarlos.

La montaña viva está plagada de esas manifestaciones de atinada percepción que sólo surgen de quedarse «un rato en este lugar», de sus frecuentes recorridos en un paraje determinado. «El abedul [...] necesita lluvia para emitir su olor. Se trata de un aroma con cuerpo, afrutado como un brandy añejo, que, los días de calor y humedad, emborracha igual», señala Shepherd. Yo no había notado antes el «aroma» del abedul, pero ahora no puedo estar entre un grupo de abedules, un día lluvioso de verano, sin notar ese olorcillo a Courvoisier. En otros sitios, Shepherd observa y toma nota del ascenso de un águila real «en un bucle tras otro» sobre una corriente térmica, «los diminutos cálices escarlata de los líquenes», el vuelo de la «perdiz nival de alas blancas», una liebre cruzando la nieve iluminada por el sol, con la compañía de su «extraño esqueleto de sombra ridículo y patilargo». Tiene un ojo similar al de Andy Goldsworthy para las manifestaciones fortuitas de arte natural que ofrece la montaña: «Las envolturas de los brotes de haya, arrastradas por el viento, dibujan líneas de marea al borde de los caminos y visten de resplandor los caminos polvorientos de mayo». Pasa una noche de octubre en un aire que es «suave como la seda» y, mientras dormita sobre el granito plutónico de la meseta, siente cómo se vuelve de piedra, «enraizada muy abajo, en su inmovilidad», metamorfoseada por la roca ígnea en un nuevo yo mineral.

Shepherd es, pues, una clarividente feroz. Y, como muchos clarividentes feroces, también es una mística a tiempo parcial, para quien el empirismo intenso es el primer paso hacia la inmanencia. «Supe, cuando llevaba largo rato observando —escribe—, que apenas había empezado a ver». A menudo, sus descripciones van más allá —o, mejor dicho, a través— de lo material. En la montaña, escribe, tras pasar varias horas andando y observando:

> El ojo ve lo que no había visto antes o ve de una forma nueva lo que ya había visto. Y lo mismo con el oído y los demás sentidos. [...] Estos momentos llegan de manera impredecible, aunque regidos, cabría pensar, por una ley cuyo funcionamiento se entiende vagamente.

Shepherd —al igual que Neil Gunn y el explorador y articulista escocés W. H. Murray— estuvo muy influida por sus lecturas sobre budismo y tao. En la prosa de los tres autores centellean esquirlas de filosofía zen, como motas de mica en el granito. Leer hoy su obra, con esa fusión de parajes de las Tierras Altas y de la metafísica budista, sigue siendo sorprendente: como encontrarse una obra de teatro no representada en un huerto o un crisantemo florecido en un circo rocoso.

«Las montañas —dice Shepherd, con ese aire zen— tienen un interior». Esto es lo que ella llama su «primera idea», y se trata de una proposición maravillosamente ilógica, porque tendemos a considerar las montañas en términos de exterioridad: picos, lomas, riscos. Pero

Shepherd está siempre mirando dentro del paraje de los Cairngorms, y yo ahora me descubro haciendo lo mismo cuando estoy en el macizo. Una y otra vez, sus ojos curiosean a través de las superficies: se meten en las grietas de las rocas, en el interior luminoso de lagos o ríos de aguas cristalinas. Hunde la mano en Loch Coire an Lochain, pasea desnuda por los bajíos de Loch Avon, mete los dedos en ratoneras y dentro de la capa de nieve. «Dentro», en *La montaña viva*, es una preposición que adquiere, por medio de la repetición, la fuerza de un verbo. Shepherd no va a la montaña en busca de los grandes paisajes, sino de «interiores» hondos, de «recovecos» profundos. Los volúmenes ocultos de los paisajes la fascinan: las «cavidades subterráneas» de las Ardenas, las «hondonadas» y «simas espectaculares» de los Cairngorms. La transparencia del agua de los «arroyos» y «lagos» de la región de Grampian es tan absoluta que le recuerda a «piélagos cristalinos de aire, / luz concentrada en sí misma». Los circos le interesan por la forma en que engloban el espacio y dan «cuerpo» y «sustancia» al color y al aire. Al escribir sobre los ojos de las criaturas que vislumbra en la «oscuridad del bosque» al anochecer, se pregunta si el color verde de sus globos oculares —el «verde agua»— es el «verde de algún extraño vacío que una ve, el destello de una luz exterior reflejada o de una luz interior desvelada».

Esta preocupación por el «interior» de la montaña no es arrogancia; más bien, se corresponde con los intentos del libro por alcanzar lo que Shepherd denomina «ascensión de la interioridad». Para ella, había un tránsito continuo entre

los paisajes exteriores del mundo y los paisajes interiores del espíritu. Sabía que la topografía lleva mucho tiempo ofreciendo al ser humano potentes alegorías, formas acertadas de representarnos a nosotros mismos ante nosotros mismos, métodos convincentes de moldear los recuerdos y dar forma al pensamiento. Y así es como su libro investiga las relaciones que existen entre la «montaña» material y la metafórica. Sabía —como John Muir había escrito cuarenta años antes— que «salir era en realidad entrar».

Mientras escribía este texto, a finales de marzo, salí de mi casa, en Cambridge, y me dirigí al norte, a los Cairngorms, en el tren nocturno que parte de Londres. En el sur de Inglaterra, el endrino burbujeaba en los setos, aparecían tulipanes y jacintos en los parterres de las afueras y la primavera se extendía ya por doquier. Al llegar a los Cairngorms, me di cuenta de que había retrocedido hasta el invierno. Aún rugían las avalanchas en las laderas al socaire, la superficie de Loch Avon estaba congelada y las ventiscas recorrían la meseta. Durante tres días, con cuatro amigos, atravesé el macizo a pie y esquiando desde Glenshee, en el sureste, hasta Loch Morlich, en el noroeste. Arriba, sobre la amplia cumbre achatada del Ben a' Bhuird, me vi en las condiciones de blancura absoluta más puras que he vivido jamás. Quienes han viajado por montañas altas o a los polos estarán ya familiarizados, seguramente, con esa blancura total: el punto en el que la nieve, las nubes y la ventisca se combinan de tal forma que el mundo se disuelve en un mismo palor. Las

proporciones y las distancias se vuelven imposibles de discernir. No hay sombras ni señalizaciones. El espacio carece de profundidad. Incluso la fuerza de la gravedad parece desdibujarse: las pendientes y piedemontes sólo pueden adivinarse por la inclinación de la sangre en el cráneo. Durante aquella extraordinaria hora que pasamos en lo alto del Ben a' Bhuird, pareció que estábamos todos volando en un espacio albo.

El mundo de la montaña, como el mundo del desierto, está lleno de espejismos: engaños de la luz y la perspectiva, parhelios, arcoíris de niebla, espectros de Brocken, blancura absoluta; ilusiones causadas por la nieve, la niebla, las nubes o la distancia. Estos efectos ópticos fascinaban a Shepherd. En invierno, ve un «esqueleto de nieve, sujeto a nada», que resulta ser las rocas negras de un risco, situado muy por encima y cuya aparente levitación se debe a la imperceptibilidad de la nieve acumulada más abajo. En pleno verano, a través de un aire nítido, le alcanza la vista hasta cientos de kilómetros y divisa un pico imaginario, una isla Brasil de la alta montaña: «Habría jurado que estaba viendo una silueta, nítida y azul, muy clara y pequeña, más lejos que cualquier monte señalado en el mapa. El mapa me contradecía, mis compañeros me contradecían, no volví a verla jamás». A esas ilusiones las llama «conjuros»: «errores» visuales que poseen una magia accidental y ofrecen una revelación no buscada. Y se deleita en esos momentos, en lugar de sospechar de ellos o corregirlos. Porque lo que ella denomina «nuestros ojos crédulos», su propensión a los «engaños» del mundo de

la montaña, es, en realidad, una forma de reconfigurar nuestra lectura del mundo:

> Tales ilusiones, según cómo se sitúe y utilice el ojo, permiten entender la verdad de que nuestra visión habitual de las cosas no es necesariamente la correcta: es sólo una entre infinitas más, y vislumbrar cualquiera que no conocemos, aunque sea por un instante, nos descoloca, a pesar de que nos vuelve a afianzar.

Una observación y expresión brillantes. Nuestra visión no es nunca correcta, sólo provisional. Las «ilusiones» son, en sí mismas, formas de conocer (recordemos el aparte de James Joyce sobre el hecho de que los errores son pórticos del descubrimiento). Es importante señalar que estas ilusiones no pueden invocarse ni pedirse cuando así se desee. Son conspiraciones impredecibles de lo material y lo sensorial; como la montaña en su conjunto, son «imposibles de forzar». Shepherd no recorre la montaña de forma sistemática ni persigue, por medio de algún ardid psicogeográfico, abrirla por la fuerza. Acepta que los «momentos de revelación no anunciados» no se consiguen «a voluntad». La montaña está dotada de gracia en el sentido agustiniano; sus regalos no pueden buscarse activamente (aunque, eso sí, hay más de una pincelada del presbiterianismo de Deeside en la preocupación de Shepherd por «caminar con esfuerzo»: «Así que se sigue avanzando con esfuerzo hacia el monte», se encuentra con deleite «un tramo difícil», «el esfuerzo de la subida»).

En un pasaje increíble sobre las ilusiones, Shepherd describe cómo observa, desde la distancia, un establo de piedra en un día de lluvia. El aire húmedo hace de lente; multiplica y redistribuye sus líneas de visión, de forma que le parece estar viendo todos los lados del establo al mismo tiempo. Su propio estilo posee también una cualidad dispersiva similar. Al leer *La montaña viva*, la vista del lector parece fragmentada, como si de pronto éste tuviera el ojo compuesto de una libélula y viera a través de cien lentes distintas a la vez. Este efecto de multiplicidad surge de la negativa de Shepherd a otorgar prioridad a una sola perspectiva. Su propia consciencia no es más que uno de entre los infinitos puntos focales, sobre la montaña y dentro de ella. Su prosa observa, ahora, desde el punto de vista del águila; ahora, desde la del caminante; ahora, desde la del enebro rastrero. De esta forma, nos lleva —en su inolvidable formulación— a ver la Tierra «como la Tierra debe de verse a sí misma». Se trata de un libro que incorpora principios ecológicos sin ser abiertamente «medioambiental» (término que, en mi opinión, habría significado poco para Shepherd).

La primera ley de la ecología es que todo está conectado con todo lo demás, y *La montaña viva* está llena —entretejida— de imágenes textiles y de interconexión. Están las raíces de pino «retorcidas y entrelazadas como una jaula de serpientes»; los diminutos pinos, en lo alto del monte, «extendidos sobre las montañas y casi rosáceos en su estructura»; el pato y la pata que, al levantar el vuelo juntos, parecen constituir una sola ave con «dos alas enormes»; el

liquen de muchas hebras que se conoce en la zona como «caminera», con sus decenas de «tallos y ramitas secundarias»; las corrientes de los lagos, que entretejen miles de agujas de pino que van flotando y forman con ellas complejas esferas, parecidas a los nidos del chochín: estructuras tan intrincadamente entrelazadas que «pueden sacarse del agua y guardarse durante años; un rompecabezas botánico para quienes desconocen el secreto de su formación» (estas bolas de agujas de pino son asimismo, por supuesto, símbolos subrepticios de la obra de la propia Shepherd, estrechamente tejida y diminuta, también guardada durante años). Al leer el libro, uno se da cuenta de que sus doce capítulos están unidos entre sí, de manera lateral, por rimas de color, pensamiento e imagen, de forma que ofrecen no una docena de aspectos distintos de la montaña, sino un tejido descriptivo transversal, el equivalente en prosa a un bosque de pequeños enebros. Así, la propia forma del libro refleja su propuesta fundamental: el mundo no puede dividirse en reinos, como quien corta una manzana en trozos, sino que es una red de interrelaciones imposible de cartografiar.

En una escena, Shepherd describe un largo anochecer invernal que pasa observando dos ciervos en época de celo cuyas astas han quedado tan «entrelazadas» durante una pelea que los animales no pueden separarse. Los ve «arrastrándose adelante y atrás por el resonante lecho helado de una hondonada» y espera respuestas: ¿quién ganará, cómo se desenmarañarán? Cae la noche y Shepherd se ve obligada a volver bajo techo, pero a la

mañana siguiente regresa al campo de batalla, si bien no encuentra cadáveres ni pistas. El episodio es una imagen más de la negativa de la montaña a responder preguntas que se le formulen de manera explícita. Raramente se abre aquí aquello que se «engancha», ni siquiera mediante los sentidos «afinados» del caminante. Los ciervos corren de forma que parecen estar volando y, aun así, su movimiento «está fijado a la tierra y no puede desligarse de ella». Un cervatillo está echado en una «hondonada oculta», tan bien camuflado que lo único que revela su presencia son los espasmos de un párpado. La montaña «no termina con su roca y su suelo», sino que «tiene su propio aire». Mucho antes de que Lovelock nos diera a Gaia, Shepherd proponía ya una visión holística en la que su pequeño mundo es uno e indivisible: «La roca que se desintegra, la lluvia que nutre, el sol que estimula, la semilla, la raíz, el ave: son todos uno». «Así que ahí estoy, tendida en la meseta», escribe:

> Debajo de mí, el núcleo de fuego desde el que se expulsó esta masa, chirriante y gruñona, de roca plutónica; por encima, el aire azul; y entre el fuego de la roca y el fuego del sol, derrubio, tierra y agua, musgo, hierba, flor y árbol, insecto, ave y bestia, viento, lluvia y nieve: la montaña total.

El «total» de Shepherd es, por supuesto, totalmente distinto del «total» de «totalizar» o «totalitario». Su montaña es «total» en tanto que supera la posibilidad o nuestra capacidad de conocerla por completo.

Por este motivo, ese conocimiento no se representa nunca en *La montaña viva* como algo finito: un objetivo que alcanzar o un estado que obtener. El macizo no es un crucigrama que resolver, lleno de subidas y bajadas cifradas. El ser humano «va sumando datos con paciencia», pero hasta ahí llegará, como mucho, ese proceso epistemológico de ir acumulando datos. No, el conocimiento es cómplice del misterio, no su antagonista. Comprender mejor las interrelaciones de la montaña sólo sirve para que lo real adquiera sutilmente una capacidad de sorprender aún mayor y para revelar otros ámbitos de incomprensión: «Cuanto más se aprende de esta compleja interacción de suelo, altitud, clima y tejidos vivos de plantas e insectos, más profundo se hace el misterio». Shepherd menciona su costumbre hidrológica de seguir «un arroyo hasta su manantial», pero, a continuación, señala que los manantiales de los arroyos —las pozas, las lagunas, los lagos glaciares— albergan más enigmas. El universo no hace más que empujar hacia delante. Hay que seguir avanzando. No parar nunca. Sólo se hallarán nuevas versiones de ese secreto que la montaña no revela «jamás por completo».

Lo que Shepherd aprende —y lo que su libro me enseñó— es que la verdadera prueba de una larga relación de familiaridad con un lugar es la disposición a aceptar la incertidumbre: conformarse con el conocimiento de que no ha de buscarse un conocimiento completo. «Una nunca llega a conocer del todo la montaña, ni a sí misma en relación con ella», escribe. «Nunca se acaba de conocer al otro.

El objeto que se conoce crece con el conocimiento». «Lentamente, he encontrado la forma de adentrarme», dice. Lentamente, pero no por completo, pues «si tuviera otros sentidos, hay otras cosas que debería conocer». No es éste un libro que se deleite en sus propios hallazgos; prefiere deleitarse en sus propias ignorancias: todas esas «propiedades emocionantes de la materia que desconocemos porque no tenemos forma de conocerlas», o el agua, que es «demasiado» para ella, o la oscura línea de gansos que se funde «en la oscuridad de la nube y ya no pude ver dónde ni cuándo retomaron la formación y la dirección». Shepherd se ve compelida por los excesos de las montañas, todo aquello que dan de más y es imposible retrazar: «La mente no puede llevarse todo lo que tienen que ofrecer ni cree siempre posible lo que se ha llevado».

Me preocupa estar haciendo que *La montaña viva* parezca abstruso, frío, demasiado intelectual. No lo es, por supuesto. Es profundamente lúcido y se articula en torno a proposiciones, pero no es abstruso. Y es que está lleno de vida, muerte, cuerpo, entusiasmo, tacto y —sutilmente— sexualidad. Para Shepherd, estar en la montaña es una experiencia muy física. ¡Cuánto placer refleja! Cuando está en el monte, vive de alimentos silvestres, busca arándanos y moras, bebe con pasión del agua «blanca y fuerte» de los ríos. «Soy como un perro: los olores me excitan. La mejor forma de saborear el olor a tierra del musgo es escarbando». Se baña en los lagos, duerme en las laderas y la despiertan el agudo pinchazo de la pata de

un petirrojo en su brazo desnudo o el resoplar de un ciervo mientras pasta. Describe con una precisión magnífica cómo la helada «agarrota los músculos del mentón» (una parte del cuerpo que no solemos asociar a la musculatura y, mucho menos, a la sensibilidad termométrica) o el placer de pasar la mano «entre el enebro después de la lluvia por el placer de notar las gotas de agua fluyendo sobre la palma». El polen del brezo se levanta del páramo y es «sedoso al tacto». Por todo el libro bulle, sin duda, el erotismo; *samizdat* y subrepticio, especialmente emocionante porque Shepherd era una mujer que escribía en un momento y una cultura en los que la franqueza sobre el placer físico se veía, en general, con suspicacia. Se deleita en el tacto del mundo sobre sus muslos, pantorrillas, las plantas de los pies, las manos. El cuerpo se vuelve «ágil» con el ritmo de la marcha. La desnudez se repite: «álamos desnudos», «manos desnudas», «piernas desnudas».

«Ésa es la forma de ver el mundo: en nuestros propios cuerpos», escribió Gary Snyder, poeta, budista y guardabosques, y la frase podría servir de epígrafe para *La montaña viva*. Ciertamente, Shepherd conoce bien lo hostiles que pueden ser las montañas para el cuerpo humano (a veces, fatales). Reconoce el «azote descomunal» de la meseta en verano, cuando los mosquitos salen a millones y el calor asciende del granito en ondas gelatinosas, y deplora el «lugar atroz» en el que se convierte la montaña cuando llueve durante horas sin parar. Cuenta cómo se quemó con el resplandor de la nieve, que le inunda los ojos de lágrimas: está mareada y, durante los días siguientes, tiene

la piel de la cara achicharrada, «tan morada como la de un borracho». Muestra —como muchos montañeros— una fascinación macabra por quienes mueren en las cumbres: los cinco aviadores checos cuyo aeroplano se estrella contra el Ben a' Bhuird por culpa de una nube baja; las cinco personas muertas por caídas en los mismos años en que Shepherd frecuenta la montaña; los cuatro «chicos» que se ven atrapados por tormentas y perecen, incluidos los dos que escriben una «nota animada y feliz» en el libro de cubierta impermeable que dejan bajo Shelter Stone, en el extremo occidental de Loch Avon, pero cuyos cadáveres congelados se descubren después en el monte, con las rodillas y nudillos en carne viva, erosionados contra los peñascos de granito por los que han trepado en su desesperado intento de avanzar en medio de la ventisca.

Para Shepherd, pues, el cuerpo está en peligro en las montañas, pero también es un lugar para la recompensa, un centro sensorial fabuloso. Más aún: es auxiliar del intelecto. En las montañas, escribe, se vive con tanta pureza la vida de los sentidos «que podría decirse que el cuerpo piensa». Ésta es la proposición más radical de su libro. Radical porque, como postura filosófica, resultaba absolutamente vanguardista. En los mismos años en que Shepherd estaba escribiendo *La montaña viva*, el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty estaba desarrollando sus influyentes teorías sobre el cuerpo-sujeto, que plasmó por primera vez en su *Fenomenología de la percepción* (1945). En aquella época, Merleau-Ponty era un pensador reconocido en París, con gran apoyo institucional y confianza

vocacional. Su formación era la de la élite intelectual francesa: estudió con Sartre, De Beauvoir y Simone Weil en la École Normale Supérieure, donde obtuvo la *agrégation* de Filosofía en 1930. Shepherd era profesora en una escuela de Aberdeen, pero sus conclusiones filosóficas relativas a la percepción de los colores, el tacto y el conocimiento corpóreo resultan, hoy en día, sorprendentemente similares a las de Merleau-Ponty.

Según Merleau-Ponty, la filosofía poscartesiana había creado una falsa división entre el cuerpo y la mente. Durante toda su trayectoria profesional, defendió el papel fundamental que desempeña la percepción sensorial en nuestra comprensión del mundo. Sostenía que el conocimiento «se siente»: que nuestros cuerpos piensan y conocen de maneras que preceden a la cognición (el procesamiento de la experiencia por parte de la mente). La conciencia, el cuerpo humano y el mundo fenoménico están, pues, inextricablemente entrelazados o «engranados». El cuerpo «encarna» nuestra subjetividad y así, proponía Merleau-Ponty, estamos «incrustados» en la «carne» del mundo. Describía esta experiencia incorporada como «un saber que está en las manos»; nuestro cuerpo «entiende» el mundo por nosotros y «es nuestro medio general de poseer un mundo». Y el mundo en sí, por lo tanto, no es el objeto inmutable que nos presentan las ciencias sociales, sino que es incesantemente relacional. Sólo se hace evidente presentándose desde múltiples puntos de vista, y la percepción que tenemos de él es posible gracias a nuestros cuerpos y sus funciones sensoriales y

motrices. Somos connaturales al mundo y él a nosotros, pero sólo lo vemos de manera parcial.

Éstas podrían ser las afinidades entre el pensamiento de Merleau-Ponty y el de Shepherd, así como entre sus discursos. En la montaña, escribe ella, se dan momentos en los que «algo se mueve entre ella y yo. El lugar y la mente pueden interpenetrarse hasta que la naturaleza de ambos se altera. No puedo decir lo que es este movimiento salvo relatándolo». «El cuerpo no es prescindible, sino primordial —declara en otro punto, en un fragmento que podría venir directo de *Fenomenología de la percepción*—. La carne no queda obliterada, sino consumada. No eres incorpórea, sino cuerpo esencial»:

> En las manos hay un placer infinito. La sensación que producen cosas, texturas, superficies, objetos rugosos como piñas y cortezas, objetos suaves como cañas, plumas y guijarros redondeados por el agua, la incitación de las telas de araña, el cosquilleo delicado de una oruga al reptar, la aspereza del liquen, el calor del sol, las punzadas del granizo, el golpe romo del agua al caer, el soplido del viento: nada que yo pueda tocar ni que me toque, pero que tiene su propia identidad, tanto para la mano como para el ojo.

La creencia de Shepherd en el pensamiento corporal otorga a *La montaña viva* una singular relevancia contemporánea. Cada vez son más quienes viven desligados de la naturaleza. Hemos ido olvidando que nuestra mente se moldea mediante la experiencia corporal de estar en

el mundo —sus espacios, texturas, sonidos, olores y costumbres—, así como gracias a las características genéticas que heredamos y las ideologías que absorbemos. Estamos, literalmente, perdiendo el contacto, haciéndonos incorpóreos, más que en cualquier otro periodo histórico previo. Shepherd vio cómo empezaba este proceso hace más de setenta años y su libro es, al mismo tiempo, un lamento y una advertencia. Habría que usar «todo el cuerpo para instruir el espíritu», escribió, vehemente, a Gunn. «Ésta es la inocencia que hemos perdido —dice—, la de vivir cada cosa a un tiempo para vivir de verdad hasta el final». Su libro es un himno a ese «vivir hasta el final»: a tocar, a saborear, a oler y oír el mundo. Si se consigue, quizá se pueda «salir del cuerpo y entrar en la montaña», y convertirse así, brevemente, en «una piedra, la tierra del mundo». Y en ese momento, pues «has estado dentro». «Eso es todo», escribe Shepherd, y ese «todo» debería oírse no de forma diminutiva, como una disculpa, sino de forma expansiva, infinita.

Shepherd siguió «entrando» en los Cairngorms hasta casi el final de su larga vida. Los últimos meses, sin embargo, atormentada por lo avanzado de su edad, los pasó confinada en una residencia cerca de Banchory. Empezó a sufrir delirios, «confusiones», efectos de conjuros. Tenía la alucinación recurrente de que todo el pabellón se había trasladado a un bosque de Drumoak: «Veo el bosque; de niña jugaba en él». Empezó a ver topónimos de la región de Grampian escritos bien visibles, con «grandes

mayúsculas», en un arco refulgente que cruzaba la habitación «oscura y silenciosa» en la que dormía. Incluso en ese estado de perturbación, Shepherd seguía pensando mucho en la naturaleza de la percepción y en cómo representar la percepción en el lenguaje. «Hizo falta que la vejez me enseñara que el tiempo es una forma de experimentar —escribió a su amiga Barbara Balmer, artista escocesa—, pero ¿cómo verbalizar esa introspección?». Leer verdadera literatura, pensaba, «es como estar de pie, experimentando, y, de pronto, la obra está ahí, escapando por su propia madurez; la vida ha explotado, pegajosa, rica y con un olor delicioso. Y eso hace que el mundo corriente sea mágico, que reverbere e ilumine». Esta «iluminación» del mundo corriente era, por supuesto, lo que había logrado la propia obra de Shepherd, aunque a ella no se le habría ocurrido nunca reconocer su extraordinaria fuerza como escritora.

Así pues, la montaña viva del título de Shepherd «vive» gracias a nuestra «dirección saliente» hacia ella. Para la autora, igual que para Merleau-Ponty, la materia está «impregnada de pensamiento» y el mundo existe en una constante «voz activa, la gramática del ahora, / el tiempo presente». Determinados tipos de atención sirven para «ampliar el dominio del ser en la enormidad del no-ser». Shepherd sabe, por supuesto, que esto es bastante delusorio: que el granito no piensa, que los circos montañosos no perciben nuestra entrada en «su» espacio y que los ríos no sacian nuestra sed con alegría ni con resentimiento. No debe malinterpretarse a Shepherd y creer que

está predicando un animismo supersticioso o un antropomorfismo poco meditado («No atribuyo a la montaña la capacidad de sentir»). Más bien, ofrece un humanismo riguroso, nacido de una fenomenología que —sorprendentemente— dedujo sobre todo caminando, en lugar de desarrollarla leyendo.

Para Shepherd, el cuerpo piensa mejor cuando la mente se detiene, cuando está «desacoplada» del cuerpo. Escribe de forma exquisita sobre esos momentos en la montaña en los que no está «importunada por el pensamiento». «A mí me llegan con más frecuencia —dice— cuando estoy despertando de un sueño al aire libre, contemplando en trance el correr del agua y escuchando su canción». Pero la mejor forma de desacoplar la mente es caminar: «Tras varias horas de caminata constante, con el ritmo largo del movimiento mantenido hasta que éste se hace sensación, y no sólo conocimiento, para el cerebro, como "centro inmóvil" del ser, la carne se vuelve transparente». «En la montaña —dice en las frases finales del libro—, durante una hora, estoy más allá del deseo. No es el éxtasis. No existo fuera de mí misma, sino en mí misma. Existo. Conocer el ser es la gracia final que se otorga desde la montaña». He aquí la versión modificada por Shepherd del *cogito* de Descartes. Camino, luego existo. El ritmo de quien camina, el del pie que se asienta y se levanta.

Cuanto más leo *La montaña viva*, más me aporta. Puede que ya haya leído el libro diez o doce veces, y en cada una de ellas vuelvo a acercarme a sus páginas como Shepherd vuelve a acercarse a la montaña; sin la intención de

extraer de él todo su significado, sino esperando que me sorprenda todo lo nuevo que pueda arrojar. Surgen nuevas formas de ver o, al menos, yo descubro que se me enseña cómo mirar de nuevo desde distintos ángulos. Este libro sirve de guía, pero no es la expresión de ningún sistema ni programa, espiritual o religioso. Aquí no hay ningún manifiesto, ningún mensaje moral. Lo que ocurre en la montaña ocurre también en el libro: el conocimiento que ofrece llega en oblicuo, desde direcciones y partes inesperadas y, en apariencia, ilimitado. Es un libro que crece con el conocimiento. «Por muy a menudo que pasee por ellos —escribe Shepherd sobre los Cairngorms—, estos montes siempre guardan algo con lo que sorprenderme. Es imposible acostumbrarse a ellos». Por muy a menudo que lea *La montaña viva*, siempre guarda algo con lo que sorprenderme. Es imposible que me acostumbre.

Cambridge-Cairngorms-Cambridge, 2011

NOTAS

La grafía de los topónimos escoceses es un asunto controvertido: los nombres de lugares de los Cairngorms que se ofrecen en este texto y en el mapa coinciden con los que usa Nan Shepherd en *La montaña viva*. Agradezco de corazón la ayuda que de distintas formas me han prestado para escribir este ensayo Barbara Balmer, Janice Galloway, Naomi Geraghty, Grace Jackson, Hayden Lorimer,

George Mackie y Roderick Watson. Estoy en deuda con el consejo de la National Library of Scotland y Dairmid Gunn por haberme dado permiso para citar fragmentos de cartas inéditas. No he indicado los números de página concretos en las citas extraídas de *La montaña viva*, por lo que debe entenderse que todas las que carecen de referencia precisa proceden del libro. A continuación se ofrece el resto de fuentes del material citado:

«Una tarea encomendada por el cielo para evitar»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, 2 de abril de 1931, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

«Toda movimiento, las piernas y los brazos»: carta de Nan Shepherd a Barbara Balmer, 15 de enero de 1981, colección privada.

«Cormorán de biblioteca»: Samuel Taylor Coleridge, *Collected Letters, Vol I, 1785-1800*, Earl Leslie Griggs (ed.), Clarendon Press, Oxford, 1966, p. 156.

Desde «La poesía en su forma más intensa» hasta «ese corazón ardiente de la vida»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, 14 de marzo de 1930, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «naturaleza toda saltaba de pronto a la vida» hasta «es lo único que sale de mí»: carta de Nan Shepherd a Neil

Gunn, 2 de abril de 1931, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «Me he quedado muda» hasta «hacer ruido»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, 2 de abril de 1931, ibíd.

Desde «Querida Nan: No hace falta que te diga» hasta «realidades de tu mundo»: carta de Neil Gunn a Nan Shepherd, 20 de octubre de 1945, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «difícil, quizá» hasta «apasionados de la montaña y el campo»: ibíd.

Desde «las exclamaciones, demasiado halagadoras» hasta «hacia quien la ensalza»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, 14 de marzo de 1930, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «El parroquialismo es universal» hasta «todo lo que un hombre puede experimentar por completo»: Patrick Kavanagh, «The Parish and the Universe», en *Collected Pruse* [sic], Macgibbon & Kee, Londres, 1967, pp. 281-283.

Desde «irradiar lo común» hasta «convertiría algo en universal»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, 2 de abril de 1931, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

«Las envolturas de los brotes de haya»: Nan Shepherd, «The Colour of Deeside», *The Deeside Field*, 8, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1937, pp. 8-12, 9.

«Piélagos cristalinos de aire»: Nan Shepherd, «The Hill Burns», poema suelto, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «sustancia» hasta «una luz interior desvelada»: Nan Shepherd, «The Colour of Deeside», *The Deeside Field*, 8, Aberdeen, Aberdeen University Press, 1937, pp. 9-10.

«Salir era en realidad entrar»: John Muir, entrada de diario, en *John of the Mountains: The Unpublished Journals of John Muir*, L. M. Wolfe (ed.), Houghton Mifflin Co, Boston y Nueva York, 1938, p. 427.

«Ojos crédulos»: Nan Shepherd, «The Colour of Deeside», *The Deeside Field*, 8, Aberdeen University Press, Aberdeen, 1937, p. 11.

«Ésa es la forma de ver el mundo»: Gary Snyder, *The Practice of the Wild*, North Point Press, San Francisco, 1990, p. 106. Trad. cast. de Ignacio Fernández Rocafot, *La práctica de lo salvaje*, Varasek ediciones, Madrid, 2015.

Desde «encarna» hasta «nuestro medio general de poseer un mundo»: Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, trad. cast. de Jem Cabanes, Barcelona,

Ediciones Península, 2000, *passim*, pero véanse sobre todo pp. 161-163.

«Todo el cuerpo para instruir el espíritu»: carta de Nan Shepherd a Neil Gunn, mayo de 1940, MS 26900, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

Desde «Veo el bosque; de niña jugaba en él» hasta «que reverbere / ilumine»: cartas de Nan Shepherd a Barbara Balmer, 15 de enero y 2 de febrero de 1981, colección privada.

«Voz activa, la gramática del ahora»: Nan Shepherd, «Achiltibuie», poema suelto, depósito 209, caja 19, carpeta 7, National Library of Scotland, Edimburgo.

LA MONTAÑA VIVA

BREVE NOTA A ESTA EDICIÓN SOBRE LA TRADUCCIÓN DE LOS TOPÓNIMOS

En la traducción al castellano de *The Living Mountain*, hemos optado por mantener en gaélico el genérico de algunos topónimos cuando dicho genérico forma parte indisoluble de éstos, como demuestra el hecho de que se mantengan así, también, en el texto inglés original. No obstante, para facilitar la comprensión del lector, que quizá no esté familiarizado con los lugares que se mencionan, ofrecemos a continuación un breve glosario, de forma que pueda saber, durante la lectura, si se está hablando de un lago, un valle u otro accidente geográfico: *ben*: «pico»; *brae*: «falda, ladera»; *choire, coire*: «circo»; *creag*: «risco»; *glen*: «valle»; *loch*: «lago».

PRÓLOGO

Treinta años en la vida de una montaña no es nada, un parpadeo. Sin embargo, en los treinta años transcurridos desde que se escribió este libro, a los Cairngorms les han pasado muchas cosas, algunas extraordinarias, que los han hecho aparecer en la prensa y las pantallas de televisión:

El Aviemore entra en erupción y en erupción sigue.

Las excavadoras se abren paso a través del monte.

Se construyen y reconstruyen carreteras donde nunca había habido carreteras.

Los esquiadores, raudos, exultantes, dueños de cada movimiento, milagros de la elegancia y la precisión, bajan en picado y planean —o trastabillan—, pero todos con gran júbilo.

Los telesillas se balancean arriba y abajo (y un niñito cae de uno de ellos y muere).

Un restaurante bulle de actividad en las alturas y, entre él y la cumbre, el Cairn Gorm se vuelve desaliñado, el brezo mismo hecho jirones por el paso de las botas (demasiadas botas, demasiado jaleo, aunque cuánto alborozo para cuántos corazones). Se instalan nuevos refugios para los alpinistas. En Muir of Inverey, una casita se amplía y adapta para convertirla en lugar de reunión de los miembros del Cairngorm Club, que colocan los suelos y montan las literas ellos mismos.

Glenmore alberga y prepara a quienes estén dispuestos a aprender. Se enseñan y ponen a prueba diversas destrezas. Los soldados jóvenes aprenden las técnicas de la Aventura. Por toda la zona se despliegan grupos de actividades de orientación (aunque, de momento, Lairig Ghru no va a ser domesticado como parte de un «camino» nacional). Los renos ya no son experimentos, sino colonos.

The Nature Conservancy ofrece refugio seguro a aves, bestias y plantas (pero disuade a los vagabundos, de los que yo he sido una, y no me avergüenzo; una observadora de los recovecos). Los ecologistas investigan los patrones de crecimiento y los problemas de la erosión y repueblan laderas desnudas.

El servicio de rescate de montaña hace un trabajo magnífico, los heridos son izados en camilla por helicópteros; los localizados, exhaustos, se trasladan hasta lugares seguros.

Y algunos no llegan a ser rescatados. Con varios meses de retraso, se encuentra a un hombre y a una chica, muy alejados de su camino, la chica con las manos y las rodillas en carne viva tras haberse abierto camino por la nieve. Aún veo su rostro vivo (era alumna mía), un rostro sensato, ansioso, feliz. Habría vivido hasta hacerse vieja. Setenta hombres, con perros y un helicóptero, van en busca de un esquiador solitario que no ha vuelto y a quien encuentran muerto. Y a un grupo de escolares se le hace tarde y no encuentra la cabaña donde tendría que haber pasado la noche. Se cobija contra un muro de nieve, pero, por la mañana, a pesar de los heroicos esfuerzos de su monitora, sólo quedan vivos ésta y uno de los niños.

Todos estos son asuntos en los que participa el ser humano. Pero, tras ellos, está la propia montaña, su sustancia, su fuerza, su estructura, sus condiciones meteorológicas. Es fundamental para todo lo que el hombre hace con ella o en ella. Si la montaña no estuviera ahí, el hombre no habría hecho esas cosas. Así que treinta años pueden cambiar las cosas que el hombre hace, pero conocer la propia montaña no ha dejado de ser algo básico para la actividad humana. Y eso es lo que, hace treinta años, trataba yo de lograr con este manuscrito. Se escribió durante los

últimos años de la Segunda Guerra Mundial y los inmediatamente posteriores. La única persona que leyó entonces el manuscrito fue Neil Gunn, y que le gustara no es de extrañar, porque nuestros intelectos se conocieron a través de las mismas vivencias que yo estaba intentando describir. Me hizo un par de sugerencias relativas a la publicación pero añadió que, en las circunstancias de la época, sería difícil encontrar editorial. Escribí una carta, animada por él, y recibí una respuesta cortés y negativa, y el manuscrito acabó en un cajón, en el que ha permanecido desde entonces. Ahora, ya mayor, empiezo a ordenar mis pertenencias y, al releerlo, me doy cuenta de que el relato de mi tránsito con una montaña sigue siendo tan válido hoy como lo era entonces. Que fue un tránsito de amor queda suficientemente claro; y el amor perseguido con fervor es uno de los caminos hacia el conocimiento.

Nan Shepherd, agosto de 1977

1
LA MESETA

El verano en las alturas de la meseta puede ser delicioso como la miel; o también un azote descomunal. Para quienes aman el lugar, ambas cosas son buenas, porque las dos forman parte de su naturaleza esencial. Y lo que aquí busco es conocer esa naturaleza esencial. Conocerla, quiero decir, a través de ese conocimiento que constituye un proceso vital. Esto no se hace fácilmente ni en una hora. Conforma un relato demasiado lento para la impaciencia de nuestra época; no tiene la relevancia inmediata que demandan los problemas que la acucian. Y, sin embargo, tiene un valor propio y singular. Es, en primer lugar, un correctivo de las valoraciones simplistas: una nunca llega a conocer del todo la montaña, ni a sí misma en relación con ella. Por muy a menudo que pasee por ellos, estos montes siempre reservan algo con lo que sorprenderme. Es imposible acostumbrarse a ellos.

Los Cairngorms son una masa de granito empujada hacia arriba a través del esquisto y gneis que forman los montes circundantes más bajos, allanada por la capa de hielo y fracturada, desmenuzada y vaciada por heladas, glaciares y la fuerza del agua al correr. Su fisonomía está en los libros de geografía —tantos kilómetros cuadrados de superficie, tantos lagos, tantas cimas de más de mil doscientos metros—, pero eso es un pálido simulacro de su realidad, que, como todas las realidades con importancia para los seres humanos, es una realidad de la mente.

La meseta es la verdadera cima de estas montañas; deben verse como una única montaña, y todas las cumbres, el Ben MacDhui, el Braeriach y el resto, aun desgajadas entre sí por fisuras y hondas pendientes, no son más que remolinos sobre la superficie de la meseta. No se mira hacia arriba, hacia picos espectaculares, sino hacia abajo, desde los picos, hacia simas espectaculares. La meseta en sí no es espectacular. Está pelada, es muy pedregosa y, como no hay nada más alto que ella (excepto la cima del Ben Nevis) hasta Noruega, recibe el azote brutal de los vientos. Permanece cubierta de nieve la mitad del año y, en ocasiones, incluso durante un mes seguido, queda envuelta en nubes. Su vegetación está compuesta de musgo, líquenes y juncos, y, en junio, las matas de clavel rastrero —la *Silene musgo*— florecen con un color rosa chillón. En ella anidan el chorlito carambolo y la perdiz nival, y de su roca rezuman manantiales. Para las medidas continentales, su altitud no es gran cosa —alrededor de mil doscientos metros—, pero, para una isla, está bastante bien y, si los

vientos no encuentran obstáculos, al ojo le pasa igual. El clima es isleño, también, sin continente que lo regule, y el lugar tiene tantos aspectos como gradaciones hay en la luz.

En Escocia, la luz tiene una cualidad que no he visto en ningún otro sitio. Es luminosa sin ser violenta y penetra hasta distancias inmensas con una intensidad espontánea. Así, en un día despejado, se puede mirar, sin esfuerzo alguno, desde el Morven, en Caithness, hasta los Lammermuirs, y, más allá del Ben Nevis, hasta Morar. En pleno verano, me han tenido que convencer de que no estaba viendo hasta más lejos incluso que eso. Habría jurado que distinguía una silueta, nítida y azul, muy clara y pequeña, más lejos que cualquier monte señalado en el mapa. El mapa me contradecía, mis compañeros me contradecían, no volví a verla jamás. En días así, la altura se te sube a la cabeza. Quizá fuera la Atlántida perdida, vislumbrada, por un instante, fuera del tiempo.

Los riachuelos que se precipitan desde los bordes de la meseta son cristalinos; el Avon, de hecho, se ha convertido en sinónimo de transparencia: al contemplar su fondo, se pierde toda noción del tiempo, como el monje de aquella vieja historia que estaba escuchando al mirlo:

Aguas del Avon, tan claras discurrís
que hechizaríais a un hombre centenario.

Sus aguas son blancas, de una transparencia tan absoluta que no existen imágenes para ellas. Quizá los abedules desnudos, en abril, iluminados por el sol tras una lluvia

intensa, puedan insinuar su fulgor. Pero eso es demasiado espectacular. La blancura de estas aguas es sencilla. Son de una transparencia elemental. Como la redondez, o el silencio, su cualidad es natural, pero es tan raro encontrarla en su estado absoluto que, cuando en efecto la hallamos, quedamos estupefactos.

El joven Dee, al alejarse de Garbh Choire y sumarse al agua de las pozas del Lairig, tiene la misma transparencia asombrosa. Esa agua tan clara es imposible de imaginar, hay que verla. Hay que volver una y otra vez para mirarla, porque, en el intervalo, la memoria se niega a recrear su claridad. La meseta elevada donde comienzan estos arroyos, así como sus cataratas y lechos rocosos, los circos, todo el encanto natural, son, al igual que una obra de arte, perpetuamente nuevos cuando se regresa a ellos. La mente no puede llevarse todo lo que tienen que ofrecer ni cree siempre posible lo que se ha quedado.

Así que se vuelve a subir al manantial. Aquí comienza la vida de los ríos: el Dee y el Avon, el Derry, el Beinnie y el Allt Druie. En estos arroyos puros y terribles se drenan la lluvia, las nubes y la nieve de los altos Cairngorms. Surgen del granito, se asolean un poco en la meseta, desprotegida, y se precipitan por el aire hasta sus valles. O se abren paso bajo coronas de nieve y escapan con alboroto. O cuelgan en revoltijos de hielo sobre las paredes de roca. No se conocen los ríos hasta que se los ha visto en sus fuentes, pero este viaje a las fuentes no ha de emprenderse a la ligera. Se camina entre elementales, y los elementales no son gobernables. También hay elementales que

se despiertan en una misma por contacto y que son tan impredecibles como el viento o la nieve.

Esto puede hacer pensar que llegar a la meseta elevada de los Cairngorms es difícil. Pero no, nada de eso. Dados el aire puro y las inacabables horas de luz del verano septentrional, no hay ni una cumbre que no sea asequible sin grandes esfuerzos para un senderista moderadamente en forma. Un senderista en plena forma puede hacerse un par de cumbres. Los portentosos clavarán la bandera en las seis cumbres en cuestión de catorce horas. Esto tal vez resulte divertido, pero es estéril. Enfrentarse a la montaña es algo necesario para todo alpinista. Pero enfrentarse simplemente a otros «jugadores» y convertirlo en una carrera es reducir al nivel de un juego lo que es, en esencia, una experiencia vital. Y, aun así, ¡menuda pista de carreras para estos chicos! Conocer los montes y sus propios cuerpos lo bastante bien para atreverse a esa proeza es su auténtico logro.

Dominar nuevas rutas de ascenso por la propia roca es otra cuestión. El granito, del que están hechos los Cairngorms, se erosiona de forma demasiado homogénea y nivelada y no crea las condiciones óptimas para la escalada en roca. Sin embargo, la grandeza de los circos supone tal reto que quienes suben no pueden irse sin probarlo. El *Cairngorm Club Journal* recoge los ascensos confirmados, con sus fechas, desde finales del siglo pasado en adelante. Aun así, me pregunto si la sangre joven no lo intentó antes. Hay constancia de que, hace un siglo y medio, se encontró a un pastor congelado, junto con su perro ovejero,

sobre la cornisa de uno de los riscos del Braeriach. Debió de acabar allí desorientado en mitad de una ventisca, pero los hombres que bajaron el cadáver tuvieron que hacer un esfuerzo considerable, y seguro que en ese grupo tan robusto había jóvenes impetuosos para quienes escalar por un precipicio no era nada nuevo. El doctor George Skene Keith, en su *General View of Aberdeenshire*, relata haber trepado por el lecho de la catarata del Dee en 1810, y el profesor McGillivray, en su *Natural History of Braemar*, cuenta que cuando era estudiante, en 1819, fue andando desde la Universidad de Aberdeen hasta su casa, al oeste, a través del conjunto de los Cairngorms, y que se echaba a dormir, tal y como iba, a los pies de los precipicios del Braeriach; a la mañana siguiente reemprendía la marcha y dejaba atrás el circo en el que había dormido. En una visita posterior, investigando la flora de estas montañas, parece que subió y bajó corriendo los riscos con una agilidad similar a la de un ciervo. Hay, sin embargo, caminos para subir y bajar de algunos de estos circos por los que todo alpinista ágil y juicioso puede trepar, y son sin duda éstos los que usaron los primeros aventureros. La fascinación de los intentos posteriores estriba en encontrar caminos imposibles sin cuerda, y entre estos precipicios sigue habiendo muchas caras que aún no se han acometido. Hace poco, uno de mis jóvenes amigos fue el primero en abrir una ruta de salida de Garbh Choire, en el Braeriach, en roca hasta entonces sin pisar. Para él, uno de los montañeros jóvenes más entusiastas que conozco (lo han descrito, y reconocido en la última estación del tren, como «un

hombrecillo negro, con una carga de igual tamaño que él mismo y la mirada ausente»), el hecho en sí de establecer un récord tiene una importancia minúscula. Lo que valora es una tarea que, al exigir de él todo lo que tiene y es, lo absorbe y, así, libera por completo.

Es, por supuesto, una absoluta estupidez suponer que quienes baten récords no aman la montaña. Quienes no la aman no suben, y quienes sí la aman jamás tienen bastante. Es un apetito que crece conforme se alimenta. Como la bebida y la pasión, intensifica la vida hasta el punto de la gloria. En escocés, se dice que estamos «exaltados», que es el mismo término que se usa para referirse a quien se ha achispado bebiendo; somos unos místicos y, a ojos de quienes no practican el alpinismo, estamos un poco locos.

«Místico» puede ser un término demasiado fuerte para esa feliz liberación del cuerpo que se produce al hacer alpinismo; sin embargo, para un espectador ajeno, ver cómo alguien camina con seguridad por sitios tan peligrosos recuerda más al paso decidido de ciertos condenados a muerte. Cuánta de esa alegre seguridad es el resultado de un cuerpo y una mente perfectamente entrenados y coordinados es algo de lo que sólo los propios alpinistas son conscientes; tampoco hay necesidad de atribuir a la voluntad de un dios la feliz confianza o la muerte que, en ocasiones, aunque raramente, puede derivarse. Esta última, si en efecto ocurre, sin duda será el resultado del descuido, de no haberse fijado, sumido en la exaltación, en una capa de hielo sobre la piedra, de confiar en la sorprendente

buena suerte propia en lugar de en la brújula o, tal vez, sin más, de sobreestimar la propia capacidad de resistencia ante la satisfacción de un bienestar corporal absoluto.

Pero hay un fenómeno asociado a ese «misticismo» que, debo confesar, conozco. A menudo, en casa, en la cama, he recordado los lugares por los que he corrido, ligera, sin sensación de miedo alguna, y me he quedado helada al pensar en ellos. Me da la impresión de que no podría volver a hacerlo nunca; el miedo me amedrenta, la boca se me llena de terror. Sin embargo, cuando vuelvo, me eleva el mismo brinco del espíritu. Haya o no haya un dios, vuelvo a sentirme «mística».

El «misticismo» en sí tiene, para mí, un origen fisiológico. Quienes lo experimentan cuentan con esa estructura corporal determinada que funciona de la forma más libre y viva en las alturas (aunque, está claro, esto se refiere sólo a alturas razonables para el ser humano y en absoluto a aquellas para las que es necesaria una penosa aclimatación). Conforme ascienden, el aire se vuelve más escaso y más estimulante, el cuerpo parece más ligero y suben con menos esfuerzo, hasta que la ley del ascenso de Dante, en el monte Purgatorio, parece convertirse en una verdad física: «Que esta montaña es tal entiende [...], / que siempre, al comenzar, abajo es grave, / y es menos mala si a subir se atiende»[1].

Al principio pensaba que esta ligereza del cuerpo era una reacción universal ante el aire enrarecido. Me

[1] *Divina Comedia*, «Purgatorio», canto IV, resalto II, trad. cast. de Ángel Crespo, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2003.

sorprendió descubrir que algunas personas sufrían malestar a altitudes que a mí me liberaban, pero que eran felices en valles bajos donde yo me sentía apagada. Luego empecé a ver que nuestras devociones tienen más que ver con nuestras peculiaridades fisiológicas de lo que reconocemos. Yo soy una apasionada de la montaña porque mi cuerpo se encuentra en su estado óptimo en el aire mermado de las alturas y comunica su júbilo a la mente. El reverso de esta situación podría quedar ejemplificado en la fatiga extrema que sufrí al recorrer algo más de dos kilómetros bajo tierra en las cuevas de las Ardenas. No se trataba, a todas luces, de una mente agotada que estuviera comunicándole su fatiga al cuerpo, porque yo estaba embelesada por la rareza y hermosura de aquellas cavidades subterráneas. Añadamos a esto los ojos, que están habituados a enfocar en la distancia, y mi deleite en la amplitud del espacio que se abre desde las cumbres se convierte también en un ajuste fisiológico perfecto. Los miopes no pueden amar las montañas como los hipermétropes. El ritmo mantenido en un ascenso largo también contribuye a inducir la sensación de bienestar físico, y esto no puede reproducirse con ninguna forma mecánica de ascenso.

Esta liviandad corporal, pues, en el aire enrarecido, se combina con la liberación del espacio para otorgar un «misticismo» montañero a quienes son susceptibles de tal dolencia. Pues es una dolencia, que subvierte la voluntad y se impone a la sensatez: pero una dolencia de la que nunca pedirán curarse quienes la sufren. Porque esta tontería de la fisiología, en realidad, no lo explica en absoluto.

¿Cómo? ¿Tan esclava soy que, a menos que mi carne se sienta ligera, no puedo ser libre? No, en el ansia por una cumbre hay algo más que un ajuste fisiológico perfecto. Y eso de más reside dentro de la montaña. Algo se mueve entre ella y yo. El lugar y la mente se interpenetran hasta que la naturaleza de ambos se altera. No puedo decir lo que es este movimiento salvo relatándolo.

2
LOS RECOVECOS

Al principio, loca por volver a sentir la chispa de la altura, iba siempre a por las cumbres y no dedicaba tiempo a explorar los recovecos. Pero a finales de un mes de septiembre fui al Braeriach con un hombre que conocía la montaña mejor que yo entonces y me llevó a uno de sus costados, hacia Coire an Lochain. No podría haberse pedido un día más apropiado para ver por primera vez ese extraño lago. Las tormentas del equinoccio habían sido importantes; la nieve, que casi siempre polvorea la meseta sobre la tercera semana de septiembre, había caído densa y pesada, pero las tormentas se habían marchado ya, el aire era cortante y ligero, con un brillo como de hielo, las aguas del lago resultaban gélidas al meter los dedos. Y qué quietas, qué sorprendentemente retraídas y tranquilas. Se puede subir cuantas veces se quiera, que Loch Coire an Lochain resulta siempre increíble. No se percibe hasta

estar casi en la orilla, pero sólo la altura lo oculta. A diferencia del Avon y el Etchachan, no está encerrado en la montaña, sino que se extiende sobre una ladera exterior y su hondonada queda cada día al alcance de todos los ojos que contemplen los Cairngorms desde el Spey. No obstante, sin saberlo, no podría adivinarse su presencia ni, desde luego, su tamaño. Dos cataratas, la que lo alimenta, que cae desde el borde de la meseta sobre la roca, y la que lo desagua, parecen hilos blancos sobre la montaña. Después de trepar por el lecho de esta segunda cascada (como supe después, no es la forma más fácil, pero mi compañero era un naturalista fervoroso que tenía asuntos que resolver con toda hoja, caña y raíz del lecho rocoso), cabría esperar verse ya cerca del circo, pero no, aún queda bastante lejos. Así que se sigue avanzando con esfuerzo. Una dispersión de roca negra, trozos grandes como una casa, trozos afilados como un rallador. Un tramo difícil. Y, por fin, allí está el lago, bien arrimado al precipicio. Pero cuando me giré, aquel día de septiembre, y miré a través del aire límpido, la vista me alcanzaba hasta cadenas de montañas distantes. Aquello me dejó atónita. ¡Algo tan abierto y a la vez tan oculto! Su anonimato —«lago del circo del lago», sin más, significa su nombre— parece proteger este sorprendente secreto. Otros lagos, el Avon, el Morlich y los demás, tienen nombres que los distinguen. Se espera de ellos una idiosincrasia. Ahora bien, en el lago del circo del lago, ¿qué podría haber? Un lago de montaña como cualquier otro. ¡Y, de pronto, encontrarse esta forma condensada de la belleza!

Metí los dedos en el agua y me pareció fría. Estuve escuchando la cascada hasta que dejé de oírla. Paseé la vista por todo el lago, de orilla a orilla, muy despacio, y me sorprendió su anchura. ¿Cómo iba yo a imaginarme un lago tan grande, a unos novecientos metros de altura, escondido en este circo que es sólo uno de los tres que hay sobre una cara de una montaña que, a su vez, sólo es un pedacito desgajado de la meseta? Y de nuevo paseé la vista por la superficie, despacio, de orilla a orilla, desde mis pies hasta el precipicio. No hay forma mejor de saborear la extensión de una superficie de agua.

Este cambio en el enfoque del ojo, este movimiento del ojo cuando se miran cosas que no se mueven, ahonda la sensación de realidad exterior. Así es como se captan cosas estáticas en el acto mismo de devenir. De un modo tan sencillo, además, como cambiar la posición de la cabeza, puede hacerse que aparezca un tipo de mundo distinto. Apoyas la cabeza en el suelo o, mejor aún, miras hacia el lado opuesto y doblas el cuerpo con las piernas abiertas hasta que ves el mundo del revés. ¡De pronto es completamente nuevo! Desde los ramilletes de brezo cercanos hasta el pliegue más distante del terreno, todos los detalles se alzan, erguidos, en su propia validez. De ningún otro modo he visto con mis propios ojos y sin ayuda que la Tierra es redonda. Cuando la observo, arquea la espalda y todas las capas del paisaje se erizan (aunque «erizarse» es una palabra que implica demasiado alboroto). Los detalles dejan de pertenecer a un conjunto en una imagen de la que yo soy el punto focal, el

punto focal está por todas partes. Nada guarda referencia conmigo, la observadora. De este modo es como la Tierra ha de verse a sí misma.

Así que miré despacio hacia el otro lado de Loch Coire y empecé a entender que la prisa no tiene nada que hacer con estos montes. Supe, cuando llevaba largo rato observando, que apenas había empezado a ver. Igual me pasó con Loch Avon. Mi primer encuentro fue afilado y penetrante y, para mí, ha cristalizado para siempre una cierta inaccesibilidad muy íntima. Había subido a las seis grandes cumbres, a algunas dos veces, antes de bajar a la depresión de la montaña que da cobijo a Loch Avon. Este lago se halla a una altitud de unos setecientos metros, pero sus orillas se elevan otros cuatrocientos cincuenta. Más, en realidad, porque podría decirse que el Cairn Gorm y el Ben MacDhui son sus orillas. Desde el extremo inferior de este tajo de dos mil cuatrocientos metros en la roca, la salida es fácil, pero muy larga. Se puede bajar junto al propio Avon, a lo largo de los dieciséis kilómetros más solitarios y poco frecuentados de los Cairngorms, hasta Inchrory, o pasar a Strathnethy o Glen Derry a través de unas cuencas bastante accesibles, o bajo los Barns of Bynack, hasta el Caiplich Water. Pero, más arriba, no hay forma de salir del lago, si no es trepando por uno u otro de los riachuelos que caen desde las alturas: aparte de eso, por encima de Shelter Stone se abre un hueco entre las montañas hasta Loch Etchachan, y por ahí hay que trepar menos trecho.

El extremo interior de este tajo está excavado directamente en el granito. Cuando se mira desde abajo, los agentes que intervienen parecen meras salpicaduras de agua, cuya fuerza podría desviarse con un par de manos. Sin embargo, sobre los precipicios hemos encontrado, en uno de esos riachuelos, pozas lo bastante profundas para bañarse en ellas. El agua que se vierte desde estos sombríos bastiones no arrastra sedimento de ningún tipo en su caída precipitada, que parece, de hecho, destilar y airear el agua, de forma que el lago, mucho más abajo, es de una limpidez centelleante. Este estrecho lago no se ha sondeado jamás, creo. Conozco su profundidad, aunque no en metros.

La primera vez que lo vi fue un día despejado de principios de julio. Habíamos partido al amanecer, cruzamos el Cairn Gorm sobre las nueve y nos abrimos paso junto al collado hasta el extremo inferior del lago. Luego subimos sin prisa por la ladera, de frente hacia el sombrío circo, y, por fin, cuando el sol de mediodía penetraba directamente en el agua, nos quitamos la ropa y nos bañamos. El agua transparente nos llegaba por las rodillas, luego por los muslos. Lo único que podía revelar su transparencia era caminar por ella. Mirar a través del agua era descubrir sus propiedades. Lo que veíamos debajo tenía una claridad más nítida que lo que veíamos a través del aire. Nos adentramos en su luminosidad y la anchura del agua aumentó, como pasa siempre cuando se está encima o dentro de ella, de forma que el lago ya no parecía estrecho, sino que el otro lado estaba a una enorme distancia. Luego miré hacia

abajo y a mis pies se abría un abismo de luminosidad tan profundo que la mente se me paró. Estábamos en el borde de una plataforma que se introducía varios metros en el lago antes de hundirse en la fosa que es su auténtico fondo. Y a través de esa transparencia desorbitada, la vista nos alcanzaba hasta lo más hondo de la fosa. Tan transparente era que veíamos todas las piedras con nitidez.

Hice señas a mi compañera, que iba un paso por detrás, y vino y se asomó como yo había hecho al precipicio sumergido. Luego nos miramos a los ojos y, de nuevo, a la fosa. Caminé lentamente hacia atrás, hacia aguas menos profundas. No había nada que pareciera digno de ser dicho. Tenía el alma tan desnuda como el cuerpo. Fue uno de los momentos de mayor indefensión de mi vida.

No creo que fuera la inminencia del riesgo físico personal lo que me sacudió. En aquel momento no tuve la sensación de acabar de librarme de un peligro mortal; tampoco si lo pienso ahora. Por supuesto, podría haber perdido el equilibrio y haberme ahogado, pero no creo que hubiera avanzado sin darme cuenta. El ojo y el pie adquieren, al caminar por terrenos irregulares, una coordinación que la hacen a una singularmente consciente de dónde va a caer el siguiente paso, incluso cuando se están contemplando el cielo y la tierra. Esta observación, sin embargo, sólo tiene un carácter general; para lograr una observación atenta, el cuerpo debe estar quieto. Pero, por lo común, en un terreno que sea irregular, aunque no difícil, una ve dónde está y hacia dónde va al mismo tiempo. Lo comprobé, de un modo muy brusco, un

cálido día de junio, en Glen Quoich, mientras bajaba una ladera cubierta de brezo largo hacia el arroyo. Sin apenas aminorar la marcha, el ojo detectó y el pie evitó una víbora enroscada sobre la que el siguiente paso me habría dejado; detectaron y evitaron también a su compañera, totalmente extendida en la línea de mi camino hacia un lado, y me detuve poco después de dejarlas atrás, para considerar, con divertida sorpresa, la velocidad y seguridad de mis propios pies. El pensamiento consciente había tenido poco que ver con sus movimientos.

Así pues, aunque dicen del río Avon que alguna gente ha entrado en él y se ha ahogado, pensando que era poco profundo porque podía ver el fondo, no creo que en aquella ocasión me hallara en gran peligro de ahogarme, ni que fuera miedo la emoción con la que me quedé contemplando la poza. Aquella primera mirada me había conmocionado hasta llevarme a un estado intensificado de mis propias capacidades, en el que incluso el miedo se convirtió en una extraña euforia: no es que hubiera dejado de ser miedo, sino que el miedo en sí, tan impersonal, tan profundamente comprendido, ensanchaba el espíritu en lugar de constreñirlo.

La inaccesibilidad de ese lago es parte de su poder. El silencio le pertenece. Si los todoterrenos lo encuentran o una línea de funicular lo desfigura, se habrá perdido parte de su significado. El bien para el mayor número de personas no es aquí pertinente. A veces es necesario ser exclusivo, no en aras del rango o la riqueza, sino de esas cualidades humanas que pueden aliarse con la soledad.

La presencia de otra persona no le resta valor al silencio, sino que lo enriquece, si esa otra persona es un compañero de montaña del tipo adecuado. El compañero de montaña perfecto es aquel cuya identidad se fusiona, temporalmente, con la de la naturaleza, al igual que sientes que ocurre con la tuya. Así, la charla que surge forma parte de una vida en común y no puede ser ajena. «Hablar por hablar», sin embargo, es algo desastroso; la conversación resulta superflua. He oído decir a un adusto anciano, un tipo larguirucho, de pómulos altos y mejillas hundidas, criado en una granja de montaña aunque funcionario público, que, cuando sube a la montaña con charlatanes, «sería capaz de mandarlos a un sitio nada bonito». Yo misma he caminado con jóvenes magníficos cuya conversación, entretenida, ingeniosa e incesante, me ha dejado, sin embargo, exhausta y desanimada, porque la naturaleza no hablaba. Esto no implica que la única buena conversación en la montaña sea acerca de la montaña. Al entrar en contacto con ella surgen temas de todo tipo, igual que al entrar en contacto con otra mente, y así el debate se anima. Pero escuchar es mejor que hablar.

La tribu de los habladores, creo, busca extraer sensaciones de la montaña (no en el sentido de Keats). Los principiantes, no es de extrañar, también (fue mi caso). Quieren la vista deslumbrante, la cumbre monstruosa, sorbos de cerveza y té en lugar de leche. Y, sin embargo, a menudo la montaña se entrega por completo cuando no tengo destino alguno, cuando no llego a ningún sitio en concreto, sino que he salido simplemente para estar con

ella, igual que se visita a un amigo sin más intención que la de estar con él.

3
EL CONJUNTO

Mi primera ascensión fue al Ben MacDhui —con razón, pues es el más alto— y por la ruta clásica de Coire Etchachan, y desde aquel primer día persisten dos ideas. La primera es que las montañas tienen un interior. Yo estaba muy acostumbrada a los montes, llevaba desde que era niña corriendo por los de Deeside y «los Monadhliaths», esas cumbres fluidas que flanquean el Spey al otro lado de los Cairngorms, el patio de recreo perfecto para una chiquilla; y el final de una ascensión significaba siempre para mí la apertura de una extensa vista sobre el mundo: aquél era un momento de gloria. Pero el esfuerzo de la subida, sentir que la pendiente se iba reduciendo y la cima se acercaba, como al final del ascenso al Etchachan, y que la recompensa no fuera amplitud, sino un interior... aquello me dejó atónita. ¡Y vaya interior! La planicie salpicada de peñascos, el lago quedo y centelleante, el saliente negro de su precipicio,

la caída hasta Loch Avon y la altísima barricada del Cairn Gorm, más allá, y, en todas partes, salvo por donde habíamos entrado, imponentes paredes montañosas.

Años después, tuve una sensación parecida dentro de los Barns of Bynac, ese gigantesco cubo de roca negra que se alza, como una mansión, junto al Ben Bynack. Se puede subir por una suerte de escalera hasta el interior y asomarse por una grieta, como si fuera una ventana.

El segundo conocimiento que he conservado de mi primera ascensión es el interior de una nube. Y es que, desde pocos metros por encima de Loch Etchachan hasta la cumbre, fuimos caminando dentro de una nube tan espesa que, cuando el hombre que encabezaba la partida se adelantaba una distancia igual a la longitud de un brazo, desaparecía, a excepción de sus silbidos. Su mujer y yo seguíamos los silbos y, a veces, cuando íbamos demasiado despacio (él era un tipo impaciente), volvía a materializarse entre la nube y nos hablaba. Y así, solas en aquella blancura, mientras nuestro «aparecido» iba y venía, ascendimos por un camino sin fin. Nada cambiaba. En una ocasión, nuestro fantasmagórico guía nos cogió del brazo a ambas con firmeza y dijo: «Ahí abajo está Loch Etchachan». Nada. La blancura era, quizá, más densa aún. Era horrible estar allí y mirar hacia aquel pozo de albura. El sendero seguía. Y, a partir de ese punto, lo que tuvimos al lado fue un blanco aún más abominable, que se propagaba y engullía incluso la tierra marrón grisácea que habían pisado nuestras mentes. Habíamos llegado a la nieve. Un blanco como de ausencia de vida.

Aquella nube, igual que otras dentro de las que he caminado, estaba húmeda, pero no mojaba. No nos empapó hasta que, ya casi en la cumbre, se abrió en una lluvia intensa y, por fin, pudimos ver los circos, con su bufanda de niebla. Algunas nubes atacan al caminante en las alturas —lo que abajo son nubes aquí arriba es lluvia o aguanieve—, otras lo acarician suavemente, pero con tal persistencia que igual podría estar atravesando un lago. O quizá la humedad sea más delicada y se condense en gotitas sobre las cejas, el pelo y la ropa de lana, como ocurre por la mañana con el rocío después de pasar la noche al raso. O quizá la nube sea poco más que una sensación en la piel, como de algo mojado y pegajoso, o de una simple rasca. Una vez estuve dentro de una nube que no ofrecía ninguna sensación. Desde el interior, no era tangible ni visible, aunque al acercarse había dado la impresión de ser espesa y amenazante. Estábamos en la ladera entre el Sgoran Dubh y el Sgor Gaoith, en un día despejado y de sol, y, de pronto, allí estaba la nube, acercándose incesante a nosotros, con la parte inferior, recta, a unos novecientos metros de altitud. Pensamos: «¡Allá vamos!», pero lo único que pasó fue que el sol desapareció, como si se hubiera pulsado un interruptor, y, al cabo de unos veinte minutos, volvió a encenderse y vimos que el borde inferior de la nube se marchaba cruzando el valle del Einich. El interior de la nube era seco y aburrido.

Emerger andando desde la parte superior de una nube está bien. Una o dos veces he tenido la suerte de encontrarme sobre un trocito de terreno y ver una planicie

perlada y lustrosa extenderse hacia los horizontes. Muy a lo lejos, otra cumbre surge del espeso manto como una islita. Es como la mañana de la creación. Una vez, en el Lochnagar, nos quedamos contemplando la luz del amanecer sobre los Cairngorms, como la flor azul de los ciruelos. Los escarpes y hondonadas eran translúcidos, ni el más mínimo detalle aparecía borroso. El sol vertía una luz límpida y pura en todos los recovecos. Pero, al mirar al sur, nos quedamos sin aliento. El mundo había desaparecido. No había nada allí, salvo una inmensa extensión de montoneras de nieve. ¿O era el mar? Brillaba y bañaba los altos montes como el mar baña la roca. Y terminaba, igual que todos los mares terminan en algún punto, con las montañas de Glen Lyon, el Ben Lawers y el Schiehallion, que emergía como una de esas islas alargadas, de cimas gemelas, que hay al oeste. Un mar de niebla que invadía el corazón de la tierra, pero que acabó succionando el sol conforme avanzaba la cálida jornada.

Ver los Cairngorms desde otras montañas, desde el Lochnagar o las cumbres de Glen Lyon, los acentúa como conjunto. Desde este último, se ven claramente su gran elevación, su masa y su firmeza. Se alzan formando una pirámide roma. La altura de los montes altos sólo se aprecia, claro está, desde otros de una altura igual o, al menos, parecida, pero no se trata sin más de una cuestión de altitud relativa. Hay algo en su elevación, sus proporciones y su porte que sólo se percibe cuando se está en algún lugar que se acerque a su tamaño. Desde abajo, curiosamente, no son tan majestuosos. La mejor forma de ver los

Cairngorms es desde el Geal Charn, en los Monadhliaths, que, aunque no llega siquiera a los novecientos metros, se yergue ante ellos al otro lado del valle del Spey. Desde su abrupta falda delantera, puede observarse cómo el alto panorama de enfrente se asienta en sí mismo conforme se va descendiendo. A mí me cautiva como el truco de un ilusionista. Cada vez que bajo, quiero regresar enseguida y volver a verlo desde el principio. El «truco» se explica con un simple diagrama, pero no hay diagrama que explique la serena sublimidad que estos altos panoramas transmiten a la mente humana. Merece la pena subir a cumbres insulsas, aunque sólo sea por ver las grandes desde más cerca, a su misma altura.

El mejor sitio para ver claramente que los Cairngorms forman una meseta es en los montes de la parte baja de Deeside, porque sólo se distinguen la mesa alargada del Ben Avon y el Ben a' Bhuird. Si se sigue subiendo por el valle del Dee, aparece, dominante, el Cairntoul. Cerca del Lochnagar, queda bien visible toda la fachada, esculpida como un bloque con grietas y cornisas, con las que juguetea la luz. El mejor momento es por la mañana, cuando los riscos están teñidos de un rosa rojizo. El fenómeno dura alrededor de una hora: precipicio tras precipicio, van adquiriendo un color rosa que luego se desvanece, aunque, con ciertas condiciones del aire, el resplandor dura más, y yo he visto arder, bajo el calor inmóvil e intenso del verano, no sólo los circos, sino toda la meseta, con una encendida incandescencia violeta, hasta el mediodía. El atardecer también ilumina los circos, pero para ello hay

que mirar desde el otro lado del conjunto. Desde el lado del Lochnagar, los atardeceres estivales quedan por detrás de los Cairngorms, pero los invernales los tocan oblicuamente. También desde el Lochnagar se ve algo que no suele apreciarse a menos que se vaya allí o a las partes de la meseta que quedan justo encima, uno de los lugares más secretos de la cordillera, la hondonada interior del inmenso Garbh Choire, en el Braeriach.

En los montes que hay aún más al oeste, desde el Glas Maol, en los límites de Angus, da la impresión de que el conjunto de los Cairngorms va creciendo suavemente a partir de los montes circundantes y de que sus contornos se diluyen en armonía con los demás. Es posible que tenga orígenes distintos, pero, al igual que ellos, se ha visto sometido a la acción lenta y constante de la Edad de Hielo, y aquí, más que en ningún otro sitio, queda patente la historia que comparten. Desde el Ben Ouran, de donde arranca Glen Ey, se mira directo hacia el puerto de Lairig y se ve cómo la meseta queda partida en dos por la grieta que la atraviesa. Pero, desde la embocadura del valle del Ey, en la ladera, más o menos a un kilómetro y medio de donde este río confluye con el Dee, sorprende una nueva visión de la cordillera que ya se conoce. Aquí es donde te das cuenta: son montañas, no una meseta hecha añicos, porque se ven como picos apilados unos sobre otros, en una culminación majestuosa. Este efecto es más notable cuando la cima plana y alargada del Blaeriach está velada, como suele ser habitual, por la niebla, mientras que el Ben MacDhui se erige como el gigante que es, flanqueado

por el cono picudo del Cairntoul y reforzado por las cumbres, más escasas y cercanas, de Devil's Point y el Cairngorm of Derry. Estas cumbres parecen estar espléndidamente suspendidas en el aire, por encima de la línea de visión, lo que ofrece una nueva impresión de la grandeza de estas montañas. Pero, al seguir dando la vuelta, hacia el suroeste y el oeste, se encuentra sólo una masa abultada, redondeada y deforme, sin más dignidad que la de ser una mole. Es la parte posterior de la montaña, como la nuca de un monstruo: al otro lado están las fauces abiertas, los terribles colmillos.

La vista del noreste, desde los Braes of Abernethy, justo enfrente de este lomo rechoncho, contiene las fauces y los colmillos. Es un lugar de líneas claras y elevadas. Se trata del Cairn Gorm, que, a pesar de no ser más que la cuarta cumbre por su altura, da nombre a todo el conjunto. Estos hondos precipicios enmarcan Loch Avon. Aquí está el Stac Iolaire, el nido del águila. El Cairn Gorm está acompañado por lagos insuperables: Loch Avon, el pequeño y precioso Loch an Uaine, cuyas aguas tienen el resplandor verde de los viejos tejados de cobre, y Loch Morlich, espejo perfecto de los tres grandes circos que hay en la falda del Speyside. El cantil de los riscos se alza novecientos metros por encima de la tranquila superficie del agua, que es lo bastante larga y ancha para dar cabida a todo el majestuoso frente, los circos, las crestas y las estribaciones, que se proyectan como un altorrelieve desde el bloque de la meseta. En un día calmo, tiene una belleza de ensueño.

Toda esta ladera noroeste, los tres circos del Cairn Gorm y los tres del Braeriach, se alza abruptamente desde el páramo, por lo que, al recorrer el borde de la meseta, da la impresión de ir elevándose, como en una plataforma majestuosa, por encima del mundo.

4

AGUA

Estoy otra vez en la meseta, tras dar vueltas por ella como cuando los perros se mueven en círculos para comprobar si es un buen sitio. Creo que lo es y voy a quedarme un rato en este lugar. He salido al amanecer y aquí aún es por la mañana. El sol de mediados del verano ha levantado la humedad de la tierra, así que he hecho parte del camino envuelta en bruma, pero el último zarcillo se ha disuelto ya en el aire y en todo el cielo no hay más que luz. Me alcanza la vista hasta los confines de la Tierra y muy arriba, hacia el cielo.

Allí, en el silencio, me doy cuenta de que el silencio no es completo. El agua está hablando. Voy hacia ella y, casi de inmediato, la vista se pierde: la meseta tiene sus propias hondonadas y desciende, amplia, hasta una de las grandes fisuras interiores, Garbh Coire. Se extiende como una gran hoja surcada por corrientes de agua, a modo de

nervaduras, que convergen en el borde del precipicio y caen por una catarata de ciento cincuenta metros. Es el Dee. Sorprendentemente, aquí arriba, a mil doscientos metros, ya tiene un caudal considerable. La hoja inmensa que este río desagua está desnuda; en su superficie hay piedras, grava, a veces arena y, en algunos puntos, crecen musgo y hierba. Aquí y allá, en el musgo, se han apilado unas cuantas piedras blancas. Voy hacia ellas y mana el agua, fuerte y copiosa, agua fría y pura que se aleja en riachuelos y cae por encima de la roca. Son las fuentes del Dee. Éste es el río. El agua, esa materia blanca y fuerte, uno de los cuatro misterios elementales, puede verse aquí en su esencia. Como todos los misterios profundos, es tan simple que me da miedo. Mana de la roca y se aleja. Lleva incontables años manando de la roca y alejándose. No hace nada, nada en absoluto, salvo ser ella misma.

El Dee, sin embargo, en el que, a través de sus afluentes, se vierte toda esta parte del sureste de los Cairngorms, tiene su nacimiento no sólo en una, sino en ambas mitades de la meseta central. El tajo que divide las dos mitades (el Cairntoul y el Braeriach desde la parte del Cairn Gorm-Ben MacDhui), Lairig Ghru, es tan escarpado y estrecho que, cuando corre la niebla entre los precipicios, alzándose y volviendo a asentarse, a veces es difícil saber si una pared rocosa que se vislumbre pertenece a la montaña en la que se está o a una del otro lado de la grieta. En la parte del Ben MacDhui, bastante arriba, aunque noventa metros más abajo que las fuentes que hay en el Braeriach, nacen dos ríos a los que separa apenas un paso. Uno fluye

hacia el este, cae por el precipicio a Loch Avon y gira hacia el norte, al Spey; el otro, que aquí es el arroyo March, parte hacia el oeste, se desborda por el risco y cae a Lairig Ghru. Tras girar al sur y al este y sumarse al agua que sale de Garbh Choire, se convierte en el Dee. Pero, cuando cae al estrecho desfiladero de Lairig, su vida parece haber terminado. Desaparece. Un poquito más abajo, se ve una poza diminuta y, más abajo aún, otras dos, de tamaño considerable, profundas y cristalinas. No tienen ningún aporte visible, no se ve ningún curso de agua que llegue a ellas ni ninguno que salga, pero su centelleo contenido revela que son aguas vivas. Son las pozas del Dee. El arroyo March las alimenta y el joven Dee, un poco más allá de la poza inferior, es, claramente, su salida. No se me ocurre ningún buen motivo para hacer la fatigosa caminata que atraviesa el opresivo Lairig Ghru excepto ver estas pozas.

Lairig Ghru oculta sus cursos de agua en casi toda su extensión. Al otro lado de la cuenca, hacia el Spey, este caos de peñascos parece bastante seco. Sorprende que, de pronto, aparezca un trecho de agua corriente, al fondo, pero enseguida vuelve a ser engullido. Al final, cuando se ensanchan las escarpadas paredes de la grieta y los siglos de tormentas han dejado ya de hacer caer sucesiones de peñascos rotos sobre los lechos, el arroyo sale a borbotones, una corriente fuerte y plena de agua cristalina.

Este estrecho desfiladero no es el único lugar en el que los peñascos caídos y desperdigados tapan los cauces. Una vez estaba sentada entre peñascos, en una falda exterior del monte, con dos sonidos tenues metidos en los oídos,

y no conseguí localizar ninguno. Uno era el cuchichí de la perdiz nival; el otro, el correr del agua. Tras un largo rato, vi a la perdiz cuando se levantó, con un aleteo blanco, de entre las piedras grises a las que tanto se parece, pero no logré ver el agua. En otros sitios, un gorgoteo como de agua acumulada alcanza mis oídos y, donde pensaba que no había más que rocas, alcanzo a ver, al fondo, el destello del agua.

El agua de los Cairngorms es totalmente transparente. Al surgir del granito, sin turba que la oscurezca, nunca tiene el ámbar dorado, el «pardo de lomo de caballo», que tanto se alaba en los arroyos de las Tierras Altas. Cuando tiene algún color, es verde, como el Quoich cerca de su cascada. Un verde como el verde de los cielos invernales, pero luminoso, cristalino como aguamarinas, sin el brillo vívido de las aguas glaciares. A veces, las cataratas del Quoich tienen un tono violeta entremezclado con el verde, y el agua, al caer a borbotones, se convierte en una burbujeante espuma malva. Las pozas que hay bajo estas cascadas son cristalinas y profundas. Muchas veces me he entretenido lanzándoles las piedrecitas blancas más pequeñas que encuentro y mirando todo el tiempo que tardan en caer meciéndose hasta el fondo.

Algunos de los lagos también son verdes. Cuatro de ellos llevan esta característica en el nombre, como Loch an Uaine. Todos son lagos pequeños, situados en las alturas, en circos, menos Ryvoan Loch, el más bajo y decorativo. Tal vez debería decir «decorado». Está a una altura en la que aún hay árboles, a diferencia del resto, y

tiene un precioso friso de pinos, con un nido de águilas en uno de ellos, y viejos troncos caídos en el fondo, visibles a través de sus aguas cristalinas. El verdor del agua varía según la luz, ahora aguamarina, ahora verdigrís, pero siempre es un verde puro, metálico, no vegetal. El que cuelga entre un precipicio y las losas inclinadas de roca desnuda, en la cara de la enorme curva de riscos que hay entre el Braeriach y el Cairntoul, es el que tiene una belleza más nítida: una esplendorosa línea oscura, marcada e impecable. El Ben MacDhui y el Cairngorm of Derry albergan los otros dos, menos pintorescos y exquisitos. La vertiente del Spey de estas montañas se lleva la mejor parte en cuanto a lagos, pero la vertiente del Dee tiene los arroyos más bonitos: son más abruptos en su caída y tienen pozas quietas y profundas bajo las cataratas.

Dos de los lagos llevan el negro en su nombre: el Dubh Loch del Ben a' Bhuird y el Dubh Loch que se halla en la segunda grieta que atraviesa la meseta, Little Lairig; pero son negros por su situación y no por su naturaleza, ya que están fuertemente ensombrecidos por la roca. Que en el agua no hay oscuridad alguna queda claro al recordar que el Quoich, verde y cristalino, sale de uno de los lagos, y que el Avon está alimentado por el otro. En invierno, el hielo que los cubre tiene destellos verdes y, en abril, unas vetas oscuras atraviesan el hielo centelleante, lo que indica dónde están ya fluyendo con fuerza, por debajo, los manantiales. En verano, he estado en el estribo del Ben a' Bhuird que se alza, bien

alto, sobre Dubh Loch, con el sol dando directo en sus aguas, y desde esa altura he conseguido ver las piedras del fondo.

Esta agua que viene del granito es fría. Beberla del manantial hace que se te estremezca la garganta. Al tocarla, sientes una punzada de vida. Y, sin embargo, hay días de pleno verano en los que, incluso en la meseta, los ríos están lo bastante templados para bañarse en ellos. Otros años, en fechas semejantes, los mismos ríos surgen de cuevas de nieve, y hay puentes blancos que sortean no sólo el Dee, en lo alto de la meseta, sino el Etchachan, en su circo, suspendido a menor altura; y, al vadear el Allt Druie, que está demasiado crecido para cruzarlo sin calzado, no he sido consciente de ninguna sensación, ni siquiera de la presión de la corriente contra mis piernas, salvo del frío.

El sonido de toda esta agua en movimiento es tan consustancial a la montaña como el polen a la flor. Se la oye sin escuchar, igual que se respira sin pensar. Pero, para un oído atento, el sonido se desintegra en muchas notas distintas: el lento golpeteo de un lago, el gorjeo alto y nítido de un riachuelo, el rugido de una avalancha. En un tramo corto de arroyo, el oído puede distinguir una decena de notas distintas a la vez.

Cuando se funden las nieves, cuando se abre una nube o cuando la lluvia rebosa del cielo durante días sin tregua, los arroyos bajan en avalancha. Los estrechos canales no pueden contener el agua, que fluye ladera abajo, excava surcos profundos en el terreno, hace rodar los peñascos, se pelea, arrasa senderos, inunda madrigueras, encharca

nidos, arranca árboles de raíz y, finalmente, al alcanzar un terreno más llano, se convierte en un mar en movimiento. Los caminos que se habían arreglado tras la última avalancha quedan reducidos a su mínima expresión, el agua se lleva los puentes por delante. Mi sendero me dirige a un lugar en el que había olvidado que había un puente; es una simple losa sobre una zanja. La losa no se ha movido, pero ahora está sumergida bajo el fragor de una corriente de agua de seis metros de ancho. Intento vadearla y, casi de inmediato, el agua me llega hasta medio muslo y el cuerpo se me tensa por el esfuerzo de permanecer erguida ante su violencia. Avanzo con precaución, sin levantar los pies, arrastrándolos por el fondo como me enseñó un viejo guardabosques, pero, antes de llegar a la mitad, me entra el miedo. Me retiro. Se puede ir por otro lado.

Sin embargo, a veces no se puede ir por otro lado. Allí de pie, con la fuerza del agua contra mis muslos, entiendo por qué, cuando había pocos puentes y los caminos —mal hechos (o sin hacer)— atravesaban los sitios vadeables, había tantos ríos escoceses con una reputación oscura. El Avon era infame por los ahogamientos, como el Till de la vieja letrilla[2]. Incluso en mi época, el Spey y el Dee se han cobrado muchas víctimas.

[2] El río Till, un afluente del río Tweed, discurre por el noreste de Northumberland. Y según una antigua letrilla anónima, el primero sería mucho más peligroso que el segundo: «Tweed le dijo a Till: / ¿Qué te hace correr tan quieto? / Till le dijo a Tweed: / Aunque tú corras rápido y yo vaya despacio, por cada hombre que tú ahogas, yo ahogo dos». (N. del E.).

Pues la cualidad más terrible del agua es su fuerza. Me encantan sus destellos y su brillo, su música, su flexibilidad y su elegancia, su golpeteo contra mi cuerpo, pero me da miedo su fuerza. Me da el mismo miedo que debían de sentir mis antepasados ante las fuerzas naturales que adoraban. En su movimiento están todos los misterios. Sale deslizándose de un agujero de la tierra, como la serpiente de la Antigüedad. La he visto nacer y, cuanto más contemplo ese surgir seguro e implacable del agua en la cumbre misma de la montaña, más perpleja estoy. Lo simplificamos todo tanto que cualquier niño lo entendería en clase: el agua emerge en las montañas, fluye y busca su propio nivel, y el ser humano no puede vivir sin ella. Pero yo no lo entiendo. Soy incapaz de comprender su poder. De niña, me encantaba abrir el grifo al máximo, taparlo con los dedos y aplicar toda mi exigua fuerza hasta que el agua me vencía y me dejaba chorreando el vestido recién lavado y planchado. A veces, he sentido un impulso demencial de detener con los dedos un manantial de montaña. ¡Qué gesto tan absurdo e inútil! El agua es demasiado para mí. Sólo sé que el ser humano no puede vivir sin ella. Debe verse y oírse, tocarse y saborearse, y no, no olerse, si quiere conservar la salud.

5

HIELO Y NIEVE

La congelación de las aguas que fluyen es otro misterio. Esa materia fuerte y blanca, cuyo poder he notado en ríos crecidos, que he visto verterse sobre cornisas con una facilidad infinita, se ve también sujeta y castigada. Pero la lucha entre el hielo y la fuerza de las aguas que fluyen no termina enseguida. La batalla fluctúa y, en el momento de máxima confrontación entre el movimiento del agua y la inmovilidad del hielo, se desarrollan formas extrañas y bellas. Hasta que pasé un día entero de pleno invierno paseando de un arroyo a otro, observándolos, no tenía ni idea de cuántas formas fantásticas adoptaba la congelación de las aguas. En cada espiral, en cada pico se percibe el momento de equilibrio entre dos fuerzas elementales.

La primera vez que observé de verdad este proceso fue en el valle del Slugain, un día de enero. En el pueblo de Braemar, la temperatura había caído la noche anterior a

diecinueve bajo cero. Habíamos subido al Morrone por la tarde y visto el atardecer y la salida de una luna llena sobre un mundo de un blanco inmaculado, salvo por varios montones de madera de abeto totalmente negros. (En Glen Quoich, al día siguiente, los viejos abetos que había en la parte alta del valle tenían el mismo aspecto, negros y muertos, sin una sola hoja verde). Mientras los contemplábamos desde la loma del Morrone, la helada intensa, el cielo despejado, el mundo blanco, el sol al ponerse y la luna al salir se fundían en una radiación prismática de azul, helio, malva y rosa. La luna llena subió flotando hacia una luz verde y, al extenderse sobre la nieve y el cielo los tonos rosa y violeta, el color pareció adquirir vida propia, tener cuerpo y resistencia, como si no estuviéramos mirándolo, sino dentro de su sustancia.

Al día siguiente, un sol radiante hacía centellear la nieve y, sobre nuestras cabezas, los precipicios del Ben a' Bhuird colgaban envueltos en un vivo color rosa rojizo. ¡Qué mundo tan nítido y radiante! Pero, salvo por el crujido de nuestras botas en la nieve, qué silencioso. En un momento dado, unos gallos lira salieron volando sin hacer ruido y enseguida levantamos la vista esperando ver un águila en busca de su presa. Y ahí venía, bajando el valle, tan cerca de nuestras cabezas que distinguíamos cada una de las plumas de sus alas recortadas contra el cielo y el bello movimiento que hacía para afianzarlas y planear. Cerca del arranque del valle, vimos unos carboneros garrapinos en un árbol y, después, un mirlo acuático se metió de cabeza en las aguas gélidas del río. Pero no

era un mundo vacío; la nieve estaba llena de huellas de aves y animales.

A los animales les había ido igual que a nosotros: a veces, caminábamos alegremente sobre la superficie de los montículos; a veces, nos hundíamos muy por encima de las rodillas. A veces, las huellas eran hoyos profundos en la nieve, imposibles de leer salvo por la forma en la que estaban colocadas; a veces, se veía con claridad la marca de la almohadilla, apenas hundida en la superficie de la nieve, y, otras veces, sólo cuatro o cinco agujeritos separados señalaban dónde se habían clavado las garras.

Estas huellas hacen que los paseos invernales por la montaña proporcionen un placer especial. Te ves acompañada, aunque no en el tiempo. Por aquí han pasado una liebre saltando, otra trotando, un zorro arrastrando la cola, varios gallos lira con sus gruesas patas, esbeltos chorlitos, venados y corzos. En los hoyos que dejan las zarpas, puede haber un delicado encaje de escarcha. O las huellas de una liebre sobresalen como un relieve en el hielo por encima de la nieve que queda alrededor, más blanda, que el viento ha hecho desaparecer. En la nieve blanda y seca, la almohadilla de una liebre tiene forma de hoja. De repente, en mitad de la nieve virgen, aparece una huella diminuta, como dos cuentas gemelas colgando de un delgado hilo. Un dedo curioso encuentra un túnel en la nieve por el que habrá surgido el ratoncito.

Pero, aunque las aves y las huellas (aquella mañana no vimos nada que tuviera cuatro patas) nos mantuvieron

entretenidos mientras subíamos el Slugain, nuestra distracción más exquisita venía del agua. Desde entonces, he visto muchos arroyos en proceso de congelación, pero no sé si una descripción da cuenta por completo de estas delicadas manifestaciones. Cada una de ellas es una interacción entre dos movimientos que se producen simultáneamente, la congelación del hielo y el flujo del agua. A veces, una tercera fuerza, el soplido del viento, complica aún más las formas. El hielo puede ser cristalino, pero es más probable que sea translúcido; arrugado, craquelado o con burbujas; verde en su totalidad o sólo en los bordes. Allí donde el agua llega trazando espirales sobre las piedras, el hielo es opaco y tiene una estructura circular quebrada. Allí donde el agua fluye escasa sobre una línea de piedras que asoma justo encima del lecho y se congela en verdes cascadas onduladas de hielo, se forma más arriba un dique de aguanieve a medio congelar, verde, aunque incoloro si se levanta, sólido en los márgenes, laminado, con los bordes separados, como papel hecho a mano sin cortar, y los bordes son también de un vívido color verde. Allí donde el agua gotea sin cesar desde un saliente, sin que el viento la desvíe, surgen esferas casi perfectas de hielo totalmente cristalino. En este mundo de ondulaciones caprichosas, parecen irreales, demasiado regulares, como hechas por la mano del hombre». Las salpicaduras del agua al chocar con una piedra forman incisiones en la nieve que va congelándose poco a poco en la orilla y crean en ella canales de cristal, o empapan un ramillete de brezo que se endurece hasta convertirse en

un árbol del vidrio más puro, como un ingenioso juguete. El agua que fluye por una pared rocosa se congela formando cuerdas, con la hebra visible. Allí donde el agua ha caído separada de la roca, cuelgan carámbanos, gruesos como un muslo, de varios metros de longitud y, a veces, cuando el viento desvía la trayectoria del agua mientras ésta se congela, los carámbanos salen torcidos. He visto carámbanos con una forma parecida a la de una hoja de cimitarra, firmes y bien anclados en su sitio. Por una vez, hasta el viento ha sido constante. En ocasiones, un tramo parejo del río queda cubierto por una fina capa de hielo que, al no llegar a unirse del todo en el centro, deja ver el nivel del agua, varios centímetros más abajo; desde que empezó la congelación, el agua se ha helado río arriba y hay menos caudal. Allí donde de orilla a orilla se ha formado una superficie lisa de hielo duro, a veces se oye un golpe sordo, cuando, por debajo, la corriente lanza en su estampida una roca hacia el techo. En las partes pantanosas cercanas al arroyo, pisas lo que parece nieve sólida congelada y descubres que no es más que una fina corteza crujiente que se abre para revelar miles de agujitas de hielo agrupadas, columnas estriadas de diez o doce centímetros de profundidad. Y, si se pudiera mirar debajo de la capa de hielo de un arroyo, se encontraría un precioso dibujo de hendiduras acanaladas, esculpidas y en forma de arco, el anverso de la superficie del agua, con el sutil cambio de énfasis y el diseño superpuesto que se produce entre un cuadro y el paisaje que representa. En pocas palabras, son infinitas las cosas bellas

que el hielo y el discurrir del agua pueden crear el uno con el otro.

Cuando se sueltan las zarpas de hielo que se enroscan en las piedras de los arroyos y las zanahorias de hielo que cuelgan de las cornisas, el hielo así liberado baja flotando por el río y recuerda a aglomeraciones de nenúfares o manojos de coliflores. El atardecer arranca destellos iridiscentes a esta masa blanca y verdosa. En un punto (no conozco ningún otro sitio donde ocurra) cerca de la salida de un lago, el peculiar movimiento de la corriente entre los témpanos ha tejido los miles de agujas de pino flotantes en esferas compactas, tan intrincadamente entrelazadas que conservan siempre su forma geométrica. Pueden sacarse del agua y guardarse durante años; un rompecabezas botánico para quienes desconocen el secreto de su formación.

La helada y el viento también juguetean con la nieve. La nieve suelta que vuela al sol recuerda a las ondas que recorren el maíz. Cuando hay un vendaval violento, se congela una pequeña cantidad de nieve contra la parte protegida de las rocas, en las cumbres, y forma cristales alargados; los he visto converger levemente, al soplar el viento por los dos lados de las rocas. Otra fijación del viento. Otras veces el viento levanta la superficie de la nieve suelta, pero, antes de separarla del resto de la nieve, la helada ha petrificado las delicadas virutas en volantes de muselina transparente. «Plumas del príncipe de Gales», llama uno de mis amigos a una materialización parecida del viento y la helada. La nieve puede pasar volando a tu lado en una nube, visible mientras se acerca, pero constituida

por diminutas partículas de hielo, tan finas que el ojo no las distingue individualmente en su trayecto. Al poner la mano, ésta queda cubierta por gotitas infinitesimales de agua cuyo impacto apenas se ha notado, aunque, si lo que se gira hacia ellas es la cara, las espículas pinchan los globos oculares. Esa nieve se posa en la ladera formando una capa fina y espectral, como la «capa de nieve tamizada» que caía sobre la cabeza de aquel cura escocés en su iglesia mal techada[3].

La llegada de la nieve suele darse a partir de un cielo de color azul rutilante, con apretados batallones de cúmulos blancos y firmes, muy bajos en el horizonte. Uno de ellos sobresale de entre la hilera y desde su borde empiezan rápidamente a arremolinarse delgados jirones de nieve en el cielo azul, tan finos que apenas se nota su presencia. Al cabo de pocos minutos, los copos espesan el aire. Una vez que la nieve ha caído, las hondonadas están cubiertas y hay hielo en los arroyos, el verde es el color más característico en el cielo y el agua. Los arroyos y ríos por igual tienen un destello verde cuando asoman entre las orillas nevadas, y el humo de la hoguera de un leñador parece verdoso ante la nieve. Las sombras que se proyectan en la nieve son, por supuesto, azules, pero, allí donde el viento ha formado ondas sobre ella, la parte socavada, en sombras, puede parecer muy verde. Los cielos nevosos suelen ser de un verde puro, no sólo al

[3] Es una referencia a *The Social Life of Scotland in the Eighteenth Century*, una minuciosa descripción de la vida y la sociedad escocesas durante el siglo XVIII escrita por Henry Grey Graham a finales del siglo XIX. (N. de la T.).

amanecer o al atardecer, sino todo el día, y un cielo verde de nieve se ve más verde al reflejarse, sea en el agua o desde las ventanas, de lo que es en realidad. Ante un cielo así, un monte cubierto de nieve parece purpúreo, como si estuviera bañado de arándanos. Por otro lado, ante la nieve recién caída, un monte nevado parece de un color verde dorado. Entre este verdor destaca una montañita: está velada por un cerco espaciado de abetos y, tras ellos, toda la superficie nevada del monte arde con un vívido azul eléctrico.

El aspecto de todo este conjunto, visto desde afuera, mientras la nieve está tomando posesión, cambia con el viento. Una fina capa de nieve, a través de la cual irrumpe la estructura rocosa, resulta más insustancial que el azul más diáfano; una ilusión creada a partir de la realidad. Cuando la nieve está fundiéndose y la meseta sigue blanca, pero en las laderas inferiores sólo quedan manchas, lo único que se ve bajo un cielo gris blanquecino son las partes oscuras; la meseta no está, las crestas que suben hasta los circos destacan como pináculos y agujas. Más tarde, ya al anochecer, el cielo se ha vuelto de un color azul oscuro, como de pizarra, idéntico al que ahora baña los desnudos trechos inferiores de las montañas, y la alargada franja superior que forman las cumbres nevadas, con sus tentáculos extendiéndose hacia abajo, queda suspendida sin soporte alguno.

Cuando las montañas están cubiertas, al fin, de nieve blanca (y esto no ocurre todos los inviernos; así de impredecible es el tiempo en los Cairngorms: los esquiadores

pueden quedarse esperando en vano, hasta bien entrada la primavera, la profundidad y extensión de nieve adecuadas), el centelleo de los días soleados es brillante, pero no hace daño. La luz del invierno no tiene fuerza para herir. A mí nunca me ha parecido molesta para la vista, a pesar de que, a veces, he caminado durante todo el día a través de millones de destellantes lentejuelas de sol sobre la nieve escarchada. La única vez que me vi cegada por la nieve fue muy a finales de abril, cuando, cinco o seis semanas después del equinoccio, aquella luz septentrional ya había cobrado fuerza. He oído hablar de una extraña ilusión según la cual el sol no brilla aquí arriba. Sí que brilla y, gracias a la transparencia del aire, su luz tiene fuerza: hay más fuerza, supongo, en su luz que en su calor. Aquel día de finales de abril, después de que hubiera hecho buen tiempo, se desató de pronto una ventisca. Estuvo nevando toda la noche; una nieve gruesa y pesada que seguía cayendo incluso bajo el sol del día siguiente. Caminábamos hacia Dubh Loch del Ben a' Bhuird, sin intención de subir a ninguna cumbre, y yo no iba protegida para las inclemencias; no pensaba que el viento helador ni el cálido sol fueran a destrozarme la piel ni había experimentado, hasta entonces, el fulgor de la luz sobre la nieve. Al cabo de un rato, el resplandor me resultó intolerable, veía manchas escarlata en la nieve, me notaba mareada y débil. Mi compañero se negó a dejarme sentada en la nieve y yo me negué a privarlo del objeto de su paseo, que era fotografiar el lago en su estado aún invernal, así que seguí avanzando, con su pañuelo oscuro tapándome los ojos

—una triste reclusión con anteojeras— y, finalmente, quedamos cubiertos por la parte sombreada del circo. También sufrí graves quemaduras y me pasé varios días con la cara tan morada como la de un borracho; podría haberme evitado todas esas molestias si hubiera recordado que de un cielo cálido puede salir nieve.

Las importantes, sin embargo, no son esas tormentas poco habituales, sino las ventiscas de enero, espesas, cerradas, violentas: las nevascas que encierran a un hombre en un aislamiento extremo. Ir a la montaña en esas condiciones es una insensatez; según el dicho del guardabosques, si no ves tus propias huellas tras de ti en la nieve, no sigas. Pero una ventisca puede desatarse muy rápidamente y atraparte. Las grandes tormentas, esas en las que la nieve cae abundante, espesa y sólida durante días y días, se amontona en las cuencas de los circos y se prensa a sí misma con su propio peso, sí pueden verse mientras se van formando sobre las montañas, antes de extenderse y cubrir el resto de la tierra. Yo asistí a la gestación de la tormenta que se consideró, cuando se desató sobre la región, la peor de los últimos cincuenta años. Desde la falda del Morrone, vi cómo la masa de los Cairngorms se arremolinaba, se hundía y se elevaba (eso parecía) como un pecio sacudido en un océano amarillo. El cielo y la cornisa del precipicio y el saliente se confundían entre sí. Ahora una verga, ahora un mástil, reconocibles como un contrafuerte o una cornisa, sacudidos por un instante en el mar de nubes en ebullición. Luego el mar se cerraba sobre él y volvía a abrirse con otro atisbo de mástiles cada vez más

grandes; una forma se abría paso durante un instante a través de la capa de nubes y se veía arrastrada hacia abajo por el feroz remolino. El cielo, ceniciento y amarillo, pataleaba convulsivamente.

Todo esto, mientras la tierra a mi alrededor estaba desnuda. Durante todo diciembre, el suelo había estado siempre blanco, pero en la primera semana del año llegó un día que parecía de abril, la nieve se marchó con el sol y el terreno disfrutó levemente de la suave brisa. Entonces, sin embargo, el escándalo que aguardaba entre las montañas se desató en latigazos de viento que llegaban hasta donde yo estaba, de pie, observando. Poco después, me costaba mantenerme erguida frente a su fuerza. Y en el viento navegaban diminutos filamentos de nieve, telarañas apenas. Su fragilidad, casi tan insustancial como el aire, presagiaba el peso y la solidez de la nieve que iba a posarse sobre el terreno durante muchas semanas.

En los circos, la nieve, apelmazadísima, dura muchos meses. De hecho, hasta que se produjo una sucesión de veranos inusualmente cálidos, de 1932 a 1934, incluso en julio había allí paredes de nieve maciza, de varios metros de espesor y tan altas como los precipicios del circo, inclinadas hacia fuera desde la roca y siguiendo su contorno. En aquellos veranos de antaño, había nieve que merecía la pena ver. Yo pensaba que era nieve perpetua y la tocaba con reverencia. Pero en agosto de 1934 ya no quedaba nada de nieve en los Cairngorms, salvo por una pequeña mancha en el recoveco más recóndito de Garbh Choire, en el Braeriach. Nuestra nieve ha perdido su antigüedad.

En la tormenta cuyo comienzo he descrito, durante una ventisca, un avión con cinco ocupantes checos a bordo se estrelló contra el Ben a' Bhuird. El estado de los motores, que sólo sufrieron daños leves, dejó claro que el impacto fue contra nieve profunda.

La ventisca es la situación más letal que puede darse en estas montañas. Lo que ha de temerse es el viento, más incluso que la propia nieve. De las vidas que se han perdido en los Cairngorms desde que los frecuento (alrededor de una decena, aparte de quienes han muerto en accidentes de avión), cuatro fueron a causa de una ventisca. Tres cayeron de la roca, una chica entre ellos. A otro lo traicionó la superficie helada de una mancha de nieve, en mayo, y resbaló. Todos estos eran jóvenes. Dos hombres de más edad salieron y desaparecieron. El cuerpo de uno de ellos se encontró un par de años después.

De los cuatro que se vieron atrapados en una ventisca, dos murieron el 2 de enero de 1928; los otros dos, el mismo día de 1933. Los primeros habían pasado su última noche en la cabaña, entonces en desuso, donde después yo he disfrutado de algunos de los momentos más felices de mi vida. El viejo Sandy Mackenzie, que por entonces aún vivía y siempre estaba pendiente, avisó a los chicos de la ventisca. Ahora, sentada con la señora Mackenzie frente al fuego, con un vendaval aullando en la chimenea y sacudiendo el techo de hierro («esta casa de hojalata», la llama), la miro colocar las raíces de abeto en la hoguera con las manos arrugadas mientras me habla del viento que soplaba aquel día. Escucho el estruendo de este

último temporal, que lleva azotándonos toda la noche. «Si te hubieras levantado y marchado, la casa te habría seguido», dice, sabedora de mi hábito de dormir junto a la puerta y pasear a cualquier hora. Y, mientras recuerdo cómo me metí anoche en mi saco, me imagino a esos dos chicos tendidos en el suelo, en la casa vacía, con el techo dando sacudidas y el gélido viento encontrando todas las rendijas. No es que les preocupara. No pidieron nada más que un techo. «Y sal, pidieron sal». Una extraña necesidad simbólica para un par de chicos que no volverían a encontrar hospitalidad en la tierra. Los viejos ojos nublados de la señora Mackenzie miran hacia lo lejos. «La nieve se congelaba antes de tocarte la mejilla», dice. John, el hijo, encontró el segundo cuerpo en marzo, en una pila de nieve por la que él y su West Highland terrier habían pasado muchas veces. «Pero aquella mañana —me contó—, la perrita se puso a escarbar». «No encontrarás nada salvo en el sitio en el que esté», dice la anciana. Ha cogido el fuelle e insuflado aire en los troncos hasta dejarlos envueltos en llamas. «Sandy siempre decía: "El fuego es la flor más bonita de todas", cuando volvía de la montaña». Prepara el té, pero nos ha traído la tormenta aquí, junto a la chimenea, y aquí se quedará toda la noche.

Los otros dos chicos subieron al Cairn Gorm con ese tiempo milagroso que se da a veces en pleno invierno y pasaron la noche en Shelter Stone, junto a Loch Avon. Eran de la zona. En julio de aquel año, un domingo estupendo en el que habíamos salido al alba y tuvimos toda la mañana una montaña vacía para nosotros solos,

vimos atónitos una riada de gente que subía por el camino fácil, desde Glenmore, yendo y viniendo de Shelter Stone. Contamos un centenar de personas. Habían venido para ver el lugar donde durmieron los chicos y para leer la nota animada y feliz que habían dejado en el libro que se guarda allí, protegido por una funda impermeable, bajo el enorme peñasco en equilibrio que ha dado cobijo a tanta gente para dormir. No podían imaginarse que no volverían a casa cuando partieron aquella mañana, después de escribirla. Uno de ellos era un avezado montañero. Pero no contaron con el viento. La maestra de la escuelita de Dorback, situada bajo el Cairn Gorm, por la parte de Abernethy, me dijo que aquel vendaval levantó del suelo a su hermana, paralítica, mientras cruzaba el espacio abierto del patio de recreo. Y, a ocho kilómetros de Glenmore y de la seguridad, bajando de Coire Cas a cuatro patas, los chicos no pudieron seguir luchando contra el viento. Pasaron dos días hasta que los encontraron, y uno de los hombres que estaban allí me describió sus rodillas y nudillos desgarrados. El mayor iba aún reptando cuando lo encontraron atascado en el montículo de nieve. «Tan pronto en las cosas resplandecientes sobreviene la disipación»[4]. Cometieron, supongo, un error de apreciación, pero no puedo juzgarlos. Porque ése es el riesgo que todos debemos asumir cuando aceptamos la responsabilidad individual sobre nosotros

[4] En *Sueño de una noche de verano*, acto I, escena 6 (habla Lisandro). Trad. cast. de Luis Astrana Marín, Madrid, Alianza, 2011.

mismos en la montaña y, hasta que no lo hemos hecho, no empezamos a entenderlo.

6
AIRE Y LUZ

En el aire enrarecido de la meseta y, en realidad, en cualquier sitio de la montaña, pues el aire es transparente en todas partes, las sombras son nítidas e intensas. Se puede contemplar la sombra de un avión deslizarse a lo largo de la meseta como si fuera un objeto sólido y luego serpentear, deformada, sobre el borde. O arrancar una humilde brizna de hierba, de color marrón rosáceo, colocar tras ella una hoja de papel blanco y ver cómo su sombra destaca igual que un grabado, negra y bien perfilada, un milagro del detalle exacto. Incluso los delicados flecos que hay dentro del pequeño cáliz de la genciana campestre arrojan su sombra sobre los pétalos y los embellecen aún más.

El aire forma parte de la montaña, que no termina con su roca y su suelo. Tiene su propio aire, y a la calidad de éste es a lo que debe la diversidad infinita de sus colores. Las montañas, marrones la mayoría, se vuelven azules en

cuanto las vemos vestidas de aire. Allí están todos los matices del azul, desde el blanco lechoso opalescente hasta el añil. Son de un azul más opulento cuando hay lluvia en el aire. En esos momentos, las hondonadas son violeta. En los pliegues acechan matices ardientes de genciana y delfinio.

Estos azules voluptuosos tienen más efecto emocional del que produce un aire seco. El azul china no conmueve. Pero la gama de violetas puede perturbar la mente igual que la música. La humedad del aire también es la causa de esos cambios en el tamaño, lejanía y altura aparentes en el cielo de unos montes que conocemos bien. Esto forma parte del terror que implica caminar entre neblina en la meseta, porque, de pronto, al otro lado de una grieta, ves un terreno sólido que parece estar a tres pasos pero que, en realidad, se encuentra más allá de una sima de seiscientos metros. Una vez, me encontraba en una montaña, mirando hacia la de enfrente, que me había plantado su ladera en la cara. Me quedé contemplándola hasta que, al bajar los ojos, vi con asombro, entre la montaña y yo, un lago que sabía sin lugar a dudas que estaba allí. Pero no podía ser. No había espacio. Alcé de nuevo la mirada, hacia aquella cumbre sobresaliente: estaba tan cerca que podría haberla tocado. Y, cuando bajé la vista, el lago seguía allí. Y, una vez, en los Monadhliaths, en un agradable día de primavera en el que las distancias se confundían y los valles, las montañas y el cielo eran de un color gris azulado apenas luminoso, sin detalles, me percaté súbitamente de un dibujo de líneas blancas bien definidas en el cielo,

muy por encima de mí. El dibujo se concretó con más claridad; me resultaba conocido. Me di cuenta de que era el dibujo del borde de la meseta y los circos de los Cairngorms, donde aún quedaba nieve sin derretir. Allí estaba suspendido aquel esqueleto de nieve, sujeto a nada, mucho más alto de lo que cabría esperar. Tal vez, la falta de detalles en el valle que había en medio tuvo algo que ver con aquel efecto.

La lluvia en el aire también tiene el extraño poder de hacerte ver las cosas de forma circular, como estereoscópicamente. Los rayos de luz, refractados a través de la humedad del aire, se doblan por detrás de lo que estés viendo. Una vez miré hacia una pequeña granja, a unos ochocientos metros monte adentro, con su terreno y su vaca, y me sentí como si estuviera paseando por los prados y palmeando los cuartos traseros del animal.

La neblina, que oculta, también puede revelar. Se distinguen pendientes y barrancos en lo que parecía ser un solo monte: el panorama recibe una nueva profundidad. Y, en una línea larga de riscos, como la gran muralla meridional de Loch Einich, los contrafuertes destacan como un encaje veneciano. Los velos de fina niebla que pasean a la deriva por la misma cara enorme del lago parecen iridiscentes al flotar entre el sol y la roca roja.

Y es que la roca de este gigante de granito es roja; su feldespato es de la variedad rosa. Los riscos, peñascos y derrubios se erosionan por igual hasta adquirir un frío color gris, pero en la roca que acaba de partirse o está debajo del agua se aprecia un resplandor rojizo. Tras un

invierno de heladas muy intensas, las riberas de Lairig tienen un rojo recién adquirido. Aquí y allá se ve un tajo brillante, donde ha caído un trozo de roca del tamaño de una casa, y, sin que haga falta buscar mucho por debajo, se revela la masa caída, con una parte nueva, o partida en brillantes fragmentos rojos; mientras que, cerca, hay un peñasco oscuro que lleva allí bastante tiempo, pero en el que ha surgido un desconchón rojo por el impacto de la roca al caer.

O bajo el agua: Beinnie Coire, en el Braeriach, es el circo menos impresionante de todos, un simple montón de rocas grises de derrubio. Pero lo atraviesa un arroyo que apresa el efecto de la luz del sol, de modo que parecen rojas las piedras sobre las que se precipita. Siguiendo la misma ladera, a través de las aguas profundas y cristalinas de Loch Coire an Lochain, incluso cuando está casi cubierto por una fina niebla, las piedras del fondo son intensas y brillan, como si la propia agua resplandeciera. La orilla de este lago exquisito está rodeada por una línea de rocas rojas, en las que el chapaleteo de las olas ha impedido la formación de líquenes.

Cuando es débil, la niebla da a la montaña una belleza tenue y fantasmal bajo la luz del sol, pero, cuando se espesa, se camina en un mundo de ciegos. Y eso es malo; aun cuando haya emoción en su carácter sobrecogedor y una profunda satisfacción en no perderse. Porque no perderse es una cuestión mental, de mantener la cabeza en su sitio, de tener mapa y brújula a mano y saber cómo usarlos, de seguir constante, incluso cuando un compañero entra en

pánico y quiere ir en una dirección equivocada. Caminar entre la niebla pone a prueba no sólo la autodisciplina de cada cual, sino la mejor forma de interacción en el grupo.

Cuando la niebla se convierte en lluvia, también puede haber belleza. Al igual que las nieblas cambiantes, la lluvia torrencial tiene belleza en su forma y en su movimiento. Pero hay un tipo de lluvia sin belleza, cuando el aire y la tierra están empapados, con una lluvia negra y lúgubre que invade cuerpo y alma por igual. Vas calada hasta los huesos y todo lo que llevas pesa el doble. Ahí, la desolación de estos tramos vacíos de tierra te golpea el corazón. La montaña se convierte en un lugar atroz.

Creo que la meseta nunca es tan inhóspita como en algunos días de comienzos de primavera, cuando la nieve está muy sucia, estropeada como un vestido raído, y, cuando ha desaparecido, aparecen hierbas descoloridas, bayas demacradas y podridas, musgo y líquenes grises, el musgo sin vida, como si hubiera perdido su elasticidad. El pie se hunde y la huella permanece. Se ve la muesca de los ciervos que han pasado antes. A mí todo esto me parece mucho más helador que la propia nieve.

Pero, incluso en este panorama de desolación gris, si sale el sol y se levanta viento, los ojos perciben, de pronto, una belleza milagrosa. Porque, en el suelo, el plumón de la pechuga de una perdiz nival ha atrapado el sol. La luz lo atraviesa, tan transparente se ha vuelto esa pluma fugitiva y de espuma. Sale volando y desaparece.

O, en una época anodina, y sintiéndome tan anodina como el tiempo, me detengo en un puente sobre un

arroyo crecido. Y, de pronto, el mundo se vuelve nuevo. Sumergido, aunque erguido en el margen del arroyo, veo un árbol del que cuelga luz; un árbol diminuto pero exquisito, de ramas delicadas, con esferas de luz que centellean bajo el agua. Desciendo reptando y meto una mano sacrílega en el arroyo: estoy agarrando una cosa empapada e informe. Vuelvo a dejarla en el agua y al instante es, de nuevo, un árbol de luz. Lo saco y lo examino: es un brote de hierba de San Juan, una planta con hojas cubiertas de poros diminutos que pueden exudar una película de aceite y, así, protegerse del agua que la ha engullido, igual que hay una película de luz alrededor del mirlo acuático que se sumerge en el arroyo y el agua. Pienso en la rama plateada de la mitología celta y me maravilla que ese encantamiento surja de una materia tan pequeña.

La tormenta en el aire despierta los fuegos ocultos: los rayos, los centelleos eléctricos que llamamos lenguas de fuego y la aurora boreal. Bajo estas extrañas luces, las montañas aparecen remotas. Se retiran con la oscuridad. Aunque, incluso en una noche que no tenga luna ni estrellas, se ven las montañas. El cielo nunca está totalmente oscuro. En la noche más cerrada, hay mucha más luz que en la tierra, e incluso las montañas más altas parecen bajas, recortadas contra el inmenso cielo nocturno. El destello de un rayo las acercará, por un instante, desde esa lejanía.

En la oscuridad pueden tocarse fuegos que proceden de la propia tierra. Revolotean chispas alrededor de los pies cuando los clavos golpean la roca y, a veces, si se

remueve el lodo negro al pasar, se ven nadar en él motitas de luz fosforescente.

Por sorprendente que sea, caminar en la oscuridad revela información nueva sobre un lugar conocido. En una semana sin luna, con los cielos cubiertos y el apagón de la guerra, estuve recorriendo noche tras noche, para oír el parte, el sendero cenagoso que va de Whitewell a Upper Tullochgrue. Llevaba una linterna, pero sólo la usé una vez, cuando no había forma de encontrar la puerta que daba acceso a los terrenos de Tullochgrue. Mis letreros eran dos pinos que destacaban contra el cielo y, por muy oscura que fuera la noche, el cielo estaba sensiblemente más iluminado que los árboles. El brezo por el que pasa el sendero era muy negro; el sendero, mucho más claro; las matas y el borde del brezo entre las rodadas se veían oscuros ante la piedra y la tierra trillada. Pero me sorprendió darme cuenta de lo poco que conocía ese sendero. Lo había seguido innumerables veces, pero en aquella ocasión, con los ojos en los pies, no conocía sus baches y agujeros, ni dónde lo atravesaban los riachuelos, ni dónde subía y bajaba. Me asombró que mi recuerdo estuviera tanto en los ojos y tan poco en los pies, porque no soy torpe en la oscuridad y camino por ella con facilidad y contenta. Sin embargo, aquí estoy, tropezando porque la roca ha creado un montículo en el suelo. Veo que ser una persona ciega requiere celo.

Al llegar a la parte más alta de mi oscuro páramo, el mundo parece disiparse a mi alrededor, como si hubiera llegado al límite y estuviera a punto de cruzar. Y, muy a lo

lejos, sobre un horizonte bajo, las altas montañas, el enorme conjunto de los Cairngorms, parecen pequeñas como una acequia de piedra seca entre dos campos.

El tamaño aparente no es sólo una cuestión de humedad en el aire. Puede depender de otra cosa que haya en el campo de visión. Así, he visto una luna recién salida (una luna de cosecha y aún con cuernos), muy baja en el cielo, erguida, enorme, empequeñeciendo las montañas.

7

VIDA: PLANTAS

He escrito sobre cosas inanimadas, la roca y el agua, el hielo y el sol, y podría parecer que no fuera éste un mundo vivo. Pero mi intención era llegar hasta las cosas vivas a través de las fuerzas que las crean, porque la montaña es única e indivisible, y la roca, la tierra, el agua y el aire no son más parte de ella que lo que crece de la tierra y respira el aire. Todos son aspectos de una sola entidad, la montaña viva. La roca que se desintegra, la lluvia que nutre, el sol que estimula, la semilla, la raíz, el ave: son todos uno. El águila y la verónica alpina son parte de la integridad de la montaña. La saxífraga —«rompepiedras»—, en alguna de sus formas más bellas: *Stellaris*, que con sus flores sencillas siembra de estrellas los arroyos rocosos de los circos, en las alturas, y *Aizoides*, que se arracima como la mullida luz del sol en sus tramos más bajos, no pueden vivir

separadas de la montaña. Es como esperar que el párpado funcione después de arrancarlo del ojo.

Sin embargo, entre las tremendas ráfagas de viento de la meseta, resulta sorprendente que exista cualquier tipo de vida. No es que sea excesivamente alta. Hay plantas que viven muy por encima de los mil doscientos metros. Pero aquí no hay cobijo alguno, o sólo el que se ofrece allí donde el agua discurre en anchos canales en pendiente hacia el cantil de los riscos. Lo que crece lo hace expuesto al enorme alcance del aire. Los vientos, procedentes de Islandia, de Noruega, de América, de los Pirineos, azotan la meseta. Y en su superficie ondulada no hay rocas ni barrancos profundos que ofrezcan un lugar en calma para la vegetación. Sin embargo, el botánico con el que a veces paseo me cuenta que aquí crecen más de una veintena de especies de plantas; muchas más, si se cuentan todas las variedades de musgo, líquenes y algas. Me ha hecho una lista y puedo contarlas. La vida, al parecer, no se deja ahuyentar.

La tenacidad de la vida se ve no sólo en las cumbres, sino en lomas más bajas, donde el brezo ha ardido. Mucho antes de que el brezo (cuya capacidad para sobrevivir al fuego, así como a las heladas, el viento y todas las inclemencias de la naturaleza, es bien conocida) muestre el más mínimo indicio de vida desde las raíces o bajo sus ramas carbonizadas, o de que haya rebrotado a partir de una semilla oculta en la tierra, el cuernecillo, la tormentila, el arándano, la diminuta genista y la alquimila alpina están ya echando vigorosos brotes. Estas flores de montaña son

indescriptiblemente delicadas; sus tallos son delgados, y sus flores, frágiles, pero, si se escarba un poco en la tierra, aparecen unas raíces de resistencia imperecedera. Achaparradas o fibrosas, como bultos de madera muerta o trozos de tendón, conservan bajo la tierra la energía vital de la planta. Incluso cuando toda la vegetación superior ha desaparecido —quemada, helada o marchita—, estos nudos de vida están por todas partes. No hay época ni estación en que la montaña no esté viva gracias a ellos. O, si la raíz ha muerto, quedan semillas en la tierra, listas para empezar de nuevo el ciclo de la vida. En pocos sitios como aquí ha demostrado la vida su invencibilidad. Todo está en su contra, pero ella no hace caso.

Las plantas de la meseta son de baja altura y se pegan bien al suelo, sin extremos sueltos que pueda atrapar el viento. Se arrastran sobre la superficie, o bien bajo ella, o se anclan mediante una pesada raíz, totalmente desproporcionada con respecto a lo que crece por fuera. He dicho que no tienen cobijo alguno, pero, para las flores, tomadas de una en una, está el cobijo de su conjunto. Así, el clavel rastrero, *Silene*, la flor más llamativa de la meseta, que en junio y a principios de julio sorprende a la vista con sus extensiones de vivo color rosa dispersas por los lugares más desnudos y pedregosos, tiene la costumbre de crecer tan prieto como un arreglo floral. Su raíz también es fuerte y profunda; lo sujeta frente al huracán y mantiene a salvo su esencia vital frente a la helada y la feroz sequía, los cambios extremos e impredecibles del tiempo en la meseta expuesta. Así es como esta flor, la

más característica de la región, se considera, sencillamente, parte de la montaña. Su forma de vida reposa en la de la montaña igual que el agua reposa en un canal.

Incluso sus vistosas flores son parte de la forma de vida de la montaña. No sé qué edad tendrá cada una de las matas, pero, a juzgar por el tamaño que alcanzan estas extensiones tan estrechamente entretejidas, algunas deben de haber padecido la conmoción de muchos inviernos. Casi todas las flores de montaña son longevas. La planta que recorre su ciclo en una sola estación no podría estar nunca segura, aquí arriba, de fructificar; tal vez, no habría sucesoras. La muerte estaría rondando no sólo la planta, sino la especie. Sin embargo, incluso las longevas deben renovarse de cuando en cuando, y los insectos sólo pueden volar hasta la cumbre en algunos días de verano. Así pues, el *Silene* arroja este ardiente color a sus pétalos para tentar a las moscas.

En zonas más bajas de la montaña, en todas las pendientes, lomas y crestas, y en los páramos que hay debajo, la vegetación característica es el brezo. Y éste también forma parte de la montaña. Porque el brezo crece con la mayor exuberancia sobre el granito, de manera que la sustancia misma de la montaña está en su vida. De las tres variedades que crecen en estos montes —dos *Erica* y la brecina—, el brezo ceniciento, que florece en julio, es el menos bonito, aunque sus matas, de color rojo encendido, parecen llamas cuando el resto de los montes están aún pardos. El brezo de turbera, de color más claro, crece en grupos pequeños, a menudo sólo en cogollos

sueltos, en lugares húmedos, y es de una belleza exquisita, casi de cera, con un aroma a miel. Pero la brecina, que florece en agosto, es la que cubre los montes de color amatista. Ahí parece refinada y benigna. A lo largo de muchos y muchos kilómetros, no hay nada más que este brillo suave. Si se anda sobre él bajo el calor del sol, preferiblemente no por un camino («Prefiero el no camino», dijo una joven amiga, cuando su padre la llamó al orden), el aroma sube en una nube embriagadora. Al igual que en un día de calor paseas rodeada por tu propia aura de moscas, también paseas rodeada por tu propia aura de aroma a brezo. Y es que, al ir pasando los pies por la retama, el polen asciende en una nube perfumada. Se posa en las botas o, si vas descalza, en los pies y las piernas; tiene un color beis amarillento y es sedoso al tacto, pero deja un polvillo perceptible entre los dedos. Sin embargo, si persiste durante kilómetros, aturde el cuerpo. Como el exceso de incienso en la iglesia aturde el límite afilado de la devoción, que, en su expresión máxima, exige claridad del intelecto, además de una oleada de emoción.

Para quien ama los montes en todas las estaciones, la floración no es lo mejor del brezo. Lo mejor es, sin más, que esté ahí, sentirlo bajo los pies. Sentir el brezo bajo los pies tras una abstinencia prolongada es uno de los placeres más intensos que conozco.

El aroma —la fragancia, el perfume— es algo relevante para la vida, porque es, en gran medida, una consecuencia del proceso vital. También puede ser una consecuencia del fuego, pero es que el fuego se alimenta de

lo que vive o lo que ha vivido. O una consecuencia de la acción química, pero, si tienen lugar oscuros procesos químicos en la materia muerta de la montaña, éstos envían pocos indicios hasta mi nariz. Los olores que yo huelo son de vida, plantas y animales. Incluso el buen olor de la tierra, uno de los mejores olores del mundo, es un olor de vida, porque la actividad de las bacterias que contiene es lo que conforma ese olor.

Las plantas, pues, al desarrollar su proceso vital, emiten olores. Algunos, como los aromas a miel de las flores, son una tentación añadida para los insectos, y si, como ocurre con el brezo, el aroma se derrocha más bajo el calor del sol, se debe a que es entonces cuando los insectos salen en mayor número. Pero, en otros casos —como pasa con los abetos—, la fragancia es la savia, es la propia vida. Cuando el regusto aromático del pino se mete, buscando, hasta los rincones más profundos de mis pulmones, sé que lo que está entrando es vida. Capto vida a través de los delicados pelos de mis fosas nasales. Los pinos, como el brezo, emiten su fragancia ante el calor del sol. También cuando llegan los guardabosques y los talan su aroma es fuerte. De todos los tipos que crecen en los tramos inferiores de estas montañas, la pícea es la que arroja el perfume más fuerte al aire cuando la atraviesa la sierra. Si hace calor, es casi como una fermentación; como mermelada de fresa al cocerse, pero con un olor fuerte que tensa las membranas de la nariz y la garganta.

De las plantas que llevan su fragancia en las hojas, el mirto de turbera es el paradigma de las montañas. Este mato-

rral gris verdoso llena las hondonadas cenagosas, acompañado de hierba algodonera y rocío del sol, de abama y de orquídeas moteadas y de los diminutos cálices escarlata de los líquenes. Su fragancia es fresca y limpia y, como el tomillo silvestre, lo ofrece con más intensidad cuando se aplasta.

El otro matorral, el enebro, es reservado con su aroma. Tiene la extraña costumbre de morir por partes y, cuando se quiebra una rama muerta, sale de ella un olor especiado. Yo he llevado conmigo un trozo de madera de enebro durante meses y lo he ido rompiendo de cuando en cuando para renovar ese aroma picante. Esta madera muerta tiene una piel gris sedosa, impermeable a la lluvia. En la época más húmeda, cuando hasta la última rama de abeto del bosque está empapada, el enebro cruje de lo seco que está y arde proporcionando un calor perfecto. No hay nada mejor que colocar bajo la plancha cuando se van a hornear bollitos; excepto, quizás, ramas pequeñas de alerce, arrojadas a una hoguera que ya esté encendida. Una vez, mientras daba golpes a una espesa capa de nieve suelta en unos arbustos bajos de enebro antes de meterme entre ellos, me sorprendió que esos golpes sacaran, además, una fragancia deliciosa que se quedó flotando en el aire invernal.

El abedul, el otro árbol que crece en las faldas más bajas, necesita lluvia para emitir su olor. Se trata de un aroma con cuerpo, afrutado como un brandy añejo, que, los días de calor y humedad, emborracha igual. Este aroma actúa a través de los nervios sensitivos y confunde los centros superiores; te sientes exaltada, sin ninguna causa que la sensatez pueda definir.

Los abedules no son tan bonitos si están totalmente vestidos. Hermosos cuando las hojas, al abrirse, los motean de resplandecientes puntos verdes, o cuando, al caerse, los convierten en un encaje dorado, pero cuando están desnudos alcanzan su máxima belleza. Con el sol bajo, el hilo tejido de seda de sus ramas parece creado a partir de la luz. Sin transfiguración, se ven púrpura, y cuando aumenta la savia, de un púrpura tan fulgurante que alguna vez he atisbado un bosque de abedules en una ladera y, por un instante, escéptica, he creído que el brezo estaba en flor.

Entre grupos de estos fulgurantes abedules púrpura, un serbal aislado parece muerto; sus pliegues desnudos son de un delicado blanco grisáceo, casi cadavérico cuando la luz invernal los recorre. El mejor momento del serbal es en octubre, cuando incluso la intensidad de sus bayas arracimadas se ve sobrepasada por el brillo rojo sangre de sus hojas. Es la «bendita madera de serbal», que tiene poder frente a los espíritus malignos. Crece aquí y allá entre abedules y abetos, por lo general en solitario y, a veces, más alto que cualquiera de ellos, un arbusto aislado junto al riachuelo, en un barranco.

Octubre es aquí el mes más colorido, mucho más resplandeciente que junio, con un fulgor más pronunciado que agosto. Desde el dorado de los abedules y los helechos en las faldas inferiores, el color sube a borbotones por toda la vegetación que vive, rastrera, desapercibida, entre las raíces del brezo: musgos de un verde exuberante, o marrón intenso, o escarlata, y plantas con bayas, el

arándano azul, el arándano rojo, la camarina negra y las demás. Las más bellas hojas de arándano azul, de un carmesí llameante, están en el bosque de Rothiemurchus, donde se talaron los abetos en la guerra de 1914 y alrededor de cada tocón crece este arándano en ramitos erguidos: así, en octubre, parece haber por todo el páramo una multitud de llamas puntiagudas.

Este bosque ardió con fuego real a principios del verano de 1920. Uno de los guardabosques me contó que hubo cuarenta hombres de guardia durante diez días con sus noches, para evitar que el incendio se propagara. Y por la noche, me dijo, los troncos de los árboles resplandecían como columnas de fuego.

De aquel inmenso pinar ya no queda mucho. Y, sin embargo, en las cañadas que se adentran montaña arriba siguen quedando unos pocos de los antiquísimos abetos que pudieron conformar el bosque caledonio original. En Glen Einich aún hay viejos árboles, al igual que en Ballochbuie, al otro lado de la montaña, y junto a la orilla de Loch an Eilein quedan algunos pinos silvestres dispersos, enormes y venerables, con una circunferencia dos veces y media superior al alcance de mis brazos (bastante largos), unos trozos de corteza de casi medio metro de longitud y gruesos como libros, y unas raíces, al descubierto allí donde el agua se ha llevado la tierra sobre el camino, retorcidas y entrelazadas como una jaula de serpientes. Aquí y allá, también, sobre todo junto a la esclusa del canal, en la salida de Loch Einich, se distinguen, medio hundidas en el cenagal, muchas raíces de árboles hace ya tiempo muertos.

Esta esclusa data, como las de otro de los lagos, de finales del siglo XVIII, cuando en el viejo bosque resonaba la actividad de los leñadores. Cuando los troncos estaban listos, las esclusas se abrían y los árboles se dirigían corriente abajo hasta el Spey. Hay una descripción muy realista, rememorada por una niña, en *Memoirs of a Highland Lady*, de Elizabeth Grant of Rothiemurchus. Cuando se descubrió que la madera era una fuente de riqueza y empezó a talarse, se construyeron pequeños aserraderos junto a los distintos arroyos: diminutos claros, con la sierra, una casita de dos estancias y un modesto maizal; pero pronto se vio que era más rentable mandar toda la madera corriente abajo hasta el Spey, donde se convertía en toscas balsas y así se transportaba hasta Fochabers y Garmouth. Los enclaves mismos de esos antiguos aserraderos han caído en el olvido. Hoy llegan los camiones con motor; el aserradero y toda su maquinaria, que forman un pueblo compacto durante el tiempo que sea necesario, y unos forasteros, no los lugareños, talan, podan y cortan. Sólo sobreviven las antiguas costumbres aquí y allá, como cuando un caballo autóctono, atendido por un hombre bien arraigado en la zona, arrastra los troncos encadenados desde rincones inaccesibles y es devuelto por la noche a una de las viejas granjas situadas al borde del páramo.

La primera gran tala del bosque tuvo lugar durante las guerras napoleónicas, cuando se necesitaba con urgencia madera de la zona. Un siglo después, hemos visto que ocurría lo mismo. En 1914 y, de nuevo y de forma más drástica, en 1940, la madera nueva ha seguido el camino

de la primera. Volverá a crecer, pero, durante un tiempo, la tierra estará llena de cicatrices, y las cosas vivas —los herrerillos capuchinos, el tímido corzo— habrán huido. Temo especialmente por el herrerillo capuchino, cuya rareza es motivo de orgullo para estos bosques.

He oído a gente decir que ha estado buscando en vano estos bellísimos herrerillos, pero, si se conocen sus lugares favoritos (yo no voy a desvelarlos), es fácil hacerlos aparecer desde un árbol simplemente quedándose en silencio junto a su tronco. Has oído el revuelo y el leve sonido de los herrerillos, pero, al aproximarte, se han ido, no hay ni un pájaro a la vista. Sin embargo, si te quedas en silencio, al cabo de uno o dos minutos se olvidan de ti y revolotean de rama en rama cerca de tu cabeza. Yo he visto un herrerillo capuchino darse la vuelta a menos de treinta centímetros de mis ojos. En época de anidamiento, sin embargo, regañan como pescaderas. A mí una pareja ha llegado a reprenderme con tanta vehemencia que, de pura vergüenza, he tenido que marcharme de su árbol.

Lo violento que era el torrente de agua cuando se abrían las viejas esclusas de los lagos me lo dejó claro una mujer de ochenta años cuando me contó que una vez se usó para engañar al aforador. Y es que en la orilla más alejada del Beinnie, en un lugar entre la espesura, bajo el Carn Elrig, donde una vez me perdí, se destilaba «rocío de la montaña» y, cuando al hombre que lo elaboraba le llegó el aviso de que el aforador iba de camino, ya no tenía tiempo de esconder la mercancía. De hecho, cuando lo avisaron, estaba más cerca de la esclusa que del alambique, de

modo que se fue hacia la esclusa; puedo verlo apretando el paso, clavando los talones, con ese andar a zancadas de los montañeses cuando van decididos a sus asuntos. Así que, cuando llegó el recaudador de impuestos, las aguas corrían turbulentas entre él y el whisky clandestino. Y no hubo forma de cruzar aquel día. Ni quizá, tampoco, el siguiente.

Unos restos sombríos de pinos, muy arriba en las laderas, son la prueba de que el bosque primitivo subía más que el actual. Y sin embargo, aquí y allá, alguna semilla suelta, traída por el viento o por un pájaro, ha crecido por encima de la masa principal de los árboles. Algunos de estos casos raros demuestran la sorprendente capacidad de adaptación de este árbol. Puede cambiar de forma según convenga, como un hechicero. Conozco uno, enraizado a pocos pasos de una cumbre de casi novecientos metros, una planta robusta pero extendida sobre las montañas y casi rosácea en su estructura, de noventa centímetros de ancho y no más de trece de altura. Y ahí está aferrada, pegada contra el suelo árido. La observo con gran interés para ver si aumenta mucho de tamaño y en qué dirección.

Las raíces de abeto muerto, que permanecen en la tierra hasta mucho después de que el árbol haya desaparecido, son la mejor leña del mundo. Conozco a ancianas que miran con el mayor de los desprecios el papel como medio para encender el fuego y desdeñan a quien usa más de una cerilla para prenderlo. Conozco de hecho a dos ancianas así, ambas de más de ochenta años, que viven solas, una en la parte del Spey de las montañas y otra en el Dee,

y que excavan en el páramo para extraer sus raíces de abeto, las arrastran hasta su casa y las hacen astillas. Luego, si vas a visitarlas a sus parcos hogares cuando el fuego está apagado, puedes verlas montar sus «raíces de resina» (así las llamamos en la parte de Aberdeenshire) en forma de pirámide con los dedos arrugados, oscuros y endurecidos, llenar la tetera con una taza del balde de agua del pozo, colgarla del gancho y ponerla a balancearse sobre los palos en llamas. Y, antes de que te hayas metido del todo en la conversación, el té está ya listo y, si la tetera marrón de barro cocido tiene el pitorro roto («mi tetera ha perdido un diente») y por él se derrama té que, al caer sobre el hogar abierto, levanta salpicones de ceniza y vapor, puedes decir que es un mejunje o una libación para los dioses, según prefieras, pero eso no hará que el té sea menos bueno ni la conversación menos animada.

De las cosas que se arrastran por el brezo y pasan desapercibidas, siento un afecto especial por la caminera; no la variante dura y trenzada, sino la mullida. Mi padre me enseñó, siendo yo una niña pequeña, el arte de recogerla. Nos tumbábamos en el brezo y mis dedos aprendieron a seguirla por todos los tallos y ramitas secundarias, y a arrancar con cuidado las diminutas raíces, hasta tener gruesos manojos de muchos metros de longitud. Era un buen arte que enseñar a un niño. Aunque yo entonces no lo sabía, estaba aprendiendo a abrirme camino, con mis propios dedos, hasta el secreto del crecimiento.

La montaña jamás revela ese secreto por completo. El ser humano está aprendiendo despacio a leerlo. Observa,

sopesa, va sumando datos con paciencia. Encuentra una pista en las formidables raíces del clavel rastrero y en las finas raíces que la diminuta eufrasia envía a la sustancia de la hierba para facilitar su propia búsqueda de alimento. Está en las hojas carnosas y cubiertas de pelusilla de los sedum y las saxífragas, mediante las cuales almacenan el botín de la tierra para cuando ésta no sea tan generosa. Está en el tamaño en miniatura del sauce más pequeño, cuya pelusa lanuda vuela por la meseta como los sedosos filamentos de la hierba algodonera por las ciénagas. Y en la azalea en miniatura que crece aplastada contra la montaña en busca de protección y atrae a los escasos insectos con su color rosado y prospera, como el brezo, sobre el granito, si bien el granito no puede satisfacer las necesidades de muchas de las escasas flores de montaña, que anhelan las vetas de caliza o el rico humus de la micacita, como la más rara de todas, que sólo se encuentra en un lugar de los Cairngorms, el astrágalo alpino, una flor pálida y delicada, con el borde de color lavanda, y frecuentada por su pariente rojo y negro, el zigénido: nadie sabe por qué le gusta tanto, pero, si no hay astrágalo alpino, no hay zigénido. Algunos días lluviosos, de viento y sin sol, cuando casi no se esperaría ver ninguno de estos insectos, he encontrado muchas de estas coquetas criaturillas en las matas de astrágalo alpino.

Cuanto más se aprende de esta compleja interacción de suelo, altitud, clima y tejidos vivos de plantas e insectos (una complejidad que tiene sus momentos asombrosos, como cuando el rocío del sol y la pinguicula se

comen a los insectos), más profundo se hace el misterio. El conocimiento no disipa el misterio. Los científicos me dicen que la flora alpina de las montañas escocesas es de origen ártico, que estas pequeñas plantas dispersas han sobrevivido a la era glacial y constituyen la única vida vegetal de nuestro país anterior a la Edad de Hielo. Pero eso no lo explica todo. Sólo añade el tiempo a la ecuación y le da una dimensión nueva. Creo que tengo una fe cándida en mis amigos científicos: son buena gente, no me cuentan mentirijillas innecesariamente y sus historias hacen que el mundo sea más interesante. Pero mi imaginación se queda atónita ante esto. Puedo imaginar la antigüedad de la roca, pero la antigüedad de una flor viva es una cuestión más difícil. Significa que estos seres robustos de las cumbres, con su florescencia angelical y el diablo en las raíces, han tenido la astucia y la desfachatez de engañar no sólo a un invierno, sino a toda una Edad de Hielo. Los científicos tienen al menos la humildad de reconocer que no saben cómo ha ocurrido.

8
VIDA: AVES, ANIMALES, INSECTOS

La primera vez que me encontré el verano en la meseta —porque, a pesar de que mis primeras expediciones se hicieron todas en junio o julio, pasé por nubes, niebla, el rugido del viento, granizo, lluvia e incluso una ventisca—, la primera vez que el sol resplandecía y el aire era templado, estábamos de pie en el cantil de un despeñadero que daba hacia fuera, cuando me sobresaltó un zumbido a mis espaldas. Algo oscuro pasó siseando junto a mi cabeza a una velocidad que me dejó anonadada. Apenas había recuperado el equilibrio cuando volvió a pasar, silbando a través del aire quieto, que se arremolinó en torno a mí con aquel movimiento. Aquella vez mis ojos estaban listos y me di cuenta de que había un vencejo recorriendo el borde de la meseta en imponentes curvas: se precipitaba por la pared de roca y volvía a elevarse como un chorro de agua. Nadie me había dicho que fuera a encontrar

vencejos en la montaña. Águilas y perdices nivales, sí, pero esas primeras visiones del desenfreno loco y gozoso del vencejo una y otra vez por el borde mismo del precipicio me dejaron atónita y sacudida por la euforia. ¡Esas ráfagas vertiginosas, esas circunvoluciones de placer, para atrapar unas cuantas moscas! La discrepancia entre el objetivo y la acción me hizo reír en alto, con una risa que me ofreció el mismo poso de liberación que si hubiera estado bailando un buen rato.

Resulta extraño que la mera contemplación del movimiento del vuelo aporte al cuerpo no sólo un júbilo indirecto, sino también una forma de liberación. El ritmo es tan insistente que invade la sangre. Esta capacidad que tiene el vuelo de llevarnos consigo a través de la vista, como si de verdad estuviéramos participando en su dinamismo, no la he sentido nunca con tanta intensidad como al observar los vencejos en la cima de la montaña. Sus carreras, cada una de cuyas curvas es al mismo tiempo un milagro de la elegancia, el sonido sibilante que hacen al partir el aire y sus agudos chillidos esporádicos, casi impropios de un ave terrenal, parecen hacer visible y audible la esencia del espíritu libre y salvaje de la montaña.

El vuelo del águila, aunque no tan emocionante de inmediato como el de los vencejos, proporciona, sin embargo, una satisfacción más profunda. La enorme espiral de su ascenso, mientras sube en un bucle tras otro siguiendo una lenta simetría, contiene en su movimiento toda la amplitud del espacio. Y, cuando ha alcanzado

la elevación máxima que su habilidad le permite, llega el vuelo en horizontal hasta donde puede seguirlo la vista, recto, limpio y tan natural como respirar. Las alas apenas se mueven, quizá de cuando en cuando un batir perezoso, como si fuera un ciclista que, al bajar una pendiente suave con los pedales detenidos, los acciona una o dos veces. El ave parece flotar, pero flotar con una fuerza directa y constante. Sólo al percatarse de que el águila está flotando contra el viento se hace evidente la magnitud de esa fuerza. Una vez me encontraba a unos setecientos cincuenta metros de altitud, en enero, el mundo se cubría de blanco, y estuve observando un águila que, muy por debajo de mí, iba remontando el valle, río arriba, en busca de comida. Volaba justo en sentido contrario al viento. Llevaba las alas levemente inclinadas, pero, por lo que yo podía discernir desde arriba, las mantenía estables. Y la urgencia decidida que dejaba atrás era la representación misma de una fuerza aterradora.

Este vuelo constante y poderoso sobre unas alas inmóviles fue lo que hizo que un miembro del Observer Corps (según cuenta mi amigo James McGregor; el puesto de observación estaba en el punto más alto de sus tierras y su granja, creo, es la más alta de Escocia) rompiera a gritar muy nervioso:

—¡Ahí hay un avión que no consigo identificar! ¿Cuál cree que es?

McGregor miró y dijo, sin inmutarse:

—Lo llaman águila real.

—No lo conocía —respondió el otro, y casi no hubo forma de convencerlo de que estaba viendo un ave y no un avión.

Justo esta mañana, en mi jardín de Lower Deeside, a ochenta kilómetros de donde se mueven las águilas, vi tres aviones muy arriba, ante un fondo de nubes blancas, volando en círculos unos alrededor de otros, y mi primera reacción, asombrada, fue: «¡Águilas!».

El señor Seton Gordon afirma que el águila real sale de su nido torpemente; sobre todo, cuando el aire está en calma. Yo nunca he tenido la suerte de ver un águila alzándose desde su nido, aunque mejor debería decir la asiduidad y paciencia necesarias para ello, pero sí he visto a una despegar desde cerca de un nido, posarse en el brezo a cierta distancia, elevarse de nuevo y de nuevo posarse, y no había nada llamativo en su movimiento. La fuerza que hay en su vuelo es lo que cautiva la vista. Y cuando te das cuenta, porque probablemente al principio no lo veas, de que es una fuerza que suma la del viento a su propio impulso, de tal modo que, cuanto más fuerte sea el viento, más fuerte es el vuelo del ave, tomas conciencia de lo íntimamente que el águila, al igual que el clavel rastrero, forma parte esencial de la montaña. Sólo aquí, donde el viento arrasa estos caminos inhóspitos, demuestra en toda su magnitud su propia fuerza.

Para ver al águila real de cerca hacen falta conocimientos y paciencia; aunque a veces puede ser un regalo, como aquella vez que, justo al llegar al hito de una cumbre, un águila subió desde el extremo más alejado y se puso a

volar en círculos majestuosos sobre mi cabeza: nunca he estado más cerca de la reina de las aves. Y otra vez, en el extremo de los riscos de Lairig, por la parte del Braeriach, vi un águila planear por debajo de mí, despidiendo destellos dorados bajo el sol. Y he visto una de cerca, en una ladera, concentrada en algo que tenía ante sí. Pero acercarse a ella es un arte lento. Una tarde de primavera, mientras holgazaneaba entre los últimos árboles del sendero de Lairig, en el extremo del Speyside, observando el movimiento de los herrerillos, una voz preguntó a mi lado:

—¿Por aquí se va al Ben MacDhui?

Al bajar la mirada, vi lo que, de primeras, tomé por un pilluelo de once años.

—¿Vas a subir tú solo? —pregunté.

—Voy con él —respondió.

Me di la vuelta y vi tras de mí a un segundo joven, desgarbado, pálido y cubierto de granos, con un montón de artilugios colgando. Ambos tendrían, tal vez, incluso el menos desarrollado, diecinueve años, y eran obreros del ferrocarril que habían hecho todo el camino desde Mánchester para pasar su semana de vacaciones fotografiando águilas reales. Me pidieron por favor que les indicase dónde podían ver alguna. Les hablé de algunos de mis avistamientos.

—¿Y a ésa podría haberla fotografiado? —preguntó uno.

Se conocían toda la teoría, como constaté enseguida Aquellos dos larguiruchos habían leído todo lo que habían encontrado sobre el tema y, aunque era la primera vez que venían a Escocia, se habían adentrado en los lagos.

—Aquí las distancias —les dije— son diferentes. No intentéis subir al Ben MacDhui hasta mañana, y dedicadle el día entero.

Y me acordé de un viejo pastor de Galloway, al que le había preguntado qué estribación del monte debía tomar para subir al Merrick. Después de decírmelo, me miró y preguntó:

—¿No has subido antes? ¿Sabes en qué te estás metiendo?

—No he subido antes, pero he recorrido todos los Cairngorms.

—Así que los Cairngorms, ¿eh?

Me despachó con un gesto, como el que sube un puente levadizo. Así que les dije a los chicos:

—No subáis hoy al Ben MacDhui; dentro de cuatro o cinco horas se hará de noche. Seguid por este camino y veréis las pozas del Dee; desde allí quizá podáis mirar al otro lado, a Garbh Coire.

—¿Y allí hay cornisas? —preguntaron, y repitieron que ellos habían venido para fotografiar águilas reales.

No volví a verlos; ojalá los disuadiera de subir al Ben MacDhui aquel día. Ni siquiera intenté desalentarlos de fotografiar águilas reales. Las propias águilas, probablemente, lograron hacerlo bastante bien. Pero me cayeron bien aquellos chicos. Espero que consiguieran ver águilas. Su fundamentado entusiasmo —aunque estuviera fundamentado sólo a medias— iba por el buen camino.

La imaginación se obsesiona con la ligereza de las criaturas que viven en el monte: el águila y el halcón

peregrino, el venado y la liebre de montaña. El motivo de su ligereza es práctico, aunque de una manera cruel: la comida escasea tanto allí arriba que sólo quienes se mueven con ligereza por enormes extensiones de terreno aspiran a sobrevivir. La velocidad, las espirales y los torrentes de movimiento son, lisa y llanamente, una necesidad propia de la montaña. Pero su gracia no es una necesidad. O, si lo es —si las bajadas en picado, las parábolas, la celeridad de pezuñas y alas alcanzan su belleza por una fidelidad estricta a las necesidades de funcionamiento—, tanto más se justifica la pertenencia a la montaña. La belleza no es adventicia, sino esencial.

La fuerza del vuelo es una característica también de otra ave que frecuenta no el precipicio, sino la meseta en sí: el pequeño y modesto chorlito carambolo. Un día de verano vas paseando por una pendiente de la meseta cuando llega a tus oídos su trino, parecido al del chorlito común. Te paras y miras, pero no hay ningún pájaro. Luego avanzas en silencio hacia el sonido y, de repente, un pájaro y luego otro se elevan en un vuelo bajo y breve, descienden de nuevo al suelo y corren, pegados a la tierra como un ratoncillo gris. Su forma, movimiento y color son tan de ratón que la ilusión casi llega a convencerte, de no ser por el blanco y negro tan visibles de la cabeza, la pechuga brillante y las plumas blancas de la cola. Esperas y los pájaros se olvidan de ti enseguida. En una pendiente, fuera de la ruta habitual hacia cualquier destino concreto, en un lugar de anidamiento o, quizás, un punto de encuentro de la bandada, he visto un gran número de

estas pequeñas aves, corriendo un pequeño trecho, deteniéndose y echando a correr otra vez, casi domésticas en sus sencillos movimientos. Y, sin embargo, en otoño, este humilde pájaro se marcha volando hasta África.

La otra ave que anida en la parte alta de la meseta, la perdiz nival, sí es casera. Nada de volar a África. Soporta los inviernos más atroces y se queda donde ha nacido; quizás, en zonas algo más bajas de la ladera, y se viste para el invierno mudando al color de la nieve.

Las criaturas que se visten como la nieve para pasar inadvertidas sobre ella —la perdiz nival, el escribano nival, la liebre de montaña— caen algunas veces en la trampa. Se vuelven blancas antes que la montaña. Cuando la hierba lechera sigue aún florecida el último día del año, no es extraño ver un armiño blanco refulgir frente a una oscura zanja gris. Pocas cosas son más absurdas en la naturaleza que una liebre blanca que se «esconde», erguida y paciente, junto a un peñasco, mientras a su alrededor se extiende un mundo gris y marrón ante el que destaca ostensiblemente. Una liebre blanca corriendo sobre la nieve también puede resultar cómica si va corriendo entre el observador y el sol: una forma sombreada, con un extraño esqueleto de sombra, ridículo y patilargo; cómica, porque las sombras alteran la forma de la criatura. Pero, si el sol está por detrás del observador y da de lleno en la liebre que corre, sólo se le ven las orejas y un fino contorno oscuro por detrás. Si los campos están nevados, una liebre corriendo puede ser invisible del todo, hasta que surge como un desconchón en el borde de la nieve, con

un color blanco resplandeciente. Yo he llegado a contar veinte liebres blancas que irrumpían a la vez en una hondonada y se dirigían disparadas hacia una ladera marrón como niebla en ascenso.

Los ciervos, por otro lado, son visibles en la nieve. En un mundo totalmente blanco, desde una loma elevada puede verse una manada comiendo trescientos metros más abajo, llamativas motas negras sobre la blancura. Pero es que no necesitan esconderse del halcón peregrino ni del águila. En realidad, en invierno y a principios de primavera tienen el pelaje grisáceo, del color de la nieve vieja, del brezo descolorido, del enebro y de las piedras.

Por muy casera que sea, la perdiz nival tiene fuerza en las alas. En un vuelo repentino, bate tan rápido sus alas blancas que éstas pierden toda apariencia de solidez y parecen un aura de luz alrededor del cuerpo.

Como todas las aves de caza, la perdiz nival emplea el truco del ala rota cuando un intruso se acerca a sus crías, para atraer al enemigo hacia un lugar alejado de éstas. A mí me han hecho el truco tantas veces que ya apenas me fijo en los padres, sino que siempre observo con impaciencia el comportamiento de las crías. Una vez, cerca de la cumbre del Braeriach, me paré en seco al ver levantarse a uno de los padres y después al otro, al tiempo que buscaba a los polluelos con la mirada. Había uno a un metro de distancia, otro más cerca y luego otro. Mis ojos fueron acercándose cada vez más a mí misma: tenía un pollo de perdiz nival a menos de cinco centímetros de la bota. Siete agazapados en un radio de treinta a sesenta centímetros,

y bien podrían haber sido pájaros de madera tallada, a juzgar por las señales de vida que mostraban. Me quedé allí un largo rato y, si permanecía inmóvil, lo mismo hacían ellos. Finalmente, cedí a la creciente tentación (a la que siempre intento resistirme) de tocar y acariciar uno de aquellos bichitos, así que me incliné hacia el que tenía más cerca de la bota. Al instante, los siete se habían marchado entre graznidos. Una desbandada ruidosa con poca dignidad, extrañamente opuesta a su inmovilidad tallada.

Muy cerca de las cumbres, en las laderas más pedregosas, anidan los escribanos nivales. Tanto en su canto como en su figura, estas criaturitas tienen una delicada perfección que se ve acrecentada por lo brutal de su hogar. Si te sientas un rato en silencio en alguna de las grietas más solitarias e inhóspitas de la montaña, donde los sombríos bastiones de roca subyugan la imaginación, pronto habrá a tu lado un escribano nival cantando con increíble dulzura. Estar sentada en una altiplanicie pedregosa, sobre las siete de una mañana despejada de verano, cuando el sol acaba de levantar de los circos las nieblas matinales, y ver las piedras cobrar vida con pequeñas formas que parecen copos de roca lanzados al aire en remolinos es haber probado un placer de sibarita. Si se observa con atención, se ve que dos de entre la decena aproximada de aves son machos y que el resto son los miembros de sus dos jóvenes familias. Las hembras ya están enfrascadas en la tarea de sacar una segunda nidada.

Por toda la montaña deambulan los encapuchados, blancos y grises, los buscadores del monte. Las collalbas

se mecen y emiten sus risitas sobre los peñascos o enseñan sus insolentes traseros mientras vuelan hasta otra roca. Y en los arroyos de los circos más altos, el mirlo acuático, con su pechera blanca, se zambulle en el agua. Un canto aislado junto a un arroyo solitario revela la presencia del chorlito dorado. Pero ¿por qué hacer una lista? No sirve de nada y están todos en los libros. Sin embargo, para mí no están en los libros: están en los encuentros, en momentos de su vida que se han cruzado con momentos de la mía. Están en el canto del zarapito, que resuena en la distancia, y en el fino trino plateado que llega desde los últimos árboles y me dice que allí están los herrerillos. Están en una mañana de abril, cuando sigo un arroyo hasta su manantial, me adentro más y más en un pliegue de los montes y una pareja de mitos aparece y desaparece y vuelve otra vez. O en una tarde de diciembre, de nieve implacable, cuando una decena de estos diminutos penachos, desproporcionados y bellísimos, cae desde un árbol junto a un arroyo helado. O en un día de julio, cuando veo que un arbolito alberga trece herrerillos capuchinos. O en un día de marzo, la única vez en que he visto algún atractivo en el urogallo, cuando, frente a la ladera nevada, un par de estas aves se perseguía trazando preciosos dibujos en su vuelo. O en el éxtasis del apareamiento del cernícalo, o en el combativo gallo lira que descubrí de pronto una mañana en un claro entre los enebros. O en las dos becadas que se seguían noche tras noche, bajo los árboles, justo al lado de donde yo estaba tumbada y en silencio, despierta, fuera de la tienda.

Y tantos otros que no he mencionado. Igual que no he mencionado tantas otras flores hermosísimas: la driada de ocho pétalos, atemporal como el jade blanco; la abama, que parece la llama de una vela; los corazones negros y púrpura del cornejo. No he hablado de las lavanderas, amarillas y pintas; ni del escribano palustre, preciso como un dignatario, con sus franjas; ni de las gaviotas y ostreros que suben desde el mar; ni de los piquituertos, los pinzones ni los chochines. Pero no puedo dejar de hablar de los chochines. Son diminutos y vivarachos, con un volumen de voz muy alto. Tal vez no sea cierto, pero, por lo que yo he visto, los chochines son más numerosos en el lado del Dee que en lado del Spey. En los valles altos de los afluentes, Glen Quoich, Glen Slugain, entre los últimos árboles, son tan comunes como la eufrasia. En Glen Quoich está el esqueleto de un árbol caído, una cosa enorme y patilarga, con todas las extremidades en el suelo y el tronco como una dorsal sobre ellas, un ejemplo magnífico del viento dominante; entre sus costillas huesudas he visto moverse rápidamente una familia de nueve polluelos de chochín. Y una vez, en Glen Slugain, un par de abejorros dorados (eso parecía) pasó junto a mí a toda velocidad en una alegre espiral. Pero no podía ser, eran demasiado grandes. Los espié. Eran pollos de chochín.

Cerca del árbol patilargo vi cómo se elevaba hasta cierta altura, corriente abajo, un ave tan grande que no pude más que quedarme mirando. Revoloteó y desapareció. Dos alas enormes, con una envergadura a la que apenas podía dar crédito. Sin embargo, lo había visto. Y ahí venía

de nuevo, esta vez río arriba, con la misma envergadura: no veía ningún cuerpo; eran dos alas grandísimas unidas por nada, como si algún pájaro hubiera descubierto, al fin, cómo ser todo vuelo, sin cuerpo. Y entonces lo vi. Las dos grandes alas eran una pata y un pato, que se seguían en una formación perfecta, revoloteaban, se zambullían y emergían una y otra vez con una distancia inmutable, cada uno siguiendo las modulaciones del otro; dos mitades de un único organismo.

Aquí los gansos salvajes están sólo de paso. Un tempestuoso día de octubre los vi volar en formación de punta de flecha, veintisiete aves en perfecta simetría que se dirigían al sur, bajando el valle en el que yo me encontraba. Estaba cerca de la cabecera de una profunda quebrada; la cuenca se alzaba en gran pendiente por encima de mí. Allí arriba, el viento debía de ser atroz. Y allí es donde estaban los gansos. Rompieron la formación. Las aves salieron volando de un brazo de la cuña hacia el otro, el guía dudó, otra ave intentó guiar, su bella simetría se volvió confusa. Parecía que el viento estuviera empujándolas hacia atrás, porque toda la fila, ya con la punta roma, se redondeó, guiada primero por un ave y luego por otra, hasta que, poco a poco, rodearon la parte superior del valle y regresaron por donde habían venido. Mientras las observaba, se adentraron en una nube de color gris ceniciento, en una línea ondulante similar al movimiento de un pez bajo el agua. La oscura línea se fundió en la oscuridad de la nube y ya no pude ver dónde ni cuándo retomaron la formación y la dirección.

Resulta seductor ver algo poco habitual, pero no su final. Una tarde de enero, en un mundo congelado y silencioso, vi dos ciervos con las astas entrelazadas arrastrándose adelante y atrás por el resonante lecho helado de una hondonada. Sus siluetas oscuras destacaban sobre la nieve. Estuve observándolos hasta que cayó la noche y apenas podía verlos, aunque seguía oyendo el ruido de la escaramuza. Es la única vez que he visto ese fenómeno de las astas enganchadas y, como siempre me han dicho que, cuando los ciervos están así de atrapados, no pueden soltarse y siguen peleando hasta que mueren uno o los dos, estaba ansiosa por ver qué ocurriría. Volví al día siguiente, pero no encontré ningún ciervo, ni vivo ni muerto. El guía y granjero en cuya casa me alojaba dijo que lo más probable es que se hubieran salvado gracias a la rotura de un asta.

El bramido de los ciervos me planteó otro problema para el que aún no he encontrado una respuesta definitiva. En uno de aquellos días imponentes de mediados de octubre, dorados como el whisky, iba paseando por las faldas del Ben Avon, por encima de Loch Builg. De pronto, me sobresaltó una llamada musical que resonaba por todo el monte y a la que respondía una llamada similar desde otra dirección. Cantos tiroleses, pensé. Había tal alegría en el sonido que miré ansiosa a mi alrededor, pensando: son estudiantes, están llamándose unos a otros por pura euforia. Pero no vi a nadie. El canto tirolés prosiguió. Prosiguió todo el día, limpio, musical, como unas campanas, y no tardé en darme cuenta de que no había otro ser

humano en la montaña y de que quienes cantaban eran los ciervos. Aquellas notas limpias de campana eran nuevas para mí. Había oído el bramido de los ciervos bastante a menudo, en unos tonos profundos y roncos. Mugidos. El diccionario podría hacerme creer que el sonido de las campanas no es más que una variante del bramido[5]. Para mí, el sonido de las campanas será siempre la música de aquel día dorado. En todo el tiempo que estuve escuchando no hubo ni una sola nota estridente.

Pero ¿por qué? Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué a veces ronco y a veces como una campana? Los montañeses a los que he preguntado ofrecen respuestas distintas. Que las notas de campana son de ciervos jóvenes, y las roncas, de ciervos más viejos. Pero, contra ese argumento, un guardabosques cuenta la historia de un ciervo con voz bronca que, según todos los integrantes de una partida de caza, era una vieja bestia, pero que, al cazarlo, resultó ser relativamente joven. Que la nota cambia para expresar distintas necesidades. Pero esa teoría parece quedar refutada por el hecho de que un día oí a dos ciervos mantener una antífona en la que el sonido ronco respondía al de campanas a través de un barranco, con una coherencia absoluta. Que los ciervos son como los seres humanos y algunos tienen voces de tenor, y otros, de bajo. Entonces ¿eran todos ciervos tenores aquella mañana en que el monte estalló en una cantata? ¿Todos jóvenes? ¿O estaban todos enamorados de la mañana?

[5] Por la etimología común de *bell* (campana) y *bellow* (bramar, mugir). (N. de la T.).

Normalmente, los ciervos son criaturas silenciosas, pero, cuando están asustados, ladran como un perro enfadado. He oído ese ladrido de advertencia muy lejos, en una pendiente distante, y sólo entonces he sido consciente de la presencia de una manada. Luego se van monte arriba, sobre el horizonte. Los dibujos que forman al recortarse contra el cielo son infinitos: un friso callado de cierva y cervatillo y cierva y cervatillo. O un bosque de astas, revuelto y poblado. O con los largos cuellos en el suelo, pastando, como gallinas que picotean. Esos cuellos móviles son a veces una imagen extraña. He visto cinco cuellos levantarse como serpientes bamboleantes, con una cabecita reptiliana sobre cada uno de ellos y sus cuerpos invisibles. Cinco ciervas. Una vez vi una cierva volver la cabeza para mirarme y girar el cuello hasta que su cara parecía estar colgada en el aire, al lado de la grupa, y un miedo atávico se despertó en mí. Ave, mamífero y reptil: hay algo de todos ellos en el ciervo. Su vuelo es fluido como el de un ave. Sobre todo los corzos, los más jóvenes, moteados, con unas extremidades como tallos de flor, se mueven por el brezo con una ligereza increíble. Parece que vayan flotando; sin embargo, su movimiento es, en cierto sentido, más maravilloso aún que el vuelo, porque sus relucientes pezuñas van tocando el suelo. El precioso dibujo que forman sus patas está fijado a la tierra y no puede desligarse de ella.

De hecho, en ocasiones la tierra parece reabsorber esta criatura de aire y luz. Los corzos se diluyen en el bosque; he pasado mucho tiempo mirando fijamente unos

abedules en los que sabía que había una hembra y no la he visto hasta que, por fin, ha movido una oreja. Un mes de diciembre, en un campo de brezo, me he encontrado muy cerca de una corza que estaba comiendo, mimetizada de tal forma con el paisaje que creía que su rabito blanco era una mancha de nieve. El animal advierte mi presencia, alza las orejas, levanta abruptamente la cabeza, con el cuello estirado. Me quedo muy quieta, la cabeza baja, la corza vuelve a formar parte de la tierra. Ladera arriba, alcanzo a ver un cervatillo aprendiendo de su madre el arte de moverse por la montaña: se detiene justo en la misma postura que ella, gira la cabeza, receloso, imitándola.

Pero si te encuentras un cervatillo solo en una hondonada oculta, verás que no tiene la paciencia de su madre. No es fácil hacer que una cierva se mueva antes que tú, pero cuando el cervatillo, después de saltar asustado al lado opuesto de la hondonada, se queda mirándote desde allí, si permaneces totalmente inmóvil, girará la cabeza para mirarte primero de lado, luego de frente, sacudirá un ojo, un ollar y, al final, se dará la vuelta y se marchará, como un niño reticente pero curioso, y se detendrá cada tres pasos para mirar hacia atrás.

Nunca he tenido la increíble fortuna, como sí tuvo una vez un joven médico que conozco, de ver una cierva parir, aunque me he encontrado con cervatillos muy jóvenes a los que sus madres habían dejado junto a una roca en el brezo. Una vez, me había salido del camino para ver un pequeño lago de montaña. Algo me impulsó a rodear el

lago, trepando entre la roca y el agua, y luego a seguir hacia abajo por una pendiente cubierta de brezo y poco transitada. Por el rabillo del ojo vi dos o tres ciervas que huían y un instante después di con un cervatillo diminuto, echado en el brezo, cerca de una piedra. Tenía una postura extraña y rígida, con las patas retorcidas de forma poco natural. ¿Estaría muerto? Me incliné sobre él y lo toqué muy suavemente. Estaba caliente. Las patas retorcidas eran fluidas como el agua en mis manos. La criaturita no daba señales de vida. Tenía el cuello estirado, rígido y desgarbado, la cabeza casi oculta; los ojos abiertos de par en par, la mirada fija. Sólo le palpitaban los flancos. Ése era su único movimiento, ninguno de carácter voluntario, nada, ni el más mínimo espasmo o parpadeo. Nunca antes había visto un cervatillo hacerse el muerto como los polluelos.

Una cría de ardilla, si se la encuentra ocupada en sus asuntos, actuará como el cervatillo al que sorprendes mientras paseaba solo: ambos son un poco temerarios con respecto a los seres humanos. Yo me he topado con una ardillita del tamaño de un ratón bien crecido, en el suelo, debajo de unos abetos, correteando de piña en piña, eligiendo una cada vez, estudiándola, probándola, tirándola por ahí, con la misma irritabilidad caprichosa que he visto en los niños pequeños que tienen demasiados juguetes. Se da cuenta de mi presencia, se detiene, clava la vista en mí, clava la vista en su piña. La avaricia y la cautela pugnan en su interior, yo estoy muy quieta, la cautela pierde, el animal sigue con su juego entre las golosinas. Cuando

se para a roer, avanzo. Al final estoy tan cerca que, de repente, se alarma. Se dirige hacia un viejo pino enorme cuya corteza cuelga formando escamas tan gruesas y sólidas que sus patitas apenas las abarcan. No puede subir, y ahora, al igual que sus padres de color dorado rojizo, da golpecitos inútiles con la cola, larga y delgada como un lazo, aún no tupida como la de los adultos, y araña las descomunales jorobas de la corteza. Finalmente consigue subir, huye hasta una rama lateral y se mofa de mí, triunfante.

Otras criaturas pequeñas: lebratos envueltos en un pelaje sedoso; zorreznos jugando al sol, en un pliegue lejano del monte; el propio zorro, con su grueso rabo rojo; la ardilla de color marrón rojizo en los bosques de más abajo, aporreando el tronco del árbol con la cola y farfullando entre dientes (eso creo) contra la intrusa; lagartos marrón dorado y el hilo marrón dorado de los capullos en el brezo; abejitas doradas y mariposita azules; libélulas verdes y escarabajos esmeralda; polillas como papel parafinado y polillas como papel quemado; chinches de agua sobrevolando los lagos más altos; ratoncitos casi imposibles de ver pero que dejan mil huellas sobre la nieve; hormigueros hechos con ramitas de abedul o agujas de pino, rebosantes de actividad cuando brilla el sol; cien mil mosquitas, mosquitos y moscas, víboras y un rarísimo lución; ranitas saltando como pulgas; orugas peludas y marrones a puñados y otras gordas y verdes con manchas amatista, un camuflaje perfecto sobre el brezo; la vida en muchas formas distintas.

Ahora mismo no es ésta una tierra de ovejas. Se retiraron las ovejas para dejarles sitio a los ciervos; hoy en día, los ciervos están dejando paso a las vacas de las tierras altas, bestias plácidas y moderadas para quienes esa escasa comida es una necesidad y cuyo greñudo pelaje invernal las protege de los duros inviernos. Parecen feroces y son muy apacibles; en eso se asemejan a algunas ovejas de cara negra, esas arpías más feas que el hambre que se encuentran en todos los rebaños de montaña, viejas bestias malignas y ceñudas cuyos cuernos ulcerados sobre su rostro negro deben de ser, estoy segura, el origen de la representación escocesa del diablo.

9
VIDA: SER HUMANO

Arriba, en la meseta, hace mucho que no se mueve nada. He caminado durante todo el día y no he visto a nadie. No he oído sonidos de nada vivo. Una vez, en un circo solitario, el repiqueteo de una piedra al caer reveló el paso de una fila de ciervos. Pero, aquí arriba, ningún movimiento, ninguna voz. El ser humano podría estar a mil años de distancia.

Y, sin embargo, al mirar a mi alrededor, su presencia me llega desde muchos puntos. Su presencia está en los hitos, que señalan cumbres, los caminos, el punto en el que ha muerto alguien o donde nace un río. Está en los propios senderos, incluso sobre peñascos y rocas puede verse el paso constante del ser humano, como en la cabeza de Lairig Ghru, donde el sendero, que pasa sobre piedras de color marrón grisáceo, erosionadas y cubiertas de líquenes, es de un rojo tan intenso que parece roca nueva.

Está en los caminos de piedras que cruzan los arroyos y, en zonas más bajas de los valles, en los puentes. Está en el indicador del Ben MacDhui, diseñado con un paciente talento, que agrupa las montañas en el hueco de una mano, y, algunos metros más abajo, en los restos de la cabaña en la que vivieron los hombres que trabajaron para la Ordnance Survey[6] en la década de 1860 durante una estación entera; un anciano me contó que desde el valle veían brillar una luz en una cumbre y luego en otra, conforme se hacían y comprobaban las mediciones. La presencia humana está también en el mapa y la brújula que llevo conmigo y en los nombres que figuran en el mapa, viejos nombres gaélicos que muestran lo antigua que es la asociación del ser humano con el risco y el circo: el Lago del Hijo del hombre flaco, el Circo del Zapatero, el Prado de la Lechera, el Risco del Sabueso. Está en los escondrijos de gentes perseguidas, la Roca de Argyll en Creag Dhubh, por encima de Glen Einich, y la Guarida del Gato, una sima profunda y estrecha entre las rocas de Kennapol, y en el Camino de los Ladrones, que discurre hacia el sur, desde Nethy, a través de grietas de desborde de origen glacial que se remontan a la Prehistoria, y en algún punto del trayecto, el árbol-poste (hoy talado) al que el propietario precavido dejaba atadas un par de sus bestias a modo de tributo. Está en las esclusas a la salida de los lagos, los restos de hornos de cal junto a los arroyos, en las cabañas de pastores, hoy sin techo, en

[6] Agencia cartográfica nacional del Reino Unido. (N. de la T.).

los abrigos de los que ya no queda nada más que una especie de gablete a modo de chimenea, y en Shelter Stone, por encima de Loch Avon, famosa en el pasado por haber sido la guarida de una banda de unas treinta personas, antes de que las piedras que sostienen la inmensa roca elevada se movieran y el espacio inferior se redujera a sus dimensiones actuales: lo bastante amplio aún para albergar a media decena de personas para pasar la noche, cuyos nombres, como los de otros cientos, se anotan en un libro de cubierta impermeable que se guarda al abrigo de la cueva.

La presencia humana también es perturbadoramente evidente, en estos últimos tiempos, en los aeroplanos siniestrados que hay dispersos por las montañas. Durante la Segunda Guerra Mundial, se estrellaron aquí más aviones (sobre todo, de instrucción) de los que nadie se molesta en recordar. Al igual que los incautos de tiempos pasados que se ahogaban al vadear ríos crecidos o caían por los precipicios que intentaban escalar, estos nuevos viajeros subestimaron la fuerza de la montaña. Su parte superior, la meseta, plana y alargada, da una impresión engañosa de escasa altitud y sus nieblas se cierran a gran velocidad, y la frecuencia con que sus cumbres quedan envueltas en nubes que arrojan lluvia o traen nieve, mientras abajo el mundo está bañado por la luz del sol, es demasiada como para tomarse libertades con su roca despiadada. Un día estaba en el Risco del Sabueso, oí el motor de un avión y, de forma instintiva, miré hacia arriba, pero enseguida me di cuenta de que el sonido estaba por debajo de mí. Había

un avión abriéndose paso con cuidado a través de Lairig Ghru, el gran tajo que separa las dos mitades de la meseta. Desde donde yo estaba, muy por encima, las puntas de sus alas parecían llegar de roca a roca. Sabía que aquello era una ilusión y que las alas tenían espacio de sobra; que los niños que lanzan sus aviones bajo el arco de un puente o por las gargantas del Yangtsé sienten, sin lugar a dudas, el mismo regocijo eufórico que los chicos que tenía bajo mis pies; y, sin embargo, si de pronto se hubiera extendido la niebla, ese paso entre los peñascos habría sido peligrosísimo. E, incluso en el breve tiempo necesario para pasar en avión por Lairig, la niebla bien podría descender en esta región de cambios rápidos e impredecibles. Yo lo he vivido. De un cielo azul ha irrumpido en la montaña una nube que ha borrado el mundo. La segunda vez que subí al Ben MacDhui vi cómo ocurría.

Había conducido hasta Derry Lodge una mañana perfecta de junio con dos caballeros que, una vez allí, estaban resueltos a regresar de inmediato a Braemar, cuando apareció un coche con otros cuatro que, evidentemente, se dirigían al Ben MacDhui. Enseguida los abordé para preguntarles si podía volver con ellos en su coche a Braemar por la tarde: mi intención era subir, aun despreciando su compañía, teniéndolos a la vista pero sin sumarme a ellos. Accedieron y me volví para despedirme de mis antiguos compañeros. Cuando me giré de nuevo, los alpinistas habían desaparecido. Me precipité tras ellos, abriéndome paso a través de los pinos dispersos que hay junto al río, y, al no poder alcanzarlos, me apresuré un poco más. Por fin

dejé atrás los árboles, pero no veía a ningún ser humano en todo el valle desnudo que tenía por delante. No podía creer que cuatro personas hubieran caminado tan rápido como para quedar totalmente fuera de la vista, ya que mi propio paso había sido bastante ligero. La prudencia —sólo había estado una vez antes en uno de los Cairngorms— me dijo que esperara; empezaba a sospechar que había sobrepasado a mis compañeros. Pero no podía esperar. La mañana estaba despejada y azul, era junio, yo era joven. Nada me habría retenido. Como si fuera una llamarada que barriera la montaña, salí corriendo hacia arriba. El Etchachan surgió de entre la nieve, la cima era como el vino. Vi mil cumbres a la vez, despejadas y centelleantes. Y luego, muy lejos, al sur, contemplé una pared de nubes que parecía un rompeolas cubierto de espuma. Avanzaba muy rápido e iba borrando cien cumbres por minuto: muy pronto, borraría también la mía. Eché una mirada rápida a mi alrededor, para fijar mi rumbo, y descendí a toda velocidad hacia la cabaña en ruinas de los agrimensores, desde donde el camino para bajar a Coire Etchachan está bien señalizado con hitos, pero, antes de llegar, me vi engullida. Todo aquello, desde que vislumbré la nube por primera vez hasta el momento en el que cayó sobre mí, había pasado en menos de cuatro minutos. Ochocientos metros más abajo, bebiendo té bajo la espesa niebla, junto al camino, encontré a los compañeros que había perdido y que aún venían subiendo.

En otra ocasión, sentada junto al hito de una cumbre, contemplando a través de un cielo sin nubes los picos y

lagos, me di cuenta de que no podía poner nombre a algunos de los accidentes que estaba mirando, así que me incliné sobre el mapa para buscarlos. Cuando levanté la cabeza, estaba sola en el universo con unos cuantos bloques de granito rojo. Esta rapidez de la niebla es uno de sus rasgos más mortíferos, y los restos de aeroplanos que van oxidándose, abandonados, en rincones solitarios de las montañas, dan fe de su terrible poder.

La mano del hombre también está en los animales. Ha sacado al escribano nival de sus zonas de anidamiento, ha desterrado al gallo lira y lo ha reintroducido desde el extranjero. Ha protegido al urogallo, pero casi ha destruido al halcón peregrino. Cuida al venado y extermina al lince. Mantiene, de hecho, la economía de la vida del venado, y el venado ocupa el lugar primordial de una economía humana que abarca esta masa montañosa y sus valles circundantes. Hay síntomas de que esta economía está fracturándose y, aunque la economía de los cotos de caza es algo por lo que siento poca simpatía, soy consciente de que no es fácil acabar con ella. El ciervo mismo podría desaparecer de nuestras montañas si el ser humano dejara de matarlo, o degenerar si se lo dejara a su aire, y, en las pequeñas granjas y explotaciones de montaña arrebatadas al brezo y que un esfuerzo infatigable mantiene productivas, el margen entre vivir y llevar una vida precaria puede decidirse por los ingresos extra que supone hacer de guía o guarda. Sin esos ingresos o algún otro equivalente, no sería difícil que la pequeña explotación de montaña se convirtiera otra vez en brezo.

Estas explotaciones, granjas y casitas de guardabosques forjan personas de carácter. Son individualistas, valientes, duras, tercas, inteligentes, cargadas de prejuicios, con manías extrañas y un agudo sentido del humor. Aquí la vida es difícil y austera, pero rara vez mata la amabilidad del espíritu. Las mejores son gentes de muchos talentos, ingeniosas a la hora de satisfacer sus necesidades, buenas conocedoras de su tierra e interesadas en muchas cosas ajenas a ella. No son serviles, pero evitan enfadar al terrateniente; de moral recta, «el Hombre de allí arriba» se acerca bastante a la idea que la mayoría tiene de Dios; hospitalarias, pero nunca «corteses de forma insensata», saben apreciar en su justa medida aquello que importa, aunque hay excepciones, claro está, porque ¿dónde no iba a haberlas?: un hombre que «no te daría ni siquiera una piña de su terreno», o una mujer que «le ha echado el ojo a mi jarra lacada», o, a cambio, una generosidad que te echará azúcar en la taza quieras o no, «para quitarle la furia al té».

Aquí la vida no tiene mucho margen. Se trabaja desde antes del alba hasta después del ocaso. El heno llega en agosto; la avena (con suerte), en octubre: pero puede que en Navidad aún sigan en pie, empapados y a oscuras en los campos ganados a la pendiente. Y una noche, antes de que te des cuenta, quizá se te cuelen unos ciervos y arrasen los cultivos. La mujer del granjero no puede ir al funeral de su hermano en enero porque las vacas están empezando a secarse y, si las ordeña un extraño, tal vez dejarían de producir del todo, y adiós a los ingresos y,

además, habría que comprar la leche. Hay que acarrear el agua desde el pozo, atravesando la nieve amontonada o a medio derretir, a menos que el granjero tenga ingenio y unas manos útiles y haya traído su propio suministro de agua desde el monte hasta la casa, e, incluso en ese caso, debe estar pendiente y mantenerlo durante los rigores del invierno montañés.

A veces no hay pozo alguno, ningún manantial que nazca cerca de la casa, y toda el agua que vaya a usarse debe acarrearse desde el arroyo, sorteando riberas abruptas y fatigosas. La colada se hace como siglos atrás, a orillas del arroyo; a veces, en días de viento, he visto elevarse humo y percibido el destello del fuego, y, al acercarme, he encontrado un enorme caldero en un recoveco protegido junto al arroyo y siluetas de mujeres moviéndose alrededor.

En estas rendijas de las montañas, la forma de proveerse de las necesidades básicas sigue siendo lenta, laboriosa y personal. Sacar el agua del pozo, sin que haya siquiera una bomba entre su resplandeciente transparencia y tú, partir las ramas que has recogido en el bosque, hacer un fuego y poner en él la olla... Hay una satisfacción profunda y constante en esos gestos sencillos. Pienses conscientemente en ello o no, estás tocando vida, y algo dentro de ti lo sabe. Me invade una sensación de honda alegría cuando me inclino para bajar el cubo. Pero, de todas formas, sé que, al vivir así, estoy ralentizando el ritmo de la vida; si tuviera que hacer estas cosas a diario y todo el tiempo, estaría cerrándoles la puerta a otras actividades e intereses, y comprendo por qué a los jóvenes les molestan.

No todos los jóvenes quieren escapar. En absoluto. Algunos sienten auténtica devoción por estos lugares agrestes y no piden nada más que pasar su vida en ellos. Heredan los talentos de sus padres y, a veces, los amplían. Otros son inquietos, reniegan de sus condiciones de vida primitivas, desprecian la lentitud de las viejas costumbres y creen que elogiarlas es caer en el sentimentalismo. Éstos se marchan. Sin embargo, se llevan los talentos con ellos (algunos, al menos) y, en el mundo exterior, descubren cómo injertar nuevos talentos de muchos tipos en sus propias raíces salvajes. Una triste proporción quiere trabajos de oficina y pierde el carácter polifacético de sus padres. Pues los jóvenes son como los viejos, diversos como siempre ha sido y seguirá siendo la naturaleza humana, y aquí arriba la vida está llena de amores, odios, celos, ternuras, lealtades y traiciones, como en cualquier otro sitio, y de muchísima felicidad rutinaria.

A aquellos amantes de las montañas con quienes consienten en compartir sus hogares, les brindan esa cortesía que te acepta en igualdad de condiciones, sin ceremonias. Puedes entrar y salir cuando te convenga. Puedes sentarte junto al fuego de la cocina, en la oscuridad total del invierno, mientras ellos vuelven del establo, dando zapatazos, con sus gorros de orejeras rebozados en nieve. Respetan, la compartan o no, tu pasión por la montaña. Yo no he visto que sea cierto, como mucha gente sostiene, que quienes viven en las montañas no las amen. Jamás olvidaré la luz que se encendió en el rostro de un chaval, recién llegado de la guerra y enfrascado, junto a su padre,

en las arduas tareas de una de esas granjas de montaña enclavadas en las inhóspitas alturas, cuando le pregunté: «Y, entonces, ¿qué es mejor, Italia o Escocia?». Ni siquiera respondió mi pregunta con palabras, sino que miró a un lado, hacia donde yo estaba, sin apenas interrumpir su labor, y le brilló la cara. Las mujeres no deambulan sin hacer nada. El trabajo del día a día las tiene ocupadas, todo el tiempo de acá para allá, pero, aunque no suben a las montañas (en realidad, ¿de dónde iban a sacar el tiempo o la energía?), las miran. En esta parte de las Tierras Altas no sucede que «las vistas sean algo carnal». «Si salgo, es para un funeral o algo especial», dice la mujer de un guardabosques, aunque, en su juventud, corría por las montañas y aún queda un resto agreste en sus palabras. Pero incluso dentro de las familias hay diferencias. De dos hermanas, criadas en el límite mismo de la montaña, una dice: «No quiero para mí esos montes tuyos, ya he tenido bastante toda mi vida», mientras que la otra se ha pasado semanas y semanas en la meseta, durmiendo en una tienda diminuta. Uno de los enamorados de la montaña más apasionados que he conocido es el anciano James Downie, de Braemar, cuyo apretón de manos (ofrecido con una ceremoniosa solemnidad) selló mi primer día en el Ben MacDhui. Downie fue el encargado una vez de guiar a Gladstone hasta las pozas del Dee, que el estadista había decidido que había que visitar. Resulta que el camino hasta las pozas, desde el extremo de Braemar, es largo aunque no difícil, resguardado salvo el tramo que recorre las faldas montañosas del propio Lairig Ghru, y las pozas

están bajo la cumbre que permite el paso, por lo que, para disfrutar de las vistas completas sobre Speyside y los montes que hay más allá, hay que subir otros ochocientos metros entre peñascos. Gladstone se negó en redondo a dar un paso más una vez que llegó a las pozas. Y Downie, como guía contratado, tuvo que pararse allí también; un agravio que Downie, el montañés, no perdonó jamás. El resentimiento seguía intacto en su voz cuando me lo contó, cuarenta años después.

Pero, aunque aceptan que se suba a las montañas y son tolerantes ante extravagancias tales como pasear por la noche y dormir al raso («Parece que hayáis nacido en una cochera sin puertas» —y una noche lluviosa de verano en la que, en efecto, montamos nuestras camas de campaña en la cochera, hay que ver lo que bromearon a nuestra costa, qué risa tan abierta e indisimulada—), no tienen tolerancia alguna ante la irresponsabilidad. Hacia el alpinismo invernal no muestran más que repulsa. Saben demasiado bien con qué rapidez se desata una tormenta en un día despejado, qué pronto cae la oscuridad y qué terrible puede ser la fuerza de un huracán sobre la meseta, y hablan con amargo realismo de los alocados jóvenes que juegan con la vida humana despreciando las advertencias que se les hacen. Sin embargo, si una persona no vuelve, salen a buscarla con paciencia, obstinación y habilidad, a menudo en unas condiciones meteorológicas espantosas, y, cuando ya no queda esperanza de que la persona siga con vida, buscan su cuerpo sin descanso. Ahí es cuando descubres que los tenderos, los empleados de ferrocarril,

los guardas y los que trabajan en el aserradero pueden ser expertos montañeros. De hecho, hablando con todo tipo de gente que me cruzo por casualidad en la montaña, me doy cuenta de que la enfermedad del misticismo montañero ataca sin hacer distinciones. Los adictos a este extraño placer son de toda clase. En estos encuentros fortuitos he hablado con muchos tipos de gente, desde un adusto vástago de los antiguos reyes (o eso parecía), con napia aguileña y rodillas huesudas, que apareció de entre una nube, bajando el Ben MacDhui, con el kilt y la capa de las Tierras Altas aleteando bajo la lluvia, hasta un motorista pelirrojo, un viejo cazador de topos y un recadero de Glasgow.

Muchos personajes arrugados y enérgicos, nacidos de la esencia de la montaña, en familias que no han vivido en ningún otro sitio, han desaparecido desde que empecé a recorrer estas tierras: Maggie Gruer, esa ídola de granito, tan equilibrada como un desfiladero, ingeniosa, mordaz cuando hacía falta, hospitalaria, dispuesta para cualquier emergencia, que vivía con un resplandor y un entusiasmo que hacían que las gachas de Maggie fueran más que mera comida. De día o de noche, a Maggie le daba igual: no rechazaba a ningún montañero, que acababa durmiendo en un descansillo, en un cobertizo, en cualquier lugar donde pudiera tenderse un cuerpo humano. Como tampoco vaciló en sacar a un hombre de ese primer sueño profundo de la noche, la feliz liberación de un cuerpo agotado, para darle su cama a una montañera novata que llegó arrastrándose como pudo a la una de la mañana.

James Downie, bajo y robusto, erguido hasta el final, con la dignidad de un montañés en su porte, y aficionado a contar historias: de un príncipe, un estadista, un profesor que se medían contra sus habilidades en la montaña; de las primeras mujeres que subieron guiadas por él, con falda de cola y muchas enaguas; de los ponis de montaña que alquilaba para ellas a un pastor taciturno que se escondía en su choza y no ayudaba a sentar a «las damas» —«prefiero verte a ti sentarlas en los ponis»—; de la rígida disciplina que exigía de sus montañeras. Desde luego, en aquel anciano había un fondo rígido y obstinado. Algunas de sus historias eran divertidas, pero él no reía mucho. La recia magnificencia de los circos había invadido su alma. En él no había nada que resultara tierno ni acogedor; no se había casado, y se había refugiado, por elección propia, en el cobertizo de su granja, tras dejarles la casa a sus hermanas. «No es amable con las bestias —me confió una vez la mujer de su sobrino—. De hecho, a veces es cruel con ellas». La última vez que me quedé en la granja estando él vivo, insistió en llevarme la mochila todo el camino hasta el autobús. Yo protesté, pero me estaba tratando como supongo que trataba a sus montañeras de antaño. «No lo haré más —dijo—. Es la última vez que te veo». Murió pocos meses después.

Y luego Sandy Mackenzie, el poderoso guardabosques de la parte de Rothiemurchus, ya un anciano acabado cuando lo conocí, calentándose el cuerpo al sol, y su segunda mujer, Big Mary, que lo sobrevivió muchos años y murió a los noventa, medio ciega pero indómita. Alta,

flaca y encorvada, con la piel arrugada y ennegrecida por el hollín de su chimenea, el pelo gris enmarañado por el viento, tenía una mirada sibilina, sobrecogedora. La última vez que la vi, una nuera se la había llevado desde su remota casita, esa que tantas veces había compartido yo con ella, para atenderla, le había lavado el pelo gris hasta convertirlo en puro vellón blanco, le había frotado las uñas y las manos, que se le habían vuelto suaves porque ya no podía sujetar su enorme hacha ni arrancar raíces de abeto de la tierra, y la tenía vestida de un pulcro color negro, con un chal de encaje blanco sobre los hombros. Me dejó sin aliento; era una hermosura, todo un espectáculo, pero su verdadera esencia era la de la tierra y la tormenta. Aquéllos eran sus elementos y ella lo sabía. «Yo nunca he estado hecha para las cosas de la casa —me dijo una vez—. Prefería el trabajo al aire libre y las bestias». Allí sola, con su marido cada vez más anciano, hablaba con las gallinas, con el viejo caballo y con la vaca, en gaélico, su lengua materna. Cuando el anciano murió, se llevaron la vaca por el páramo hasta la granja. «Espero que no vengan más vacas de Whitewell —decía la mujer que la ordeñaba—. Aquí no tenemos tiempo de hablar con ellas, y ¿va a soltar la leche sin que le hables?».

A veces, cuando la vista ya le había fallado, la soledad la agobiaba, porque sentía un ávido interés por la vida de los demás y los libros ya no satisfacían esa necesidad. «Las noticias estarán ya rancias antes de que me lleguen», se quejaba. Y se dedicaba a comentar las novedades: de una, «es una mocosa mala»; de un hombre enamorado, «sólo

ve la luz del día a través de ella»; de un viudo, «cayó en el silencio al perder a Mary». Durante las pocas semanas al año que infestábamos su casita, se mostraba tan llena de júbilo como nosotros; se burlaba y bromeaba, aunque su apasionado interés por todos los detalles de nuestra vida no era nunca descortés: entendía que fuéramos reservados. Y la mañana en que nos íbamos, mientras recogíamos el infiernillo de alcohol y la sartén, guardábamos los sacos de dormir y plegábamos las camas de campaña, encendía un buen fuego en su enorme chimenea abierta, para hervir agua y preparar una última taza ritual de té, y se le llenaban los ojos de lágrimas. Su ansia de gente, de conocer los caprichos y excentricidades de sus vidas, era insaciable. Y, sin embargo, cuando el propietario de las tierras le ofrecía un par de habitaciones en otra casita, bien protegida y en una zona más baja, pero con gente, siempre decía que no. La bajada larga del páramo y los rutilantes precipicios, el viento alrededor de su hogar la ataban allí a pesar de ella misma. Me alegro de que muriera en su propia casa, entre un invierno con un amigo y un invierno con otro. Un día de finales de septiembre azotado por el viento, me bajé del tren en Aviemore y de inmediato me salió al paso mi amigo Adam Sutherland, el guarda. «¿Te has enterado? Van a enterrar a Big Mary a la una». Llegué a tiempo de recorrer a pie los casi cinco kilómetros que había hasta el viejo cementerio, bajo el frío y la humedad de los árboles, junto al río, y seguir a los hombres que llevaron el ataúd por el camino largo y embarrado desde la carretera. Alguien (bendito sea) le había

hecho una corona de brezo y bayas de serbal, de avena, cebada y enebro, las cosas que ella veía y tocaba a diario. Cerca de ella yace Farquhar Shaw, superviviente de la famosa batalla de Inches of Perth, alguien tan molesto para las gentes del lugar que, cuando murió, pusieron cinco enormes piedras en forma de queso sobre su lápida, para que no pudiera salir. Me gusta la idea de que Big Mary descanse cerca de él, pues estaban hechos de la misma tierra fuerte y obstinada.

Porque, sí, ella era una molestia para su vecindario, igual que él, aunque fuera a menor escala. No de forma malvada: en ella no había maldad alguna. Pero Big Mary era sal, y la sal, a secas, puede ser intragable. Era obstinada como el viejo Nick[7], y sólo Dios (eso me han dicho) podía apartarla de lo que quisiera hacer. Me creo perfectamente que ella causara problemas a aquella gente cuya vida estaba entrelazada con la suya. Pero tenía su propia integridad, rica y generosa. Quiero decir de ella lo mismo que Sancho Panza, cuestionado sobre los motivos por los que seguía a su amo, dijo de don Quijote: «No puedo más [...]; he comido su pan, quiérole bien».

En cuanto a los vivos —los que me han enseñado, me han acogido y han sido mis amigos en mi viaje a la montaña—, hay algunos, de entre los muchos que son[8], a quienes debo nombrar: los otros Mackenzie de Whitewell, la familia del viejo Sandy, y los Mackenzie de Tullochgrue;

[7] Apelativo coloquial para referirse al diablo. (N. de la T.).

[8] Todos los que nombro están ya muertos —con la excepción de Carrie, hija de Sandy Mackenzie—, pero sus descendientes aún viven.

muy en especial, a la señora Sutherland, la mujer de Adam, una Macdonald bien enraizada en el lugar, mujer generosa como el sol, que ha mimado mis idas y venidas durante un cuarto de siglo; Jim McGregor, sobrino de James Downie, y su mujer, amigos por los que doy las gracias al cielo y que, en la parte del Dee, igual que los Sutherland en la del Spey, me han abierto las puertas de su hogar.

Estas personas son la esencia de la montaña. Conforme vayan cambiando las formas de vida y una nueva economía moldee sus vidas, tal vez ellas también cambien. Y, sin embargo, mientras sigan llevando una existencia tan cercana a su tierra salvaje, tan sujeta al sol, la lluvia y los vientos, algo de la naturaleza de ésta calará en la de ellas. Serán gentes marcadas.

10
SUEÑO

Pues ya he descubierto mi montaña: sus climas, sus vientos y luces, sus arroyos cantarines, sus valles encantados, sus cimas y lagos, sus aves y flores, sus nieves, sus enormes distancias azules. Año tras año, ha ido creciendo mi conocimiento de todos ellos. Pero, si ha de contarse toda la verdad tal y como la he averiguado, también yo estoy implicada. He sido el instrumento de mi propio descubrimiento, y para dominar las teclas del instrumento también hace falta un aprendizaje. Así, es necesario entrenar y disciplinar los sentidos, el ojo para mirar, el oído para escuchar; hay que entrenar el cuerpo para que se mueva siguiendo las armonías adecuadas. Puedo enseñar a mi cuerpo muchas habilidades con las que aprehender la naturaleza de la montaña. Y una de las más emocionantes es la quietud.

Nadie que no haya dormido en la montaña la conoce por completo. Cuando vas cayendo en el sueño, la mente

se esclarece, el cuerpo se derrite, sólo queda la percepción. Ni piensas, ni deseas ni recuerdas, sino que vives en intimidad absoluta con el mundo tangible.

Esos momentos de quieta percepción antes de dormir son los más gratificantes del día. Me quedo vacía de preocupaciones, no hay nada entre la tierra y el cielo y yo. En pleno verano, sigue brillando la luz en el norte mucho después de pasada la medianoche. Mientras observo, la luz llega vertiéndose por los contornos de las siluetas que destacan contra el cielo y aumenta su nitidez hasta que las más finas cobran una especie de insustancialidad resplandeciente, como si no fueran más que luz. Arriba, en la meseta, la luz se queda merodeando hasta bien avanzada la noche, mucho después de haberse marchado del resto del mundo. Al observarla, la mente se vuelve incandescente y su resplandor se va consumiendo hasta un sueño profundo y tranquilo.

El sueño diurno también es bonito. Con el calor del día, tras haber salido temprano, tumbarte a plena luz en las cumbres y adormilarte es uno de los lujos más placenteros de la vida. Y es que quedarte dormida en la montaña trae consigo el delicioso fruto del despertar. Salir del vacío del sueño y abrir los ojos al risco y al barranco, preguntándote dónde estás, porque lo has olvidado, implica revivir un inmaculado asombro que no suele paladearse. No sé si se trata de algo frecuente (desde luego, no es habitual en mi sueño normal), pero, cuando me quedo dormida al aire libre, tal vez porque el sueño al raso es más profundo de lo normal, me despierto con la mente vacía.

La conciencia de dónde estoy vuelve muy pronto, pero, durante unos instantes de desconcierto, he observado un lugar conocido como si nunca antes lo hubiera visto.

Puede que este sueño dure únicamente unos minutos; sin embargo, incluso un solo minuto sirve para este fin de desconectar la mente. Sería una simple fabulación creer que algún espíritu o efluvio de la montaña tiene la voluntad de absorber así mi conciencia, con el fin de revelarse en una comprensión al desnudo que resulta difícil alcanzar de otro modo. No atribuyo a la montaña la capacidad de sentir; sin embargo, en ningún otro momento me sumerjo con tanta profundidad en su vida. He dejado libre mi ser. Esta experiencia resulta singularmente valiosa porque es imposible de forzar.

Partir a las cuatro de la mañana deja tiempo de sobra para estas horas de quietud, y tal vez de sueño, en las cumbres. El cuerpo está ágil, gracias al ritmo sostenido del ascenso, y relajado, con esa tranquilidad que sigue a la ingesta de alimento. Estás igual de serena que las piedras, enraizada muy abajo, en su inmovilidad. La tierra ya no forma parte del mundo. Si el sueño llega en un momento así, lo hace en un movimiento tan natural como el día. Y después... dejas de ser una piedra, de ser la tierra del mundo, abres los ojos, que tienen detrás una conciencia humana, sobre aquello de lo que tan profundamente has sido parte. Eso es todo. Has estado dentro.

Una vez, sin embargo, me quedé dormida en un lugar que no habría elegido para ese fin. Estábamos en el Braeriach. Era un día de neblinas en el horizonte y unas

vistas insulsas sin mucha vida ni interés, así que nos tumbamos bocabajo justo pasada la cumbre, tan cerca del borde como nos atrevimos y con el cuerpo bien asentado sobre el suelo, y miramos hacia abajo, a Coire Brochain. Los arroyos descendían llenos y por todas partes se oía el ruido de las cascadas. Estuvimos viendo el agua caer, verterse sin cesar por las paredes rocosas. Muy por debajo, en el lecho de la hondonada, había ciervos pastando, pequeñas motas en movimiento. Los contemplamos mientras iban de un lado a otro. Luego salió el sol y nos calentó, y la cadencia del movimiento y el sonido nos adormeció. Y de pronto me desperté y me encontré mirando hacia un fondo increíblemente remoto de paredes de roca negra. En realidad hay, creo, unos seiscientos metros desde la cumbre hasta el lecho del arroyo. Hasta el fondo del interior del circo, donde seguían pastando los ciervos, no hay muchos más de trescientos, pero, ante aquella primera visión horrorizada, desligada de todo pensamiento consciente y de todo recuerdo, sensación pura, la caída parecía desorbitada. Con un jadeo de alivio, dije: «Coire Brochain», me volví sobre la espalda, me serené sobre el borde y me incorporé. Había mirado al abismo.

Si lo mejor del sueño diurno en la montaña es la profundidad de su inconsciencia, las noches a cielo abierto son más deliciosas cuando el sueño es ligero. A mí me gusta que sea tan ligero que pueda estar constantemente saliendo a la superficie de la conciencia y sumergiéndome otra vez, sólo viendo, no importunada por el pensamiento, sino viviendo en la simplicidad pura de los sentidos.

He dormido al raso ya en mayo e incluso en la primera semana de octubre, cuando, en este clima nuestro tan extraño y desequilibrado, suele haber un breve lapso de tiempo espléndido.

La única noche de octubre que he pasado sin un techo encima fue suave como la seda, con una luna tardía que salió a altas horas de la madrugada y las montañas tan fluidas como el agua de un lago bajo un alba de satén: una noche de pura brujería, que la hace a una creerse todas las historias de magia que Escocia trata con tanto ímpetu de desmentir y no puede. No es de extrañar. Cualquiera a quien pillen fuera a las cuatro o cinco de una madrugada así empezaría a confundirlo todo. Las hadas, la magia y la brujería no están hechas para quienes se quedan en la cama hasta las ocho. Una noche de octubre lo bastante templada para dormir fuera y un amanecer bien mezclado con la luz de la luna bastan para comprobar que estoy en lo cierto. Nadie está a salvo del conjuro.

A mí no me gusta la magia. Interpone algo artificial entre el mundo, que es una realidad, y el yo, que es otra realidad, aunque revestida de muchas cortezas de falsedad y convención. Y la fusión de estas dos realidades es lo que evita que la vida se corrompa. Así que mejor nos dejamos de conjuros.

La mayoría de las noches que he pasado al raso han sido simples noches de verano, y a mí me gusta despertarme en ellas a menudo porque ahí el mundo es muy bello, y también porque las criaturas salvajes y las aves se acercan a quien duerme sin recelo. Pero despertarse es

todo un arte. Debo despertarme del todo y abrir los ojos sin haberme movido. Una vez, durmiendo de día, me desperté dando un respingo y descubrí que un mirlo joven, probablemente acostumbrado a comer de la mano, había estado paseándose por mi pierna. Había pedido limosna con su extraña risita gutural, de tono demasiado profundo para colarse en mi sueño. Y, otra vez, un pinzón me tocó el pecho. En ambas ocasiones, estaba tan levemente dormida que noté el contacto y me desperté a tiempo para captar la huida sobresaltada de mi visitante. ¡Ojalá no hubiera hecho la tontería de dar un bote! Pero es que mi sueño se había visto interrumpido. No, ha de ser un despertar natural: tenía los ojos cerrados y ahora los tengo abiertos, sin más, y a escasos diez metros de mí hay un venado pastando a la luz del alba. Se mueve sin hacer ruido. El mundo está en completa quietud. Yo también estoy quieta. ¿Seguro? ¿Me he movido? Levanta la cabeza, sacude los ollares, nos miramos. ¿Por qué he dejado que su mirada se cruce con la mía? Se marcha. Pero no muy lejos. Detiene su huida y vuelve a clavarme los ojos. Esta vez, yo no lo miro. Al cabo de un rato, deja caer la cabeza, tranquilo, y sigue pastando.

A veces he emergido flotando del sueño al amanecer, he visto un corzo y he vuelto a hundirme en el sueño antes de que mi mente consciente hubiera registrado el episodio. Ese atisbo sigue siendo una visión, totalmente auténtica, aunque no podría jurarlo ante un tribunal. Cuando me despierto del todo por la mañana, lo he olvidado. Más tarde, el pensamiento me importuna desde las orillas del

cerebro («pero ¿habré soñado con ese corzo?») y, como no estoy segura, me persigue durante mucho tiempo.

O puede que la empalizada que hay bajo el lugar en el que duermo esté llena de pinzones. He llegado a contar veinte al abrir los ojos. O de herrerillos, dando vueltas de esa forma tan graciosa que tienen de moverse estas criaturas. De toda la familia de los herrerillos, la que lo hace a la perfección es la más infrecuente, la del diminuto herrerillo capuchino, al que he visto más de una vez pavonearse, primero para atrás, luego para adelante, luego de lado, y mantener cada pose un instante antes de presumir con otra en una ramita más alta o más baja. Un maniquí perfecto.

Otras veces, el oído despierta antes. Las agachadizas repiquetean. Me incorporo dentro del saco y busco en el cielo para ver su precioso vuelo en picado. A veces está aún demasiado oscuro (incluso en pleno verano escocés) para ver el dibujo que trazan al volar y sólo se percibe el zumbido.

También sin estar dormida he oído el bramido de los ciervos, pero ya no en noches al raso. En esa época, las noches son frías y oscuras, y el bramido, al bajar de las montañas, que suelen estar en silencio, resulta imponente. Hay otro bramido que también puede interrumpir el silencio. Cuando las nieves se funden, las cataratas me resuenan en el oído toda la noche y fluyen a través de mi sueño, y, tras muchos días de lluvia, me he despertado oyendo los arroyos bajar en avalancha, con un bramido más sordo y persistente que el de los ciervos, pero, a su modo, igual de sobrecogedor.

11
LOS SENTIDOS

Tras disciplinar la mente y el cuerpo para la quietud, también debo disciplinarlos para la actividad. Hay que utilizar los sentidos. Para el oído, lo más importante que puede escucharse aquí es el silencio. Concentrar el oído en el silencio supone desvelar lo poco frecuente que es en este lugar. Siempre hay algo que se mueve. Cuando el aire está muy quieto, constantemente hay agua corriendo y, aquí arriba, ése es un sonido que cuesta no percibir, aunque en muchas zonas pedregosas de la meseta se esté por encima de los cursos de agua. Pero, de cuando en cuando, llega un momento en el que el silencio es casi absoluto y, al prestarle atención, te sales del tiempo. Ese silencio no es una mera negación del sonido. Es como un elemento nuevo y, si el agua sigue sonando con un murmullo bajo y lejano, no es más que el último extremo de un elemento que estamos dejando atrás, igual que el último extremo

de tierra queda suspendido en el horizonte del marinero. Estos momentos llegan cuando hay neblina o nieve, en una noche de verano (cuando hace demasiado fresco para que haya nubes de insectos por todas partes) o en un amanecer de septiembre. En los amaneceres de septiembre, casi no respiro; soy una imagen dentro de una bola de vidrio. El mundo está allí suspendido y yo en él.

Una vez, en una noche de ese silencio límpido, mucho después de la medianoche, tumbada, despierta, fuera de la tienda, con los ojos posados en la meseta, donde aún quedaba un resto de luz, oí en el silencio un golpe seco, suave, casi imperceptible. Fue suficiente para hacerme volver la cabeza. Allí, sobre el mástil de la tienda, había un cárabo mirándome. Apenas podía distinguir su silueta recortada contra el cielo. Le devolví la mirada. Él giró la cabeza, primero un ojo sobre mí, luego el otro, y después se fundió en el aire con un silencio tal que, de no haber estado mirándolo, no me habría dado cuenta de que se había marchado. Haber oído el movimiento del búho de la medianoche fue algo muy poco habitual, un pequeño triunfo.

El canto de las aves, los ruidos que hacen aquellas que no están cantando y los leves sonidos de sus movimientos son algo que debe captar el oído. Si hay un trino de ave que, para mí, personifica más que cualquier otro el espíritu de la montaña, es el del chorlito dorado cuando corretea por lugares desnudos y solitarios.

Pero el oído también escucha la tempestad. Los vendavales se estrellan contra Garbh Choire con el estruendo

de los mares embravecidos: puede oírse el aire haciéndose añicos sobre la roca. Los aguaceros azotan el suelo y bajan rugiendo por los barrancos, y los truenos reverberan con un retumbo prolongado y amenazador en la estrecha depresión de Loch Avon. La humanidad está saciada de ruido, pero aquí arriba, esta brutalidad desnuda y elemental, esta muestra infinitesimal de sonidos de las energías que llevan eones actuando en el universo, emociona en lugar de destruir.

Cada uno de los sentidos supone una forma de entrar en lo que la montaña tiene que dar. El paladar puede saborear las bayas silvestres, los arándanos azules, los «arándanos rojos silvestres, nacidos libres» y, la más delicada y dulce de todas, la mora de los pantanos, un nombre como de ensueño. Esa esfera dorada y jugosa se derrite contra la lengua, pero ¿quién es capaz de describir el sabor? La lengua no puede devolverlo. Hay que encontrar las bayas, doradas cuando están maduras, para descubrirlo.

E igual ocurre con los olores. Estas fragancias aromáticas y embriagadoras —el pino y el abedul, el mirto de turbera, el enebro picante, el brezo y las orquídeas, dulces como la miel, y el olor limpio del tomillo silvestre— no significan nada si se trata de expresar con palabras. Están ahí para que se las huela. Soy como un perro: los olores me excitan. En un día caluroso y húmedo de verano, he percibido un rico olor afrutado que surgía de la alfombra de hierba, musgo y arbustos de bayas silvestres que cubre gran parte de la meseta. La mejor forma de saborear el olor a tierra del musgo y del propio suelo es escarbando.

A veces, la fetidez de los ciervos te embiste las fosas nasales y, en primavera, el olor afilado del fuego.

Pero la vista y el tacto son los que, para mí, tienen más fuerza. El ojo trae el infinito hasta mi visión. Estoy tumbada de espaldas mientras, por encima de mí, unos cúmulos inmensos pasan veloces sobre un furioso vendaval. Pero, más allá, muy lejos, en un cielo puro y remoto, flotan unas estrías de nubes, pálidas y bellísimas, que apenas pueden detectarse. Cierro un ojo y se desvanecen; sólo con los dos ojos abiertos adoptan la nitidez que me permite estar segura de su presencia. Así que ahora sé que la montaña crea su propio viento, porque estas pálidas estrías flotan casi inmóviles, mientras que el vendaval que hay sobre mi cabeza sigue transportando los gigantescos cúmulos. El ojo es el que descubre el misterio de la luz, no sólo la luna, las estrellas y los vastos esplendores de la aurora boreal, sino los cambios infinitos que la propia tierra experimenta bajo las luces cambiantes. Y, de nuevo, percibo que esto es cosa de la montaña, porque su atmósfera altera la luz. Ahora el risco y el barranco adquieren un brillo, ahora centellean, ahora quedan desnudos, igual que un cuadro sin perspectiva, en el que todos los objetos están representados en un único plano y con el mismo tamaño, llenan el lienzo y no hay primer plano ni fondo. Ahora hay curvas de color azul celeste en el agua mientras se desliza sobre las piedras, ahora una impenetrable negrura alquitranada, algo plateada, como la brea. Los abedules desnudos, si tengo el sol de frente, parecen negros, de un negro brillante, ébano finamente tallado. Pero, si lo tengo

detrás, el sol da lugar a una nube roja de ramitas y hace que resalte la blancura de los troncos, como si la nube roja estuviera detrás de ellos. Si el aire es seco, los montes se contraen, parecen lejanos e inocentes, pero, si está lleno de humedad, cargan hacia delante, obstinados y enormes, y, con neblina, tienen una cualidad de pesadilla. Esto no es sólo porque no pueda ver hacia dónde voy, sino porque la pequeña parte de tierra que sí veo está aislada del entorno que me resulta familiar y no la reconozco. No hay nada más fantasmagórico que la neblina sobre la nieve. Un día de marzo, voy subiendo hacia el circo que alberga Loch Dubh; la nieve de las laderas inferiores se ha fundido y los arroyos bajan turbulentos. Sólo es posible cruzarlos por puentes de nieve, esas capas por las que corre una línea descendente irregular que indica dónde hay agua debajo. Más arriba sólo hay nieve. Y ahora la nube cae sobre mí, una neblina pálida que borra todos los puntos de referencia que la nieve no ha tapado ya. De ella surgen rocas imponentes, gigantescas, monstruosas. El pequeño lago que hay bajo Loch Dubh parece enorme; la abrupta subida que hay más allá se alza tan vertiginosa hacia la nada que me asalta el miedo: debo de estar subiendo por el precipicio; el lago pequeño era en realidad el grande. Me lo he pasado y estoy trepando hacia el risco. Sé que no puede ser cierto, pero la tenue blancura fantasmal desde la que estas siluetas desnudas golpean mi cerebro se ha impuesto a la razón. No puedo seguir. Gateo hacia abajo y la normalidad gris y deprimente que hay bajo la neblina tiene un brillo de consuelo.

Otro día de neblina —de neblina transparente—, vi un halcón peregrino salir volando de un barranco. Allí estaban sus alas, curvas y puntiagudas, su rápido batir. Y, sin embargo, me quedé mirándolo incrédula. Estaba contemplando un ave fabulosa. Ningún halcón peregrino podía tener ese tamaño. Sólo cuando se quedó inmóvil en el aire, antes de poner rumbo de nuevo hacia el risco, creí lo que había visto, y sólo entonces entendí lo que quería decir Hopkins cuando escribió:

Ver la mole del águila, envuelta en brumas,
flotar con el triple de su tamaño.

La neblina, curiosamente, también puede corregir las ilusiones de la vista. Una neblina débil flotando en una cadena montañosa resalta las diferencias de altura y distancia en lo que parecía un solo monte: se ve que existen un cerca y un lejos. Lo mismo ocurre, en cierto sentido, con el reflejo del terreno en aguas cristalinas, donde los puntos están bien definidos y acotados, de forma que la distancia y alturas relativas en una masa de montañas, tan engañosa para la vista, quedan claras cuando se reflejan en un lago.

La vista tiene otras ilusiones, que dependen de la posición de quien observa. Tumbada de espaldas y mirando al otro lado de Garbh Choire, hacia las laderas cubiertas de rocas sueltas por encima de Loch an Uaine, se me antojan horizontales; del mismo modo que, justo por debajo, el Sabueso parece una planicie horizontal de la que se

elevan masas rocosas. Un día, plantamos la tienda bajo la curva del monte que hay por encima de Tullochgrue, en la parte más alejada de los Cairngorms. Desde allí veíamos un terreno que discurría hacia arriba y, por encima, toda la línea de las montañas, interrumpida más o menos a los setecientos cincuenta metros de altura: el páramo y el bosque que quedaba entre medias habían desaparecido. Noche tras noche, me recostaba fuera de la tienda para contemplar el fulgor de la última luz sobre la meseta y tenía la extraña sensación de estar allí arriba. Era como si me encontrara a la misma altura y me envolviera el mismo resplandor que ya se había ido de casi todas las cumbres. Si entrecierro los ojos, también puedo cambiar los valores de aquello que estoy contemplando. Unas cuantas flores blancas dispersas entre la hierba, al mirarlas con los ojos entrecerrados, resplandecen con una intensa claridad, como si en realidad se hubieran elevado respecto de su fondo. Tales ilusiones, según cómo se sitúe y utilice el ojo, permiten entender la verdad de que nuestra visión habitual de las cosas no es necesariamente la correcta: es sólo una entre infinitas más y vislumbrar cualquiera que no conocemos, aunque sea por un instante, nos descoloca, aunque también vuelve a afianzarnos. Es raro, pero estimulante. Tardaré mucho tiempo en llegar al fin de un mundo que funciona de este modo si no hago más que girarme de costado o sobre la espalda.

Otros placeres que puede captar la vista, instantes rápidos que pasan y se pierden para siempre: la espuma que el vendaval levanta de un lago de montaña y hace volar

como si fuera humo; un destello verde sobre la nieve, donde sé que hay un lago, percibido antes de ver el propio lago; Loch Avon, entrevisto un día de lluvia desde el lado del arroyo pedregoso que tiene por encima, de un verde tan oscuro como el mismo Loch an Uaine; un arcoíris que vacila y parpadea, formado sobre la tenue llovizna que ha traído un viento furioso; el aire temblando sobre hondonadas llenas de sol en las tardes tranquilas de verano; un doble arcoíris con el cielo oscuro entre medias, como una bóveda sobre el río, reflejado de orilla a orilla.

¿Es posible enumerar los mundos a los que me da acceso la vista? El mundo de la luz, el color, la forma, la sombra; de la precisión matemática, en el copo de nieve, la formación del hielo, el cristal de cuarzo, los diseños de los estambres y los pétalos; del ritmo, en la curva fluida y la abrupta línea descendente de las laderas. Desconozco por qué algunos bloques de piedra, fragmentados hasta adquirir formas violentas y torturadas, apaciguan mi mente de un modo tan profundo. Tal vez la vista imponga su propio ritmo sobre lo que sólo es una confusión: hay que mirar con creatividad para ver en esta masa de roca algo más que una punta y una cima, para ver belleza. Si no, ¿por qué al ser humano le han parecido repulsivas las montañas durante tantos siglos? Un cierto tipo de conciencia interactúa con las formas de las montañas para crear esta sensación de belleza. Y, sin embargo, las formas deben existir para que el ojo las vea. Y formas que destaquen de algún modo: un simple pedazo puesto de cualquier manera no sirve. Se trata, como ocurre con toda la

creación, de materia impregnada de pensamiento: pero la cuestión resultante es un espíritu vivo, un fulgor en la conciencia, que desaparece cuando el fulgor se extingue. Es algo arrebatado al no-ser, esa sombra que nos acecha constantemente y que puede mantenerse a raya gracias a una acción creativa continua. Así pues, el mero hecho de contemplar algo, como una montaña, con un amor que penetre en su esencia, es ampliar el dominio del ser en la enormidad del no-ser. El ser humano no tiene más motivo para existir.

El tacto es el sentido más íntimo de todos. Se utiliza toda la piel sensible; el cuerpo entero, asegurado, resistente, equilibrado, relajado, responde al empuje de fuerzas incomparablemente superiores a él. El agua fría del manantial lastima el paladar, la garganta se estremece de forma insoportable; el aire gélido abofetea el fondo de la boca, los pulmones restallan. El viento se mete por una fosa nasal, respiras sólo por un lado, tienes la mejilla aplastada contra la encía, la respiración se convierte en jadeos, como la de un pez fuera del agua: el ser humano no está en su elemento en un aire que se mueve a esa velocidad. La helada agarrota los músculos del mentón, la neblina deja la mejilla fría y húmeda, paso la mano entre el enebro o los abedules después de la lluvia por el placer de notar las gotas de agua fluyendo sobre la palma o camino entre el brezo crecido para sentir su humedad en las piernas desnudas.

En las manos hay un placer infinito. Cuando yo era niña, una anciana dama encantadora me dijo algo que no

he olvidado nunca. Estaba de visita en su casa de campo y, después de comer, al ir a dar un paseo con su sobrina, recogí los guantes de la mesa del recibidor donde los había dejado. Me los quitó y los soltó de nuevo en la mesa. «No te hacen falta. A través de las manos recibimos mucha fuerza». También sensaciones. Las que producen cosas, texturas, superficies, objetos rugosos como piñas y cortezas, objetos suaves como cañas, plumas y guijarros redondeados por el agua, la incitación de las telas de araña, el cosquilleo delicado de una oruga al reptar, la aspereza del liquen, el calor del sol, las punzadas del granizo, el golpe romo del agua al caer, el soplido del viento: nada que yo pueda tocar ni que me toque, pero que tiene su propia identidad, tanto para la mano como para el ojo.

Y también para el pie. Andar descalzo está pasado de moda desde la fatigosa marcha de Jeanie Deans[9] a Londres, pero no hay niño de campo que crezca sin la bendición de esta práctica. La gente sensata está retomando la costumbre. Por aquí me cuentan la historia de un caballero que había venido a uno de los refugios de caza y que salió al monte descalzo: cuando se sentó a comer, los ojeadores se acercaron en masa todo lo que se atrevieron para ver qué clase de planta del pie tenía aquel prodigio. Pero, en realidad, caminar sin zapatos por el brezo no es tan desagradable como suena. Yo misma he recorrido

[9] Personaje de la novela *El corazón de Midlothian*, de sir Walter Scott, que recorre a pie (casi siempre, descalza, para no desgastar los zapatos) la distancia que separa Edimburgo de Londres con el fin de implorar clemencia para su hermana, injustamente condenada por infanticidio. (N. de la T.).

algún que otro kilómetro de esta forma. Empieza con un arroyo que deba vadearse: una vez me quito los zapatos, soy reacia a ponérmelos de nuevo. Si hay hierba junto al arroyo, camino sobre ella, disfrutando de la sensación en los pies, y, cuando la hierba da paso al brezo, sigo andando. Apoyando el pie de lado en la mata de brezo y aplastando las ramitas se puede caminar con bastante facilidad. Las extensiones de barro seco, caldeadas por el sol, tienen un tacto delicioso, acolchado y suave, al igual que la hierba crecida por la mañana, templada por el sol, pero aún fresca y húmeda cuando el pie se hunde en ella, como un alimento que se funde en la boca y revela un sabor nuevo. Y una flor cogida por el tallo entre los dedos de los pies es un pequeño encantamiento.

Al vadear un río crecido, la sensación dominante es la de la fuerza en movimiento del agua contra las extremidades; el esfuerzo de mantener el cuerpo en equilibrio otorga significado al sencillo acto de caminar a través del agua. Al principio de la temporada, el agua puede estar tan helada que no se tenga más sensación que la del frío; el ser entero se retrae, utiliza todos sus recursos para sobrellevar este gélido placer. Pero, cuando hace calor, la frescura del agua se desliza sobre la piel como una sombra. Toda la piel tiene esta deliciosa sensibilidad, que te permite notar el sol, el correr del viento dentro de tu ropa, el resbalar del agua que se cierra sobre ésta: el aliento que se detiene, como una ola contenida, el resplandor que libera todo tu cosmos y llega hasta los confines del cuerpo igual que la ola retenida corre hasta la arena. Esta inmersión en el

agua helada de una poza de montaña parece, por un breve instante, desintegrar el propio ser; no puede soportarse: estás perdida, destrozada, aniquilada. Y, de pronto, la vida vuelve a fluir.

12
SER

Aquí, pues, puede vivirse una vida de los sentidos tan pura, tan virgen de toda forma de comprensión que no sea la de éstos, que podría decirse que el cuerpo piensa. Cada uno de los sentidos, elevado a su conciencia más exquisita, es en sí mismo vivencia completa. Ésta es la inocencia que hemos perdido, la de vivir una cosa cada vez para vivir de verdad hasta el final.

Así que ahí estoy, tendida en la meseta; debajo de mí, el núcleo de fuego desde el que se expulsó esta masa, chirriante y gruñona, de roca plutónica; por encima, el aire azul; y entre el fuego de la roca y el fuego del sol, derrubio, tierra y agua, musgo, hierba, flor y árbol, insecto, ave y bestia, viento, lluvia y nieve: la montaña total. Lentamente, he encontrado la forma de adentrarme. Si tuviera otros sentidos, hay otras cosas que debería conocer. Es una insensatez suponer, cuando he percibido la primorosa

clasificación que son capaces de hacer mis sentidos de las aguas que fluyen o de una flor, que no habría nada más que percibir si estuviéramos dotados de otras formas de percepción. ¿Cómo podríamos imaginar el sabor o el aroma sin los sentidos del gusto y el olfato? Son completamente inimaginables. Debe de haber muchas propiedades emocionantes de la materia que desconocemos porque no tenemos forma de conocerlas. Sin embargo, con lo que tenemos, ¡qué riqueza! La aumento cada vez que voy a la montaña: el ojo ve lo que no había visto antes o ve de una forma nueva lo que ya había visto. Y lo mismo con el oído y los demás sentidos. Es una experiencia que crece; los días ordinarios aportan lo suyo y, de vez en cuando, impredecibles e inolvidables, llegan los momentos en los que el cielo y la tierra se desvanecen y ves una nueva creación. Los numerosos detalles —un trazo aquí, un trazo allá— quedan por un instante perfectamente enfocados y puedes por fin leer la palabra que estaba allí desde el principio.

Estos momentos llegan de manera impredecible, aunque regidos, cabría pensar, por una ley cuyo funcionamiento se entiende vagamente. A mí me llegan con más frecuencia, como ya he indicado, cuando estoy despertando de un sueño al aire libre, contemplando en trance el correr del agua y escuchando su canción y, sobre todo, tras varias horas de caminata constante, con el ritmo largo del movimiento mantenido hasta que éste se hace sensación, y no sólo conocimiento, para el cerebro, como «centro inmóvil» del ser. Supongo que el control de la respiración

de los yoguis funciona de un modo similar. Al caminar así, horas y horas, con los sentidos afinados, la carne se vuelve transparente. Pero no hay metáfora, ya sea «transparente», o «leve como el aire», que resulte adecuada. El cuerpo no se vuelve prescindible, sino primordial. La carne no queda obliterada, sino consumada. No eres incorpórea, sino cuerpo esencial.

Por lo tanto, cuando el cuerpo está afinado para lograr su máximo potencial y regulado en una profunda armonía que se adentra en algo semejante al trance es cuando más cerca estoy de descubrir lo que significa «ser». He logrado salir del cuerpo y entrar en la montaña. Soy una manifestación de su vida total, igual que el estrellado rompepiedras o la perdiz nival de alas blancas.

Y así he encontrado lo que había salido a buscar. Emprendí mi viaje por puro amor. Empezó en la infancia, cuando me perseguía en sueños el violeta intenso de un barranco detrás del Sgoran Dubh que acostumbraba a contemplar desde una loma de los Monadhliaths. Aquel barranco, de un color ultramarino que flotaba, casi tangible, me ató de por vida a la montaña. Subir a los Cairngorms era entonces para mí una tarea legendaria que emprendían los héroes, no los humanos. Desde luego, los niños no. Seguía siendo legendaria aquel día de octubre, azul, frío y radiante tras una fuerte nevada, en que subí al Creag Dhubh, por encima de Loch an Eilein, sola y expectante. Subí como un niño que roba manzanas, mirando tras de mí con miedo. Los Cairngorms se consideran territorio prohibido y nunca había estado tan cerca de ellos; era

presa de un delicioso nerviosismo. Pero no podía imaginar lo cerca que estaba cuando terminé de subir trabajosamente la última pendiente y me alcé por encima de Glen Einich. Y entonces tomé una bocanada de aquel aire gélido; incapaz de contenerme, salté arriba y abajo, reí y grité. Allí estaba la meseta, de un blanco resplandeciente, al alcance de mis dedos, una visión inmaculada, bañada por el sol, elevándose frente a un cielo azul cegador. Bebí y bebí. Aún no he terminado de apurar ese trago. En aquel momento pasé a formar parte de los Cairngorms, aunque —por distintos motivos— pasaron varios años hasta que subí a ellos.

Así fue como empezó mi viaje hacia una experiencia. Siempre ha sido un viaje por diversión, sin más motivo que mi deseo de hacerlo. Pero al principio sólo buscaba una recompensa sensual; la sensación de la altitud, la sensación del movimiento, la sensación de la velocidad, la sensación de la distancia, la sensación del esfuerzo, la sensación de la serenidad: el deseo de la carne, el deseo de la vista, el orgullo de la vida. No me interesaban las montañas como tales, sino los efectos que causaban en mí, igual que el minino no acaricia al humano, sino a sí mismo, contra la pernera de su pantalón. Pero, al hacerme mayor, y menos autosuficiente, empecé a descubrir la montaña en sí. Todo empezó a hacerme bien, sus contornos, sus colores, sus aguas y rocas, flores y aves. Este proceso ha llevado muchos años y aún no ha terminado. Nunca se acaba de conocer al otro. Y he descubierto que la experiencia humana con la roca, la flor y el ave los amplía. El objeto que se conoce crece con el conocimiento.

Creo que ya comprendo, en pequeña medida, por qué el budista parte en peregrinación a una montaña. El propio viaje forma parte de la técnica mediante la cual se busca lo sagrado. Es un viaje al Ser, pues, conforme me adentro más en la vida de la montaña, me adentro también en mí misma. Durante una hora, estoy más allá del deseo. No es el éxtasis, ese salto fuera del yo, lo que hace que el humano sea como un dios. No existo fuera de mí misma, sino en mí misma. Existo. Conocer el Ser es la gracia final que se otorga desde la montaña.

La montaña viva es el decimoctavo libro de la colección Libros salvajes. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en febrero de 2019, casi veinte años después de que Chantal Mauduit, al ser entrevistada en la televisión tras coronar, siempre sin oxígeno, su sexto ochomil, citara en directo unos versos del poeta André Velter, quien casualmente veía el programa desde su casa, y sin conocer de nada a Chantal salió corriendo para buscarla en el estudio, de modo que allí mismo se enamoraron y vivieron una extraordinaria pasión que duró dos años, hasta que la muerte blanca sepultó para siempre a la alpinista camino de su séptima hazaña.





Entre 1928 y 1933, Nan Shepherd escribió tres novelas magníficas, sus primeras tres novelas, que la hicieron famosa. Muy famosa. Entonces tenía apenas treinta años, pero la acogida de aquellos libros terminaría por llevar su efigie al billete de cinco libras del Royal Bank of Scotland. Después de aquello, como una suerte de Salinger de las Highlands, pasó mucho tiempo sin poder o querer escribir. Nadie sabe muy bien qué ocurrió. Ella tampoco lo supo explicar. Se dedicó a caminar y a escalar montañas. Al cabo de más de una década escribió una obra sobre aquellos diez años que había pasado recorriendo cada rincón de la cordillera de los Cairngorms, una zona con clima polar en el norte de Escocia. Pero no la publicó, no. La dejó en un cajón durante casi medio siglo. Hoy en día, *La montaña viva* se ha traducido a múltiples lenguas y está considerada una obra de culto, un clásico perdido entre las grietas del canon y un referente de la *nature writing*. Se trata de un volumen lleno de vida, muerte, cuerpo y tacto, mitad historia natural y mitad meditación filosófica, que recorre paisajes exteriores y gélidos, pero también otros interiores y espirituales. Influenciada por el zen y el tao, Shepherd nos cuenta en este libro cómo aprendió a reconocer la manera en la que se relacionan la mente y la montaña; cómo aprendió a adentrarse entre picos y laderas sin objetivos ni asedios a la vista, como quien visita a una amiga. Poco a poco, el tiempo se hizo otro y también su experiencia de la naturaleza. Probablemente nadie ha descrito la esencia de un paisaje como lo hizo ella, nadie ha captado de ese modo la belleza trascendente de una montaña y del mundo salvaje que la conforma. Robert Macfarlane, uno de los grandes autores de la *nature writing* actual, reconoce en su prólogo que la lectura de este libro, simplemente, le cambió. A nosotros también, y sospechamos que a muchos lectores les ocurrirá lo mismo.

